



XAN I PLA ZUBIRI



A TOLA DE COVAS

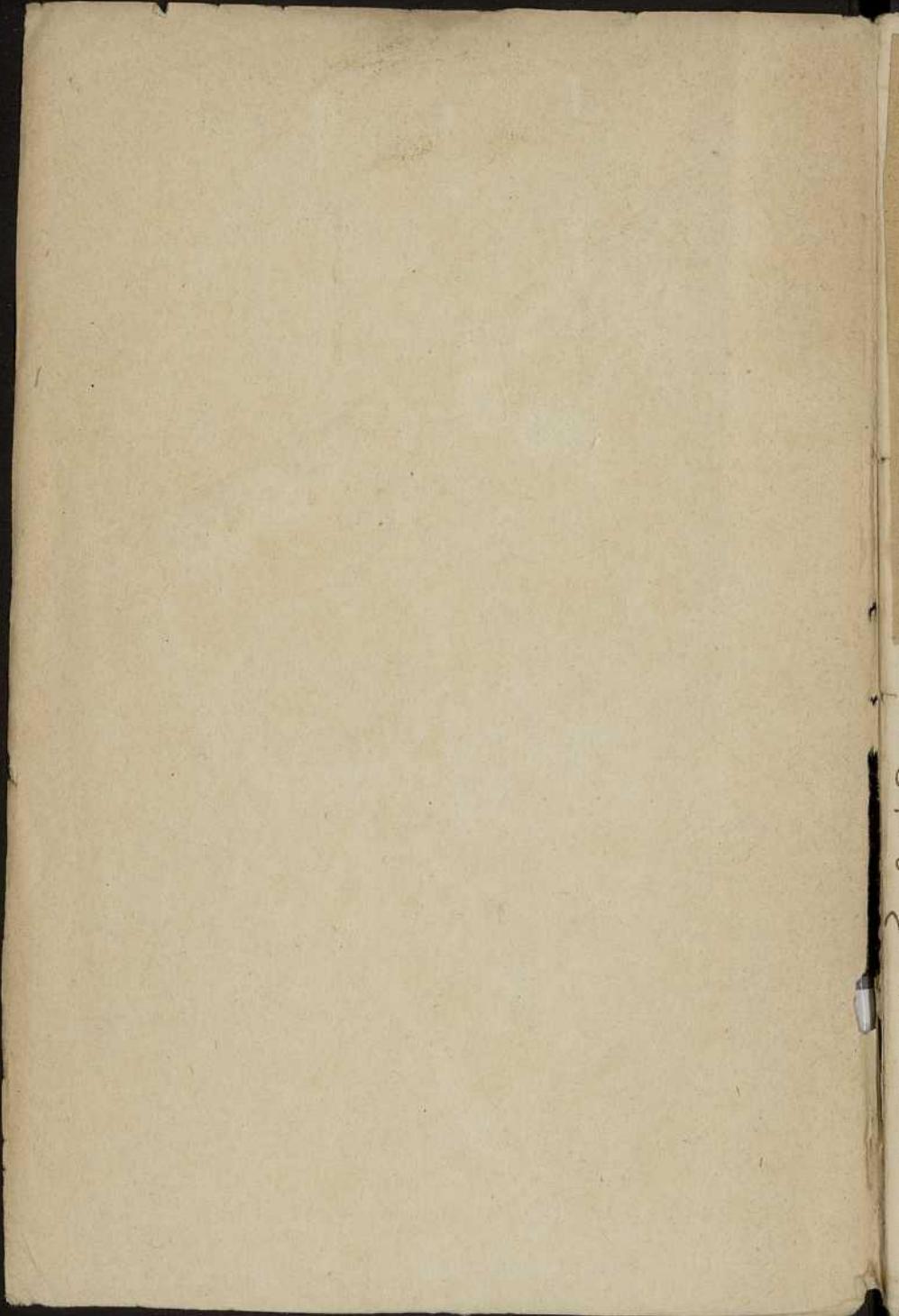
EMIA
SI
DA

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO "LA ITÁLICA"

CALLE DE VELARDE, 12

1917



A
S.
lee.
das
tas

REAL ACADEMIA
GALEGA
A CORUÑA

4594

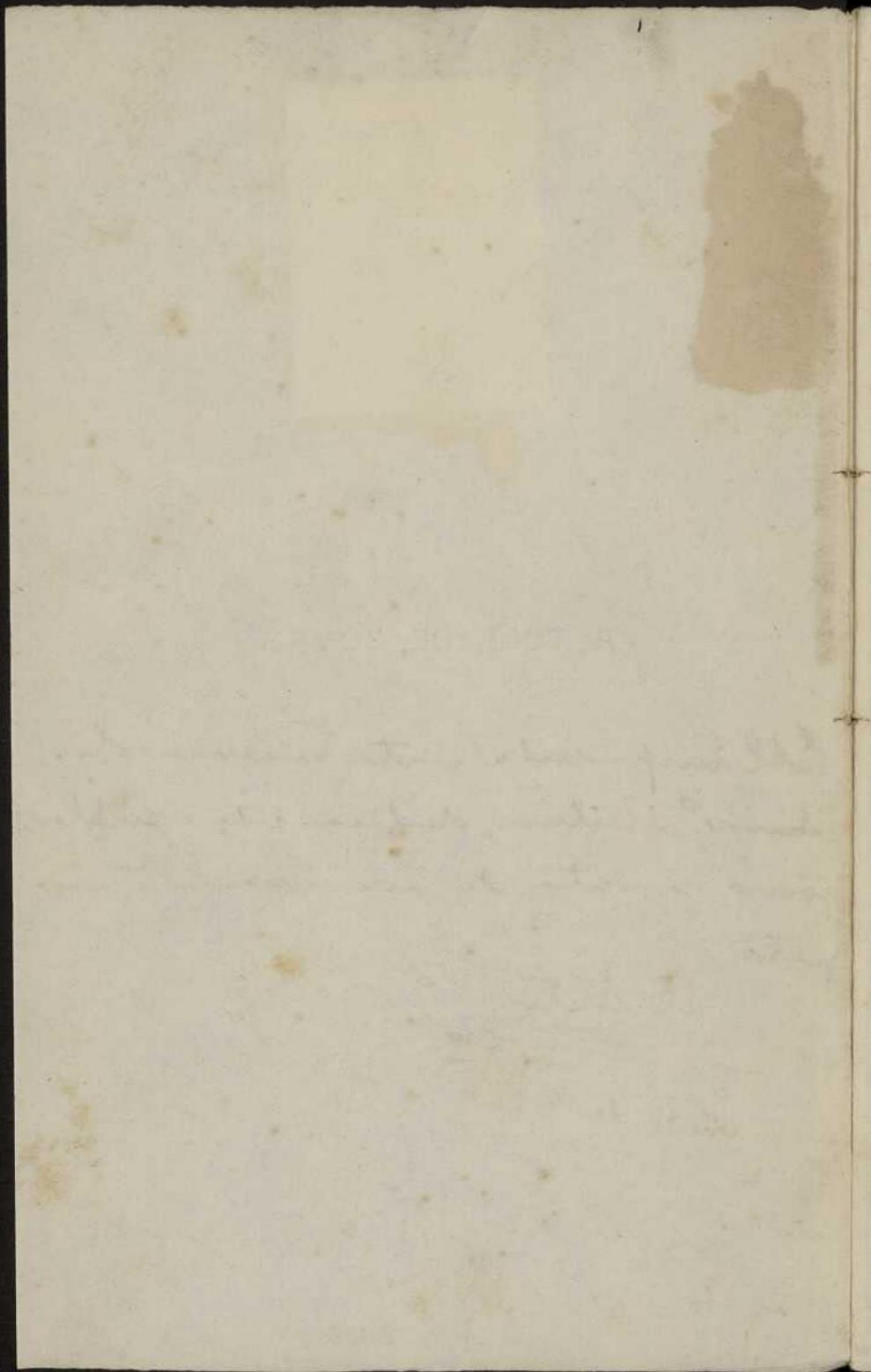
Biblioteca
24686

A TOLA DE COVAS

El inspirado vate lucense Sr.
Emilio Meilán, dedica este ejemplar,
como muestra de admiración y res-
peto

El Autor

~~Alvarez de Toledo~~
Abril de 1917



A Tola de Covas

POEMA

(EN VERSO GALLEGO)

por

XAN PLA ZUBIRI

*«Un amor moi tenro eu tiña
e matoumo unha treiceón.
Sin tal amor, a alma miña,
penando está dend'entón».*
(Cant. pop.)

PRÓLOGO

DE

ANTONIO REY SOTO



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «LA ITÁLICA»

CALLE DE VELARDE, NÚM. 12

1917



É propriedá d'o autor.
Queda feit'o depóseto
— que marc'a lei. —

'A memoria d'o meu padriño de pía

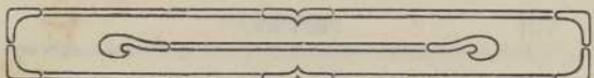
Don Florencio Pla Sampedro

*Ilustr'esquirtor viveirense,
que finou cando molto agardaban d'él as letras pátreas.*

Como páledo refrexo
d'o grande cariño que lle garda seu affillado

XAN PLA ZUBIRI.

San Francisco Bay Sample



PRÓLOGO

Plantad una palmera en los Alpes y un pino en medio del Sahara. Tan efímera y estéril como la vida de los dos árboles, será la obra del poeta que no está arrraigada sobre la propia tierra.

Yo no encuentro imagen que represente más cabalmente a uno de esos egregios soñadores llamados "poetas-cumbres", que un roble, uno de esos robles copudos y gigantes de nuestras montañas. Su tronco de hierro engruesa y se fortalece a medida que se ensancha sobre él la bóveda de los siglos que soporta. Y sólo el roble llega a ser así cuando está arrraigado en tierra propicia y honda, capaz de nutrirle con una savia riquísima. Criado sobre un lecho de peña medrará raquíctico, y, muy pronto, una ráfaga de viento habrá de descajarlo. Si ha de resistir el peso de las centurias y bravear la violencia de los huracanes, es menester que se halle bien hincado sobre el terrón jugoso y nativo.

Cervantes arraigó así en el corazón de la Mancha, y encontró venas vivas de agua por debajo de la costra abrasada de la llanura. Shakespeare se clavó de la misma suerte en la médula de su

raza, y he ahí por qué, entre la majestad de su follaje, ceñido de brumas, sigue diciendo el viento los monólogos de Hamlet. Y porque Goethe nutría sus raíces, en Nüremberg, sobre un rico pudridero de leyendas populares, pudo un día desollar, de pronto, su cima sobre los colosos del bosque. Y así Homero, el titán, y el exquisito Virgilio, y Dante el taciturno... ¡Menguado el poeta que pretende extraer la esencia de su poesía de otra parte que no es el suelo que pisa, el aire que bebe, la vida que le envuelve y le arrasta!...

Confesión de impotencia es ya el primer paso de quienes buscan los asuntos de sus poemas, los pensamientos de sus héroes, las voces y los giros de sus cantos en tierras lejanas, que no pisaron nunca, en ambientes que no han respirado, en lenguas que no les son familiares. ¿Es que piensa, acaso, quien tal hace, que el suelo extraño y distante, y el personaje exótico y la palabra rara e incomprendida, tienen en sí partículas de oro, lumbre de ideas esenciales, virtualidad irrefragable de encantado talismán? ¿Es que cree, por ventura, que en la tierra natal no hay más que tierra, y que los seres que la habitan carecen de interés, y que las viejas palabras en que trasiegan sus pensamientos han perdido, con la juventud, toda energía y todo poder, y son ya como invisibles pilas eléctricas, descargadas y cubiertas de polvo? Pues pensar y creer eso, es reconocerse pobre, limitado de comprensión, carente de erotismo viril y fecundo. Y, al revés, intentar hacer del barro oro, querer alumbrar geniales chispazos en cerebros vulgares, empeñarse en relevar, pulir y abrillantar las desgastadas y roñosas palabras, y en restituir la elasticidad y la fortaleza a los aflojados giros, será siempre signo de vitalidad, de salud y robustez, de masculina y pro-

creadora potencia, aunque, al cabo, no logre uno salir vencedor, sino vencido.

Y he aquí por qué, aunque careciese de otros méritos—que no carece—este primer poema A TOLA DE COVÁS, que hoy pone en vuestras manos Don Juan Pla y Zubiri, sería, ya por eso sólo, digno de toda estima y admiración. ¡Sentirse con alientos para hundir, una vez más, la tajadura reja en el campo aparentemente agotado! ¡Tener confianza en la virtud del propio esfuerzo, y en la fecundidad de la semilla que se arroja al surco!... Quien tal hace, porque puede hacerlo, verá infaliblemente cómo el grano germina y el campo verdea, lozanea y espiga bajo el sol de un próximo y glorioso estío.

Y así comienza a ver ya sus tierras Pla y Zubiri. Y no es él solo, por fortuna para Galicia, quien en esta segunda etapa de su renacimiento, quizás más amplia, perdurable y fructífera, sino más transcendental que la primera que le sirvió de arranque, se va cubriendo, por completo, con el variado y riquísimo verdor de los frondosos huetos en que se crían los frutos regalados y únicos. Desde Valle Inclán hasta Pérez Lugín y Solá, en la novela; desde Linares Rivas hasta Fernández Mato —que también es nobilísimo y singular poeta—y Javier Valcarce en el teatro, en la crónica y en el cuento; desde Filomena Dato Muruais, Barcia Caballero y Amor Meilán hasta Cabanillas, Andrade, Lugris y Eladio Rodríguez, en la poesía, tended la vista y mirad qué opulencia, qué lozanía, qué sazón... Tan rico como el que más, Juan Pla y Zubiri, abre hoy la verja dorada de su quinta, cuya extensión y sabio cultivo no podíamos siquiera sospechar, y nos invita a que pasemos. Adentrémonos, pues, en ella, que su dueño es hidalgo, hospitalario y amable, y abramos bien los ojos y el alma, más dispuestos a ver y admirar,

como justos y discretos, las rosas que abundan sobre las altas ramas, que los contadísimos caracoles que pudieran rastrear entre los tallos, a ras del suelo.

* * *

A TOLA DE COVAS es un poema grande. Por la substancia gallega que encierra, y por la manera de estar aderezado, entronca y empareja con aquel otro tan genuíno y tan célebre que se llama *A Virxe d'o Cristal*, asiento y corona de la gloria de Curros. Y por la firme base étnica sobre que se erige, por la poderosa fuerza central que lo anima, por el hito adonde tiende, y hasta por la desarrollada y exuberante proporción de sus miembros, puede y debe considerarse como inmediato y legítimo descendiente de los dos grandes poemas regionales franceses: *Mireya*, de Mistral, y *Los Bretones*, de Brizeux. Su parentesco y genealogía están patentes.

Unos amores campesinos, llenos de fragancia, de simplicidad y de inocencia, sirven de trama, fuerte y duradera, al tapiz que borda con primor Pla y Zubiri. Igual que Curros, lo mismo que Mistral y Brizeux. Las naturales contrariedades que sufre todo gran amor—el rival desdeñado y la propia crueldad de la vida se encargan de amontonarlas—van dando interés a la narración del uno y de los otros poetas. Y ha de ser interesante para una crítica de altura, analizar y definir en qué se parecen detalladamente, y en qué difieren estas cuatro concepciones, tan semejantes por las líneas generales y, sin embargo, tan diferentes en las "grandes menudencias", que son, a mi juicio, las supremas reveladoras, lo mismo de los caracteres de los individuos que de los pueblos y de las razas.

Y así tenemos que Martiño y Rosa, los protagonistas de la leyenda de Curros, y Loic y Anna—cuyo idilio corre paralelamente al de Liliez y de Helena — primeras figuras del poema de Brizeux, tienen parecidas, íntimas y desoladas congojas, y dicen tímidamente su pasión con análogas, castísimas y refrenadas palabras. Es esta una característica, a mi parecer, esencial, y de la que no se apartan Encarnación y Farruco, los dos personajes gallarda y finamente dibujados por Pla y Zubiri en *A TOLA DE COVAS*. No podía ser de otra suerte. La comunidad de origen céltico, en que se confunden gallegos y bretones, a despecho de quienes todavía pretenden ver sólo suevismo en Galicia, patentizase tanto, por lo menos, en esta idéntica manera de producirse los enamorados, según el testimonio potísimo de los poetas de ambas regiones, como en los rastros supersticiosos, los ritos y las leyendas, que aún subsisten, comunes a los dos pueblos. A los ojos del sociólogo moderno acaso cobra más significación esa congruencia modal en dos declaraciones de amor, que la que tuvo, a los de Murguía y de Menéndez y Pelayo, la coordinación de unos cuantos fragmentos consuetudinarios y tradicionales. Y es que la manifestación amorosa sorprende a los espíritus desprevenidos y desnudos, permitiendo así reconocer en ellos los inconfundibles rasgos familiares, mientras que la exteriorización de costumbres afines supone, quizás sólo, un hábito adquirido por largas permanencias en determinados lugares, que ocasionaron roces y contactos, y engendraron intereses y relaciones, pero de ningún modo puede afirmar parentesco necesario e inmediato.

Mireya y Vicente, los héroes de Mistral, hablan en un tono diferente. Se percibe escuchándolos con atención. Aunque en la melodía general no discrepan, hay un momento en que el hijo del

Mediterráneo, el de la tierra bien amada por el sol, siente que las gotas que hay en él de sangre helénica corren más de prisa, golpean con fuerza mayor contra las paredes de las venas, al pasar por los pulsos temblorosos, al correr zumbando bajo las sienes enfebrecidas. Y el mozo dice así entonces:

— ¡Mireya, déjame que te dé un beso!... ¡Mireya! yo no como ni bebo, ¡tanto es el amor con que tú me animas! ¡Mireya, quisiera encerrar dentro de mi sangre tu aliento que el aire me arrebata! ¡Déjame, al menos, que pueda besar la orla de tu vestido! ¡Déjame que de aurora en aurora pase yo el tiempo cubriendola de besos!... ¡Mireya! ¡Un beso y después la muerte!... ¿No ves que estamos solos, Mireya?...” Curros, tan desenfadado en las ideas, no pudo hacer que se produjese así su Martíño—el galán que requiebra a la futura esposa en Galicia—; ni Pla y Zubiri consiente, tampoco, que su Farruco se exprese de manera semejante; como, igualmente, Brizeux no lo tolera ni en Loic ni en Leliaz, cuyas conversaciones con Anna y Helena, respectivamente, se desenvuelven sólo alrededor de enternecedores recuerdos y castísimas esperanzas, y están de continuo truncados por patéticas mudeces.

Curioso y significativo es también, en extremo, el modo de proceder de los desdeñados rivales de los protagonistas, en *A Virxe d'o Cristal* y en *Mireya*, verdadero y único nervio dramático de los dos poemas. — En *Los Bretones* el interés de la narración se deriva del estado sacerdotal a que está destinado Loic, y de la sujeción a la milicia que retiene a Leliaz, que sintetizan las dos grandes preocupaciones de los jóvenes en Bretaña.

ña: el respeto a Dios—el Señor de la vida futura—y la angustia ante la expectativa de ser llevados, a morir quizá, lejos de los campos natales—. El tipo de rival que nos ofrece Curros trata de triunfar o de vengarse, recurriendo a la tortuosidad, a la maledicencia, a la solapada y cobarde intriga, que es lo que tiene, al parecer, menos quiebras. El rival que pinta el poeta de Provenza es más noble, procede más derecha y abiertamente. Y aunque, al fin, se rebaja con una traición villana, es digna la ruda y bravía figura del boyero Elzear, de un magnífico bajorrelieve en bronce. Hay que verle en la famosa escena que codiciara Homero. Bajando la ancha cabezota hirsuta, de poderoso animal fiero, hinchado el grueso cuello sanguíneo, los brazos como un escudo ante el pecho resoplante, se precipita, ciego de ira, sobre Vicente, el preferido, que le espera, pálido, pero dueño de sí y afianzado. Es un grupo magnífico... Pla y Zubiri, sin embargo, puesto en el trance de elegir, no duda. No le seduce el pagano resplandor del escultórico episodio. Prefiere "beber en su copa" y reflejar su tierra como es, aunque la imagen sea menos hermosa, y aunque parezca un poco cruel al mostrarla. Y así su Pedro d'as Pallaregas habla y obra de un modo análogo al de Xan de Ventraces, de Curros, a pesar de que eso nos mortifique un poco...

El planteamiento y resolución del problema amoroso, que llena las obras de estos cuatro poetas que venimos comparando, motiva la descripción, naturalísima, de los usos y costumbres de las distintas localidades, y, entre otras cosas, da ocasión a que aparezca en escena, de una o de otra manera, lo sobrenatural, que desempeña

siempre un papel transcendentalísimo en todo pueblo. Y es en este punto, tan esencial, en donde Pla y Zubiri, el poeta moderno, discrepa y se aparta, aunque por ventura él imagine lo contrario, de sus predecesores. Pla y Zubiri no quiere hacer intervenir en serio lo sobrenatural en su poema. No es que él no crea; todo lo contrario. Por creyente y por fervoroso y por ser, además, un hombre de vasta y sólida cultura, no puede, cuando llega el instante preciso, identificarse con los personajes hasta el punto de aparecer impersonal, y comulgar con lo mismo que rechaza, con la superstición obscura y la brujería innoble. Le parece indigna tal especie de abdicación, y muy poco conforme con las doctrinas de la Iglesia. De ahí que él, por otra parte, bellísimo capítulo en que Pedro d'as Pallaregas se decide a interrogar a los hados y a echarse en brazos de los poderes ocultos y de las infernales deidades, es sólo una intencionada diatriba contra las vulgares y ridículas echadoras de cartas, que, por demás avisadas e incrédulas en su arte, explotan la estúpida candidez de gentes incoloras, que no merecen salir del anónimo. Pudo Pla y Zubiri conducir a su hombre a uno de esos antros, en que todavía se encueva la superstición sangrienta y terrible, y hacerle intervenir en una escena de barbarie, explicable por la intensidad de su amor propio y de su pasión... Pero no quiso. ¿Hizo bien...? ¿Hizo mal? Yo me inhibo de dar sentencia en este caso. Quiero limitarme a brindar el motivo a los críticos futuros de A TOLA DE COVAS, quienes podrán seguramente ilustrarlo con lucidas e interesantes disertaciones.

Deseo, no obstante, consignar que Brizeux evoca a Merlín con toda seriedad, y hace estremecer de nuevo las campiñas y los bosques con los roncos sonidos del cuerno de caza del Rey Arturo; y que Mistral describe, tomado de una pro-

funda y sincera emoción, los horrores de la gruta de las Hadas. Allí, los conjuros de Taven, la terrible bruja de Baus, son tan escalofriantes y tremendos como los de la antigua Eritco, la maga tésala, que Pompeyo va a consultar la noche antes de la batalla, en el poema de Lucano. Y, por otra parte, Curros, el descreído de casi siempre, se recrea en el ensueño milagroso de Rosiña, con la misma morosa ternura con que pudiera haberlo hecho un pálido y enfervorizado novicio, que escribiese declamando, en el fondo de una austera abadía medioeval, y cierra su poema con aquella incomparable recomendación, verdadero balbuceo amoroso, que humedece los ojos de quien la lee...

Si pasando del estudio de la parte interna del poema de Pla y Zubiri, quisieramos detenernos en el de la puramente externa y retórica, encontraríamos no menores motivos sobre que extender nuestras disquisiciones, y a los que otorgar el homenaje sincero de nuestros aplausos. A *TOLA DE CCVAS* se nos ofrece como una moza garrida de esbelto talle y sanas y apretadas carnes, llenas de pujanza. Sus pulmones se lavan y se fortifican en el aire fino y libre del campo y del mar, como sus manos y sus brazos, su pecho y su cara en el agua fría y viva de los claros arroyos. Cuando pasa deja un aldeano olor a albahaca y a cuerpo humano joven, limpio y saludable. Y el traje que cubre a la soberbia figura es, como corresponde, el tradicional y castizo, el sobrio y pintoresco indumento regional.

Quiero decir con esto que el poeta Pla y Zubiri ofrece sus inspiraciones cristalizadas en las clásicas formas, y se siente capaz de hacerlas parecer

nuevas, recién nacidas, merced a los sortilegios de su arte exquisito. Habilísimo y fácil versificador, para él no tiene dificultades el metro ni se cretos la rima. Consciente de sus cultivadas dotes, como un viejo y experimentado maestro, goza en ir al encuentro de los obstáculos para sobrepasarlos.

Y he ahí por qué, en los treinta capítulos de su obra, se multiplican y entrelazan, en delicados y polícromos arabescos, todas las nobles rimas consagradas, todos los rancios versos, todos los sorprendentes recursos del aristocrático arte de trovar. Y así tiene el poema unos como sabor y fragancia de vino añejo, que ha de encantar a los sibaríticos catadores.

Por todas las razones apuntadas, y por otras muchas que me callo, porque no quiero retrasar ya más el deleite que, a la vuelta de esta página, te está aguardando, joh lector, a quien por eso llamaré afortunado!, gózome en augurar a A TOLA DE COVAS un éxito envidiable y resonante, que se irá haciendo, de día en día, más amplio y clamoroso, a través de los años y de las generaciones...

Antonio Rey Soto.

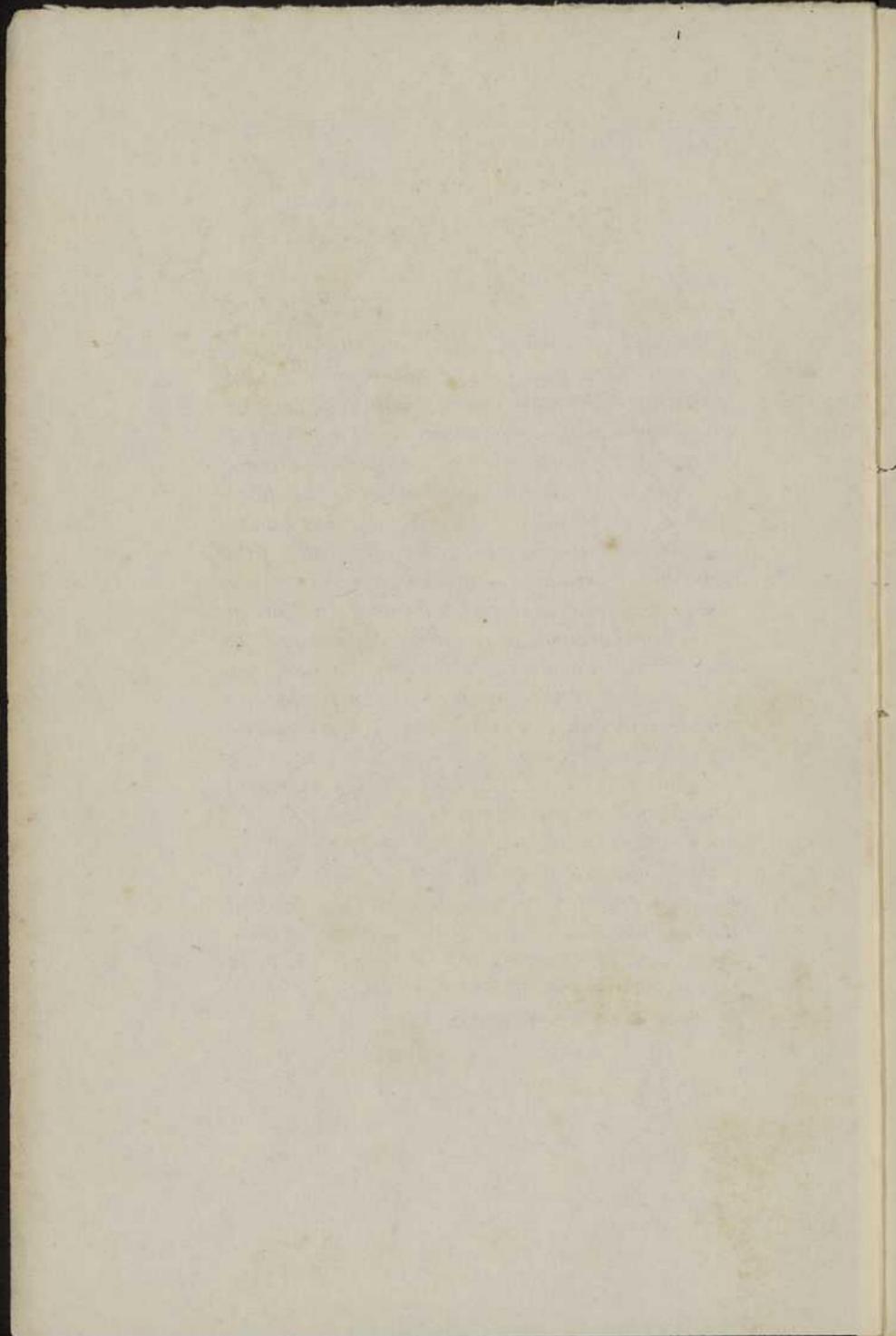
En Orense, 1 de diciembre de 1916.

'O PRÚBICO

Calquera que conoza a crás de gallego que se fala en Viveiro y-as suas circanías, dende logo adevertirá, ó lér este poema, que o lingoaxe que n-él semprea non é esautamente igoal ó que ali se usa. Esí é. Pro meu desexo, ó esquirbir a obra, foi achegarme canto mais poidera ó gallego euxebre que se fala n-o centro d'a nos'amada Galicea, mirando co'esto á perfeuceón d'a fala mais que á certeza d'a sitoaceón d'os personaxes d'o conto. Porque, si puxen o lugar d'aucéón en Covas, a elo obrigóume o grande cariño que lle teñó á terra en que nacín (Viveiro), xa que, pradar a conocer certas costumes gallegas que no-libro se refrexan, ó mesmo poidera colocar o lugar d'o soceso, con pequenas vareaciós, en Cangas que n-o Bolo, en Cea que n-a serra de San Mamede. Coste, pois, est'adevertenza como descargo d'a miña falta, si pr'algún esiste n-est' estremo.

Pol-o demais, si a Críteca ten a ben acuparse d'o meu probe e pirmeirizo traballo, de fixo atopará outros luares mais mouros en qu'emprear o escrapelo. Respetoso co'ela, agardo seu fallo pr'acetar as leuceós qu'encerre, e tél-as en conta en obras socesivas que porparo.

O AUTOR.



A Tola de Covas

I

SAN JOAN DE COVAS

D'o hermoso solar gallego
n-un alegríño recanto
de unha ría feiticeira
qu'enchen as augas d'o Cántabro;
ô pé de un monte risoño
hastra o curuto pragado
de castiñeiro, de pinos
e de algúñ que outro carballo,
y-en cuyas mansas ladeiras
verdean sempre os sembrados,
que cerran os anchos cómbaros
por onde apacenta o gado;
n-a mesma playa en que bate

con tola fúrea o mar bravo,
desfacéndos'en escumas
con un ruxir d'o díano;
case de cara ós Castelos
—unhos grandiños penascos
que s'erguen n-a mesma praya,
d'a cost'algo soparados—,
e acarón de unha gran veiga
onde se crián bos nabos,
pataquiñas fariñentas
e o millo mais espigado,
alí ten Coyas asento,
premitindo ver, ufano,
seu bunito caserío
de cote moi albeigado.

Non se crea qu'ê un gran pobo
como a Cruña, poñ'ô caso;
pois nin siquera ê unha vila
con alcald'e secretáreo
—anque ten, seguramente,
de autoridá o seu pedamio;
ê solo un lugar pequeno
de moi curto vicindáreo
composto de mariñeiros
que viven con gran traballo
indo a pascal-as sardiñas
pra lograr unhos ichavos

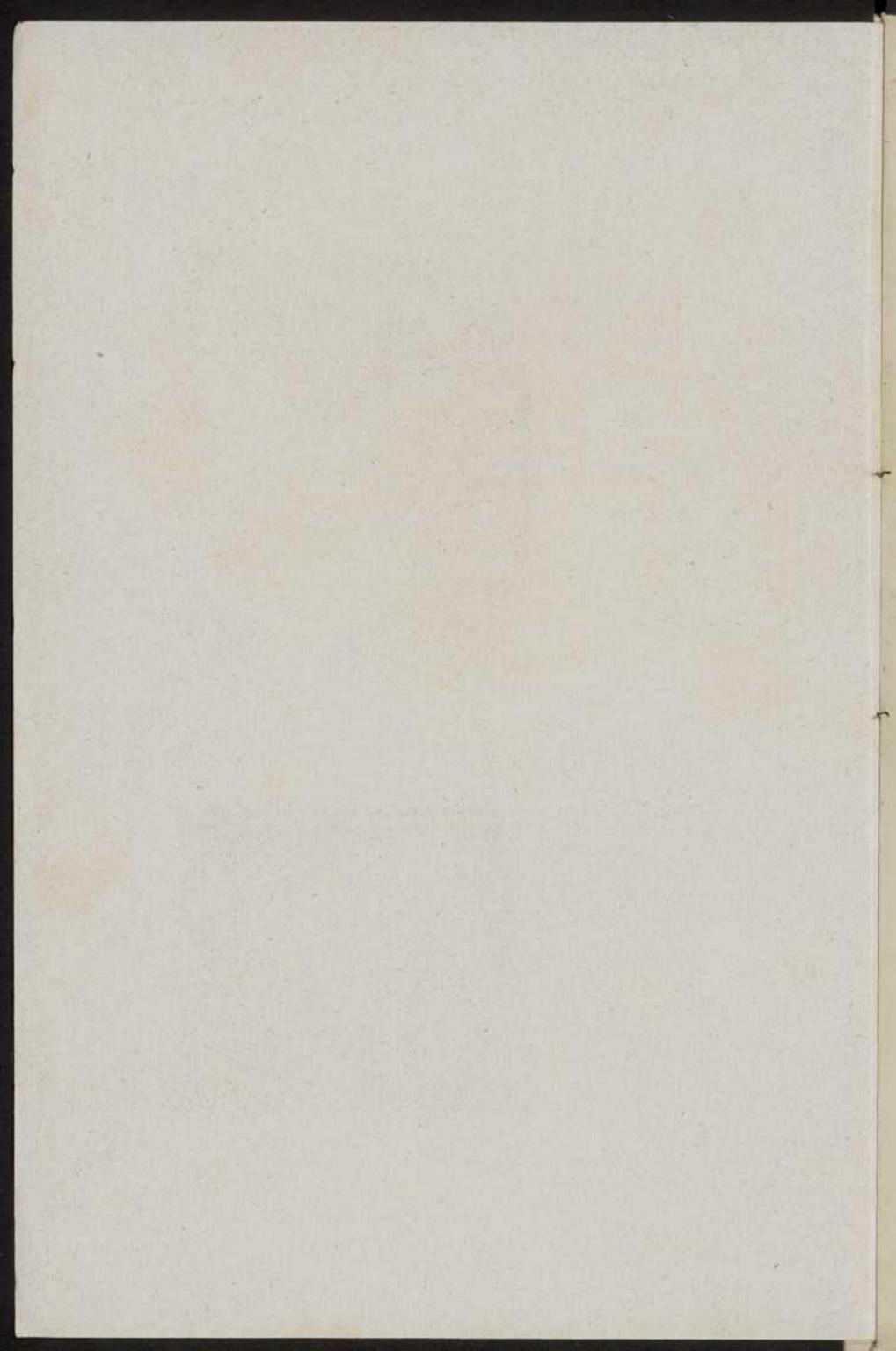
SAN JOAN DE COVAS (VIVEIRO)



Fot de J. Insua.

...alí ten Covas asento,
premitindo ver, usano,

seu buntito caserío
de cote moi albeigado.



con que mantel-a famílea
con unhas cuncas de caldo.

Esf e todo cando chegan
d'o vrau os pirmeiros rayos,
si apertan alg'os calores
e non hai labor n-os campos,
éñchese o lugar de xente
vida de puntos lexanos
pra recobral-a saude
con düas ducias de baños.
Estonzas, Covas persenta
outro aspeuto mais galano
e reina n-él a alegría
—qu'est'apenas costa cartos,—
e a animaceón crece ás cheas
e vai con forz'aumentando
c'o arribo de novas caras
que causa novos encantos.

Pois n-este lugar alegre,
qu'está de Viveiro a un paso
e acarón d'o Paraíso
—ó que xa quér dicir algo,—
acorriron os socesos
meirandes e mais soados
de certa hestoria de amores
que fai tempo me contaron,
e que acabou de tal modo

que ô ouvir seu final estrano
arrímase â y-alm'a pena
e, ô peito millor timprado,
arrímase un sentemento
que lle fai perder a un o ánemo.

Tal hestoria, meus leutores,
de qu'eu agora vos falo,
dixoma unha vez un vello
ô pé d'o lume, n-o escano,
en noite d'esas d'o inverno
en que se xean os páxaros,
e a fin de que non se perda
diréivola decontado,
anque pr'arregral-a modo
me impoña un duro traballo.

Tede, pois, moita pacenza
pra lêla d'o cab'ô rabo,
e xa me diredes logo
si ê hestoria d'o voso agrado.

ENCARNACEÓN

Escomencemos,
pois, esta hestoria
facendo púbrica
presentaceón
de unha rapaza
qu'è a mesma groria
e que lle chaman
Encarnaceón.

Como seu nome,
n-este rilato,
unha importanza
grande ha de têr,
por eso estimo
que, o seu retrato,
prontiñamente,
debo facer.

Ten a rapaza
—pol-o que dixo
aquél velliño
que m'ó contou,—
unhos quince anos,
anque de fixo
teño que as contas
ben no'as votou.

Pois xa unha nena
non a parece,
pol-o espigada
qu'ela xa está;
pro, como a cousa
non ó merece,
teña os que queira,
que ó mesmo dá.

'E alta de corpo;
de branco seo;
de grosas pernas
—n-o que se ven;—
de anchas cadeiras;
de peito cheo;
os pés, entroques,
pequen'os ten.

Seus lindos ollos
son duas estrelas,
por mais que teñen
un mouro côr;
pois eles locen
cal locen elas,
e ainda lle ganan
en risprandor.

Son os seus beizos
roxos corales,
c'os que n-hai nada
que comparar;
e son seus dentes,
brancos e iguales,
pelras saídas
d'o mesmo mar.

Os seus cabelos
son tan dourados
como as rayolas
qu'espalla o sol,
e, cand'os solta,
os dilicados
côres adquire
de un arrebol.

De cote amostra
n-o seu sembrante
unha surrisa
anxelical;
e, cando fala,
sua voz radeante
en notas dôces
d'a gorxa sal.

'E moi honrada
e agarimosa,
e, o seu carauter,
é xuvenil;
y-ê, a mais de homilde
e de xuíceosa,
d'entendemento
craro e sotil.

Ten a sua casa
rente d'airexa,
aló n-o fondo
d'o limpo areal;
pro éntrarse n-ela
pol-a calexa,
e de tan vella
nin migas val.

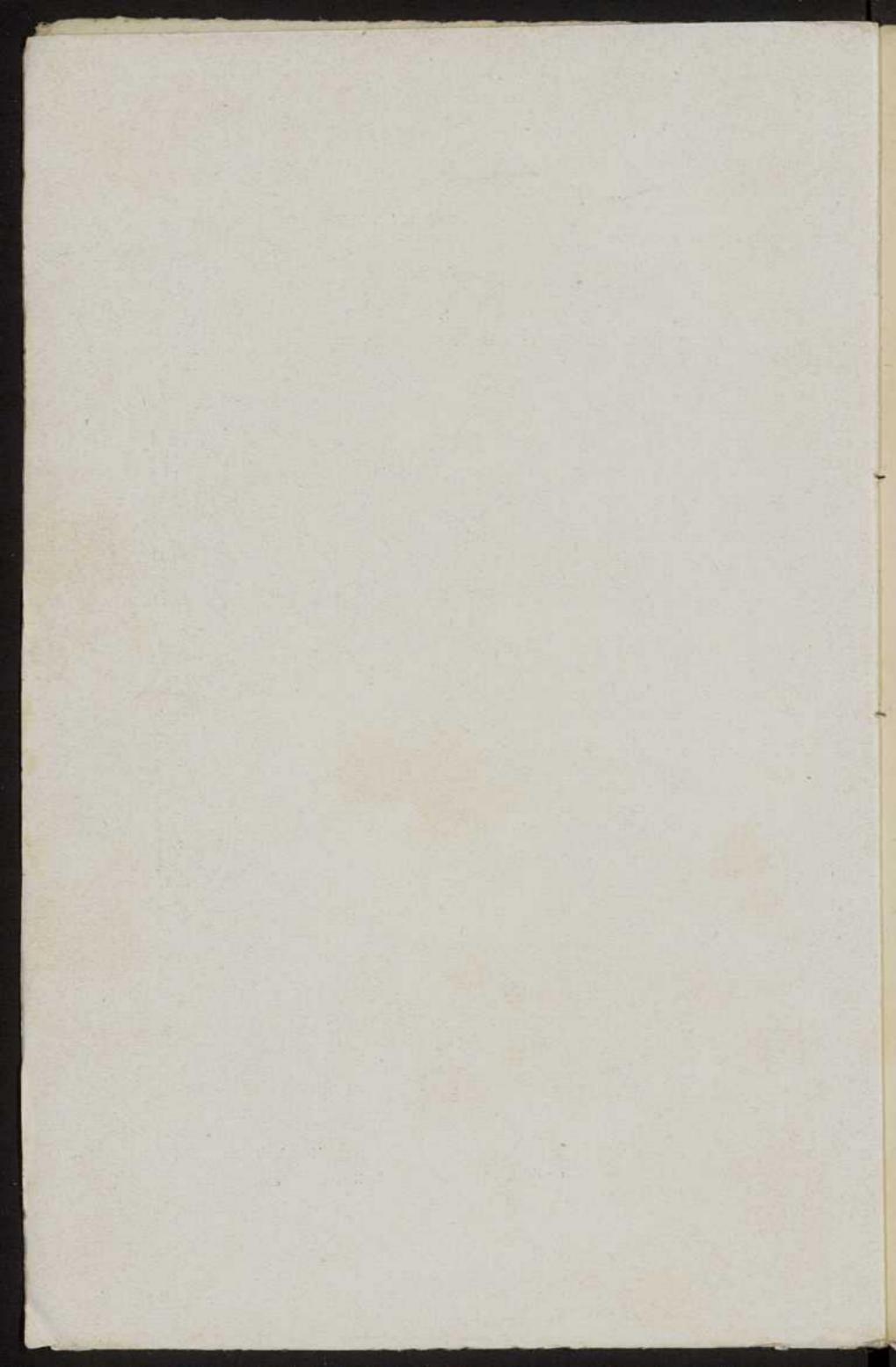
ENCARNACEÓN



Fot. de A Ureña.

De cote amostra
n-o seu sembrante

unha surrisa
anxelical...



Perdeu fai anos
â nai querida
e d'ela acordo
case non ten;
c'o pai xa vello
sola ê n-a vida,
sin mais riquezas
ni outro ben.

Por eso vive
moi probemente,
solo d'os peixes
que colle o pai,
e qu'ela logo,
moi dilixente,
de porta en porta
vendendo vai.

Mais, anqu'ê probe,
sin têr de dote
un anaquiño
siquera seu,
ela contenta
vive de cote,
porque outra cousa
non conoceu.

Leutor amigo,
tal ê o ritrato
que à présa fixen
d'a Encarnaceón,
e, sopoñendo
que che foi grato
d'a hestoria sigo
sua rilaceón.

III

AS DUAS AMIGAS

Era unha tarde de Mayo,
d'ese mes en qu'escomenzan
a votal-os verdes campos
frores de ricas esenzas.

O sol a promo caía
quentándolle a un as orellas
e pôndoas ainda mais roxas
qu'están n-o tempo as cireixas.

Cantaban os paxariños
entromedias d'as silveiras,
e o regueiro marmullaba
ralbando de pedra en pedra.

N-os soutos e n-os pinares
reinaba unha paz compreta
pois n-eles non se movía
nin unha folla siquera,
e o mar, que ruxe outras veces

ô desfacerse n-as penas,
 aquela tarde, mansiño,
 bicaba n-a bran'area.

Preto d'a fonte que teñen
 os de Covas, case seca,
 d'esa fonte que ten sido
 testigo de mil pormesas
 e amorosos xuramentos,
 d'os que ás veces nada queda
 senón mouros desenganos
 que trân bágoas de tristezas;
 onde mintiras y-hestorias
 de cote contan as vellas,
 n-as que sempre ô creticado
 lle quitan hastr'a pelexa;
 ô pé d'ela, levan tempo,
 sentadas sobre duas pedras,
 en intresada parola
 a Encarnaceón y-a Sabela.

'O seu lado as sellas teñen
 compretamente valeiras,
 porque dende que chegaron
 non se coidaron d'enchelas;
 e deben ser cousas íntemas
 d'as que baixiño conversan,
 pois están aconchegadas
 case falándose á orella,

e ascoitándose ó que dicen
nin siquera pestanexan,
como si de tal parola
non perder miga quixeran.

Mais, ¿qué custión de governo
será a que as ten d'a maneira,
tan longo tempo entretidas
en amigabre conversa?

¿Quizaves elas se acupan
d'ó pouco que dan as terras,
d'ó que se paga en trabutos
e ó que se paga de renta?;
¿ou será que votan contas,
ó ver como están as leiras
que de patacas e millo
non darán media cosecha,
pra gobernarse n-a casa
sin têr que aumental-as deudas?

¿Tratan, seique, d'os qu'este ano
armará pol-a costeira?;
¿ou parolan d'os vistidos
que han d'estrenar pol-a festa,
que sempre n-elas as mozas
han de poñer novas prendas?

D'esto últemo elas non tratan
xa que, dad'a sua probeza,
pasan os anos afeito

sin tél-a menor estrena,
e d'ó demais non se acupan,
anque de importanza sexa,
porque ô parecer hai cousas
que âs dūas más lles intresa.

Pro, si de nada parolan,
entón, ¿de qué falan elas?

Pouco mundo, certamente,
ha de tél-o que non sepia
que, tratándose de mozas,
e de mozas casadeiras,
si amigas son e se atopan
e non hai por médeo envexas,
pirmeiro que de outra cousa,
ô que a lingoa se lles ceiba
ê a falar d'os seus amores
e a amostrarse satisfeitas
si os mozos que lles agradan
as miran cal queren elas,
e d'esto todal-as mozas
teñen que contar âs cheas,
pois con razón creo,—e naide
de outra cousa me convenza,—
que non hai feos quince anos,
nin hai d'esa edá unha nena
que no valla unha palabra,
que non mereza unh'aperta.

D'eso falan, pois, n-a fonte
a Encarnaceón y-a Sabela;
d'os mozos que más estiman
e de aquéles que as cortexan;
e anque parecen moi novas
esprícanse como vellas,
comparand'ó que lles pasa
âs mozas que son lixeiras,
que por ir pront'ô casoiro
dan tino a un home calquera
sin agardar un istante
pra vel-as contras que teña,
—socedendo, case sempre,
que log'ó feito lles pesa
cando xa non hai romédeo
nin cabe posibr'enmenda,—
con outras más espelidas,
de más cachaza y-espera,
que, anque poñen n-a romana
a pesal-a comenencia,
antes queren o cariño
conio condición pirmeira,
e a facer mala xuntanza
pirfiren vivir solteiras,
—qu'estas son, as mais d'as veces,
as que n-a eleuceón acertan,
posto que pra ser filices

moi grandes ventaxes levan.

V-en probas de que se compre
o meu prenóstico á letra
ouviremol-ó que dicen,
anque baixiño conversan;
pois pra nosoutros non vale
que falen rente d'a orella.

— Pois saberás que onte á tarde
—dille á Encarnaceón, Sabela,
dempois que se saúdaron
e se sentaron n-as pedras,—
mercando un pouco pemento,
atopábame n-a tenda
d'a siñora Sinforosa,
cando de pronto a ela chegan
o Farruco de Suas-Barras
e o Pedro d'as Pallaregas.
Pidiron os dous a un tempo,
con aire de gran fachenda,
tres netos d'o millor viño
que n-os pelexos houbera,
e, collendo log'o xarro,
fórонse a sentar á mesa
que pr'acomodo d'a xente
teñen alí n-a taberna,
e a falar escomenzaron,
anque con falas moi quedas,

sin roparar n-as presoas
qu'estaban á sua beira,
como de tornar á casa
eu non tiña grande présa
e ademais saber quiría
todo canto eles dixeran,
pois chocoum'en moito grado
vel-os de aquela maneira,
—por mais que ó ascoital-os contos
ben sei que ten as suas quebras
xa que ás veces unha esponse
a ouvil-ó que non quixera,—
quedeime alí un instantiño
facéndome a prigueira,
e digoche que d'ó feito
non me arripinto, abofellas,
pois souben por boca d'eles
que Pedro d'as Pallaregas
non ten x'amores co'a filla
d'a Ramona de Xunqueira,
dempois de levar dous anos
facend'ó que quixo d'ela;
e vin que os dous celebraban,
aución tan mala e tan fea,
entre bos tragos de viño
¡y-entre unha grande riseira!
Souben mais, souben que Pedro

falarche moi logo pensa
n-acaseón que atope a modo
e que mais ô xeito vexa,
requiríndote de amores
por ver si ti ll'os acetas.

—Vive moi enquivocado
Pedro, si está n-esa crêenza,
que anque son prob'e n-a casa
non teño mais que misérea
e n-a d'él hai abundanza
e corre a fartur'ás cheas,
non me convén nin me aloce
esa clas de comenencias.
Que vay'a comprar co'a filla
d'a Ramona de Xunqueira,
e, si non quér, que a outra porta
chame, que a miña está pecha,
e non se abrirá por hoxe
si a petar n-ela non chega,
con boa intinción, outr'home
que millor conduta teña.
¡Ben toliña ch'estaría
si a Pedro caso fixera!
Alguén dirá qu'ê bô mozo
e que ten bês e ten rentas,
¿e qué?, ¡si é un home que pasa
tard'e noite n-a taberna

bebendo viño e xogando
â birisca yâ carteta
sin coidarse d'o traballo
que lle percisan as terras!
¡Haberá muller de xuicio
que a un mozo tal tino dea?
¡Nunca Diós m'ó perdonara
si tan mal gusto tivera!

— Sóbrache a razón e aprobo
qu'ese pensamento teñas;
pois con homes como Pedro
ningunha moza fai feira.

— Xa ves, a probe Delores,
a d'a siñora Josefa,
que casou con Xan d'as Cortes
tan solo pol-as cadelas,
sin roparar en mais nada
nin vel-ó borracho qu'era,
pagando está o ser estonzas
desprocupada e lixeira;
pois seu home, que parece
non têm migas de concencia,
ô fin de mantel-os viceos
vendeu x'as millores leiras,
y-el'agora, sin recursos,
sinte as meirandes aprétas
pra sacar adiante os fillos

que son sete,—¡y-os que veñan!—
todos eles tan pequenos
que collen ben n-unha cesta.

E, por si esto non bastara
e poucas foran as penas,
seique Xan, as mais d'as veces,
cando trai quente a cabeza,
pégalle cada somanta
que lle fai vel-as estrelas.

—¡Por eso, hai homes n-o mundo
qu'era millor que morreran,
xa que son como un pedrazo
cando en facer mal lles peta!

—Y-eu teño pra min qu'ê d'eses
o Pedro d'as Pallaregas;
pois, a xuzgar pol-o porte
e pol-a vida que leva,
ganaralle a Xan d'as Cortes
si non lle ven logo a enmenda.
Pro, troque ou non de conduta
e soceda ó que soceda,
como pra min, Pedro, ê un home
que non m'entrou nin me intresa,
de ser cert'ó que me dices
y-él en falarme ainda pensa
por metto desenganalo
âs palabriñas pirmeiras,

sin andar con arrodeos
 nin recurrir ás esperas,
 e tamén, esí, quizaves,
 o home me deixe de lerias;
 mais, s'insist'en que lle acete
 e se pon algo molexas,
 ou si me apura un pouquiño
 e a miña lingoa se ceiba,
 entón ouvirá, de fixo,
 ó que oubir non lle conveña,
 que pra cantal-as verdades
 deume Dios moita franqueza.

— Fas moi ben, e n-o teu caso
 eu talmente porcedera,
 anque soubera de certo
 que me quedaba solteira.

— ¡Vaiche boa! 'E pirfiribre
 chegar n-es'estado a vella
 e têr que vistil-os santos
 e manterse solo a berzas
 que facerlle caso a un home
 d'esas condiceós tan pésemas;
 pois, mesmamente, m'espûña
 a que conmigo fixera
 outro tanto que co'a filla
 d'a Ramona de Xunqueira,
 pra ser logo marmulada

com'hoxe marmulan d'ela;
 e anque, contra ó qu'eu me creo,
 con boa intinceón viñera,
 tampouco con tal suxeto
 o casamento me alegra,
 pois iba dreita ô martíreo
 por toda unha vida enteira,
 sin têr dempois o recurso
 de apelar d'a cousa feita,
 e abondan ben, miñ'amiga,
 os pesares que unha teña
 pra non querer aumentalos
 con outros mais, ás sabendas.

— Sobre todo habendo agora
 outro que a ti mais che intresa,
 e c'o cal serás de fixo
 filiz si ô casoir'ó levas.

— Non t'entendo si non falas
 más crar'ou de outra maneira.

— Seique me xiringas...

— Xuro

que pra min ê unha sopresa
 ó que me dis, e non caigo,
 dende logo, n-o que sexa.

— Pois, verás: antonte á noite,
 n-a casa d'a Filomena,
 — a onde fun por mor de darlle

unha menciña pr'a reuma,
que mercar'aló n-a vila
â tarde, d'encargo d'ela, -
houbo quen nos afirmase
y-en sacreto nos dixera
que Roque de Cantarrana
con moito intrés te cortexa
e que ti lle pôs bos ollos
y-en facerlle cara pensas,
e anque m'estranei d'o dito,
porque nin a mais pequena
noticea tiña d'o conto
nin ti fala d'el me deras,
non me pareceu a cousa
tan sin xeito pra non crêla.
Non desconozo que Roque
nin un ral herdou squera,
mais é escravo d'o traballo
e non ten viceos, qu'eu sepia,
y-esas condiceós n-un home
son as que mais se desexan,
porque sin elas val pouco
que hax'as meirandes riquezas;
por eso, cando a outra noite
ouvin falar d'a maneira
â muller de Antón d'as Pontes
n-a casa d'a Filomena,

non dudei que fora certo
 ó que por certo deu ela,
 e solo pensar me fixo
 o que pra min estiveras
 tan longo tempo calada
 y-en tan inxusta reserva.

— Pro, certamente, ¿ti, crîche
 canto dixo esa lareta?

Nin Roque de Cantarrana
 me deu conta d'o que pensa
 nin falei con él, ó menos,
 fai tres somanas e médea,
 e xa demaseado sabes
 que, si entre os douos alg'houbera,
 pra contarcho deseguida
 eu me daría boa presa.
 Pol-o demais, son contigo
 en crêr qu'ê unha comenencia
 o Roque, pois anque o probe
 pol-a casa nada teña
 val él mais que moitos mozos
 que andan chufando riquezas
 qu'herdaron, pro que non saben
 c'o seu traballo facelas.

— Mais, ¿de qué sacar poideron
 tal mintira? ..

— ¿E quén ó acerta!

—Pois o refrán dí que o río
si sona é porque auga leva...

—¿Dudas de min...?

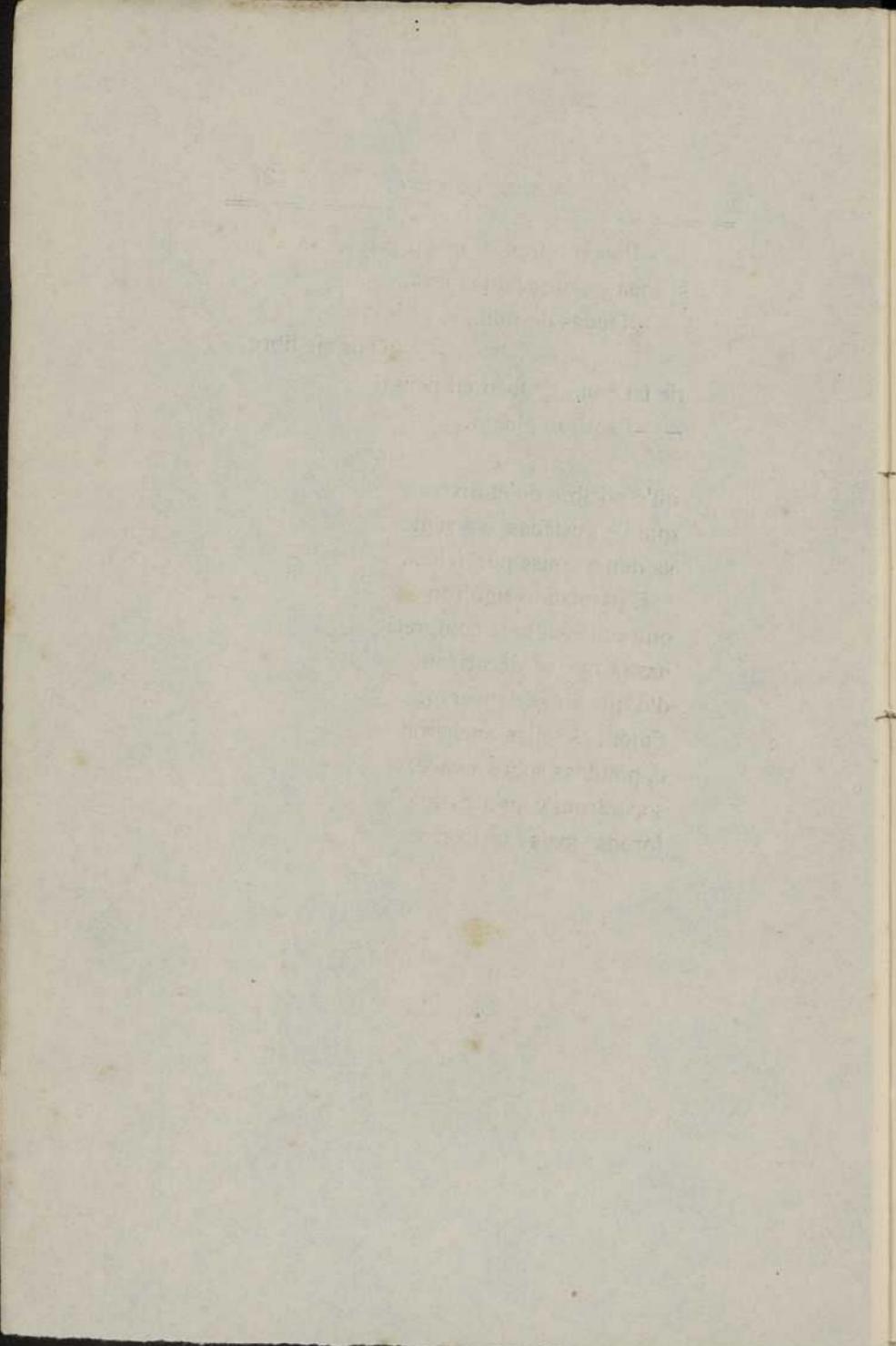
—¡Dios me libre
de tal cousa! ¡Quén tal pensa!

—Esprícate, logo...

—Creo

qu'è posibre qu'él dixera
que lle gustabas, e a xente
xa deu a cousa por feita...

E parolando siguiron
outra médea hora compreta,
hastra que se decataron
d'ó que alí se detiveran.
Entón, as sellas encheron
e, pôndoas sobre a cabeza,
soparárons'e pr'a casa
fórонse mais que lixeiras.



IV

¡BOA PEZA!

Pedro d'as Pallaregas... ¡Vaya un mozo
que á Encarnaceón saléu de pretendente!
Ben pod'ela ralbar de puro gozo
ó têr adorador tan soprendente.

Pedro d'as Pallaregas... ¡Boa peza!,
cal non se atopa igoal n-o mundo enteiro.

Un home sin cabeza,
mulliolas, xugador e farauteiro.

Todo eso ê o tal suxeto n-unha peza,
según o millor crête
que lle deron seus feitos conocidos;
pro, anque importa saber, a este rispetto,
si os xuiceos que d'él fan son merecidos
e si teñen ou non bô fundamento,
máis importa saber ós meus leutores
cal ê de Pedro o escuro pensamento
ó querer emprender novos amores...

Dempois d'unhos douos anos
d'entretel-a sua noiva con enganos
o rapaz, certo día,
buscou unha maneira
de deixal-os amores co'a Sufía,
a filla d'a Ramona de Xunqueira.

Tal foi sempre ó que fixo
con todal-as rapazas a quen quixo,
e anqu'esto por ningunha era iñorado
eu non sei, abofellas, ó que tiña
pra emboucalas axiña
e ser por unhas e outras degorado.

Con esta sorte, o mozo, non pensaba
n-o que logo n-a vida ll'esperaba,
pois n-é miga d'estrano
que, non levando nunca un desengano,
chegar'a estar pôsido
de unha grande valenza
e mantiver'a crênça
de ser pol-as mulleres debecido.

Por eso, a cantas vía,
a tantas, fachendoso, o amor facía;
mais, si apres'as rapazas namoraba,
certo é que axiña d'elas se cansaba;
porque, como él dicía:
«as cousas que n-o mundo mais se aprecean,

si abundan moito, logo se desprecean»;

Fiado, pois, n-o seu sino,
ô tronar co'a Sufia de Xunqueira,
—a quen non lle pensaba dar mais tino
ainda sendo d'o rico Anduxo herdeira,—
tratou, moi animado,
de atopar outra noiva ben locida
e, com'ó bon por naid'ê despezzado,
n-a Encarnaceón fixouse decontado,
xa que d'as mozas er'a mais garrida.

C'unha gran lixeireza
e ben chea de fumes a cabeza,
—ó que â larga trai sempre sinsabores,—
maxinou, dende logo, que a rapaza
pr'acetarlle os amores
non había de pôr moita cachaza;
pois outras, non piores,
e de un xenio e carauter tan altivo,
ô cabo se rindiron mais que axiña
tan solo c'unha dôce palabriña
que a ben dicirlles tivo.

Faltáballe, somente,
que a sorte unh'acaseón lle deparara
pra dempois, prontamente,
falarlle sin roparos, car'a cara,
e pintarlle con moita fantasía,
d'a maneira e d'o modo qu'él sabía,

un amor tenro, puro y-arroutado,
como xamáis rapaza podería
n-a vid'haber soñado.

Logo, ela, si de pau non era feita
e si se somellabâs mais mulleres,
a él virña ben dreita
a deixarse prender d'os seus quereres;
pois, esquécese xa de tan sabido
que, ningunha rapaza está parada
pra coller un marido,
xa qu'ê cousa por todas deseada.

Esi, en tal forma, o mozo descurría
ô deixar â Suffia
e formar tal intento
de amostrar, calquer día,
â Encarnaceón seu novo pensamento.

E ô descurril-o mozo d'este xeito
e dar todo por feito
sin haberlle â rapaz'ainda falado,
ben él ademostraba
que de grande fachenda era levado,
e que, con gabaceira compracencia,
pro seu dentro pensaba
que, n-o lugar, como él non se atopaba
outra igoal comenencia.

Por eso n-a cachola
non ll'entraba que houbera unha rapaza

capaz de desprecear tan boa praza,
 a non ser qu'estivera médea tola;
 pois él.—y-esto pra naid'era un sacreto,—
 acugulado tiña sempre o peto,
 y-en prados, leiras, soutos e outras pezas,
 pôsia mais riquezas
 e dispûña de un crêto
 meirande, fixamente,
 que tod'ó que axuntar'a demais xente
 d'o lugar, anque as uchas deborcaran
 e as faragullas todas apañaran.

Entrogues, a mociña,
 n-a que agora seus ollos se fixaron,
 nin un anaco tiña
 de terras, onde abrir tan solo un rego,
 nin cartos pra facer tocar un cego;
 ¡e xa os tempos pasaron
 en que as mozas lle daban á vigola
 fixándose, somente, n-o cariño,
 anque logo pasaran o camiño
 d'a vid'amordiscando unha cebola!

D'eiquí que descontado
 estivera, pra Pedro, o risultado
 d'o seu amante intento,
 y-esi, por eso, estaba dececido
 a recabar axiña o consabido
si, sinal de seguro asentemento;

pois, sendo a Encarnaceón unha rapaza
d'o mais sano e millor que conecía,
de non adar apresa e darse traza
a namoralia logo, s'espôría
a que outro mais sotil se lle adiantase
e por diante d'os ollos lla levase.

Pra non verse, por tanto, n-este caso
e non dar un mal paso,
dispúxose a falarlle prontamente
aproveitando, pra eso, diligente,
a acaseón que millor se presentara
tan logo como co'ela se atopara.

E, logrado que houbera tal desexo,
x'asegurar podía
con grande cacarexo
que d'as mozas que había
n-o lugar de San Joan, e ainda por fora,
él tiñ'a mais bunita e trouladora
con quen beilar n-as festas noit'e día
e con quen palicar hora tras hora.

Dempois..., cando pasaran
as ledas romaría, e cansado
se atopara d'a noiva, por folgado
se dera que acabaran
as tales rilaceós; pois sempre tivo
—houbera ou non motivo,—
por costume deixalas deseguida,

denantes que collida
n-as redes de un amor sua y-alma fora;
que as rapazas de'agora,
por apillar un mozo de diñeiro,
dan mais voltas que o diaño,
e a pouco que un se deixe cai n-o amoño
e fan d'él un pandeíro.

Mais si de tal maneira eso pensaba,
Pedro d'as Pallaregas, sobre o asunto
en que metido estaba,
eu case me barrunto
que ô crêlo esi ben non arroparaba
qu'en custiós de mulleres
nunca val que se forxen pareceres
nin s'esprima o miolo;
xa que ô mais galloupeito e ô mais pillo
danll'elas mais revoltas que a un sarillo
e póñeno, si queren, médeo tolo.

Pro, fora ó que quixerá o risultado
final d'o seu intento,
o rapaz, mal guñado
pol-a imprisión lixeira d'o momento,
o tal final ó tiña por doado,
e, n-estas confianzas
tan cegas e insecuras descansaba,
namentres agardaba
en ralidá trocar tales espranzas.

Deixemos, pois, que viva n-esa crêenza
e que siga pôsido
d'a meirande valenza,
que, si hoxe rebecido
se atopa d'a sua sorte co'as rapazas,
é por todos sabido
que "tras d'o inverno ven a primaveira
e, tras d'o vrou, outono, en ringuileira",
qu'ê o tempo en que se collen as cabazas...

V

BUSCANDO AGARIMO

D'os dous suxetos que xa sabemos
que pensan hoxe n-a Encarnaceón,
d'un os intentos seus coneçemos,
d'o outr'ô momento vou dar razón.

Estoutro é Roque de Cantarrana,
un rapaciño que moito val;
pois ten a y-alma limpiña e sana
y-en ser honrado non ten rival.

Por tal rapaza, sinte os ardores
d'un querer fondo, d'un cego amor;
mais, anque intêses son seus amores,
sofre os desmayos d'un fero dôr.

Pois desque n-esa linda mocíña
fixóu seus ollos, x'a paz perdéu,
e n-a alma ~~sinte~~ certa morriña
que hastra d'agora non coneçeu.

Porque si, o probe, mais namorado

de tal rapaza non pod'estar,
dende o comenzo vese acorado
ante os apretos de lle falar.

Xa que o home sabe que non ten nada
mais que ofrecerlle que seu amor,
e amor sin ucha ben cugulada
pra moitas mozas non ten valor.

Mais, ê posibre qu'esa rapaza,
por quen él sinte tenro querer,
de cobizosa n-amostre traza
e co-él amores se aveñ'a têr.

Que, anque intresadas son as mulleres,
hainas que amostran outro sintir,
y-en gustos nunca, doux pareceres
igoales, xuntos n-a vid'han de ir.

Pois si unha moza ve n-o casoiro
doada maneira de millorar,
outra, ten eso por mal agoiro
e sin cariño non quér casar.

Que n-as xuntanzas pr'a vida enteira
e tan perenes como elas son,
vai enganada quen d'a maneira
casa movida pol-a ambiceón.

Porque o cariño desintresado
n-os casamentos ê ó que convén;
sin él ê feito xa esprementado
que non se logra migia de ben.

Pro, ¿cómo, Roque, saber había
qu'esa rapaza, leda e xentil,
pensa d'o modo?; ¿cómo faría
pra caerll'en grácea grand'e bari?

Roque non sabe que xeito darile,
e anque intrigado traino a custión,
sin bon achego non quér falarlle
d'os seus amores á Encarnaceón.

Pra eso, denantes d'estar con ela,
e pra seus medos escorrentar,
intrivistarse quér co'a Sabela,
qu'ê quen ó pode deserganar.

Pois a Sabela ten co'a rapaza
amistá grande, firme querer,
e si con ela se dera traza
seu agarimo poidera têr.

D'ehi que sin trégola busque a maneira
de darlle conta d'o seu sintir,
pra, de tal modo, ver si fai feira,
pra vel-os pasos que ha de seguir.

E xa, pensando levar aeito
tan decevida risoluceón,
él, á Sabela, lle abréu o peito
logo que tivo doad'acaseón:

—Mira, Sabela,—lle dixo un día,—
vouche un sacreto grande a contar;
mais eu, denantes; de ti quiría

formal pormesa de que ó has gardar.

—*¿E morte de home...?—perguntoull'ela con moita grácea,—*

—Poidera ser...

—Pois, nada digas; porque a Sabela c'os esquibamos contas non quér.

—*¡Boh!, non te riáis d'o que che digo.*

—Nunca, n a vida, me rín de ti;
porque te teño por bon amigo.

—Entón, ascoita, Sabela...

—Di.

—Fai algúñ tempo, sinto a queimura
de un querer fondo, de un cego amor,
por unha moza qu'è unha hermosura,
¡a curupela de linda fror!

Pro, dende o día que a miña y-alma
prender deixouse d'esa beldá,
dend'ese día perdín a calma
e perdín toda tranquilidá.

E ando sin sono, y-ando esganado,
e hastra os traballos facer non sei;
e ando doente, y-ando acorado,
dende que n-esa moza pensei.
Por eso, cabo de ti, Sabela,
hoxe un consello veño a pidir
pra que me digas si préto d'ela
podo con estes amores ir.

—¿E quén é a moza, pra ti tan grata,
que tanto intresa teu curazón?;—
pois non dixeche de quén se trata...—

—¿Non ó adeviñas...?: é a Encarnaceón.

—Xa maxinaba, meu amiguiño,
que che gustaba rapaza tal,
e non é extrano que teu cariño
sexa pra moza que tanto val.
Mais, si estás tolo pol-a rapaza
que teu compreto cariño ten,
¿por qué a dicirlo non te dás traza
si xa é sabido que che convén?
Ti, pensar debes qu'en tales loitas
hai as temencias que sacudir;
pois cantos queren pascal-as troitas
tras d'elas teñen ó río que ir.

—Eu, miñ'amiga, talmente creo,
—que o medo n-esto non é ó millor,—
pro... ¿qué dicirche...?, ¡sinto receo
en darlle conta d'o meu amor!
¿Por qué este acoro..?; ¿qu'é ó que me priva
de ir a falarlle...?; ¿qué razón hái...?;
haina, ¡y-afellas non é catival,
y-esmoreceres eso me trai.

—Por mais que penso, non me decato
d'eses motivos que podas têr,
e, xa intrigada, fórame grato

que ti m'os deras a conececi;
 porque, meu Roque, d'esa maneira,
 eu che poidera logo dicir
 si é razón xusta, si é verdadeira
 ou, d'ela, hai modo de percindir;
 que, moitas veces, os namorados
 non ven as cousas tal como son,
 y-é porque os ollos teñen vendados,
 y-é porque os cega súa paseón.

—Anqu'estou cego pol-a tu'amiga,
 —e xa mais cego non pudo estar,—
 de ver non deixo, non, ô que obriga
 non têr un hoxe nada qu'herdar;
 pois, d'o qu'ê probe, naide dá tino
 e as mozas todas fuxides d'él;
 y-esto, Sabela, foi sempre o sino
 de quen non conta con bô fardel.

—Non digas eso; teu xuiceo apousa...

—Os feitos todos falan por min.

—¡Dios che me libre de crér tal cousa!;
 ¡outra como ela nunca ch'a ouvin!
 E, logo, os probes, ¿ô casamento
 non van de cote...?; ¿pensas que o Amor
 ten tamén n-eso seus miramentos...?
 ¡Deixa es'escrúpalo, que ch'ê millor!
 Non fagas caso de tales crências
 e ô teu ouxeto dreitiño vai;

que aquel que n-eso non ten valenzas
 din, mais de catro, que o burro fai.
 Eu, n-este istante, crarearche pudo
 que a miñ'amiga pensa tamén
 de tal maneira; pois, o acomodo
 pol-os bês solos, non lle convén.
 Bô é que ô tratarse de facer niño
 pensen as mozas n-ó que ha de vir,
 que non abonda con têr cariño
 si non se pode logo vivir;
 pro, si hai un home que n-o traballo
 ten sua riqueza, ¿con qué razón
 pode dicirse qu'é un zaragallo
 tan solo dino de compaseón...?
 Ve si outras causas pode têr ela
 pra os teus amores non acetar;
 que por ser probe,—¡crêlle á Sabela!—
 nunca, n-a vida, te ha desprecear.

—Ainda non sabes canto ch'estimo
 que tal me digas!; mais, por meu ben,
 sé cabo d'ela meu agarimo,
 por si a rapaza roparos ten...

—Si tu percisas d'a infruenza miña,
 eu bon acordo terei de ti...

—¿Podo xa têrte como madriña
 d'os meus amores, Sabela...?

—Si.

Y-esto dicindo, foise a Sabela,
e car'a casa s'encamiñou;
en tanto, Roque, cabo a portela
onde falaran, ledo quedeo.

VI

GARDAND'O SACRETO...

Logo que a Sabela
se meteu n-a casa,
quedou pensativa n-ó que o bon de Roque
lle dixo en confianza.

E pensando n-eso
comprendeu, ás craras,
como tiña o mozo, de amor verdadeiro,
imprenad'a y-alma.

Certamente, qu'ela,
nin migia estranaba
que Roque tivera pol-a súa amiga
as meirandes ánseas;
pois, de cantas mozas
Covas cobixaba,
er'a súa amiga, sin dúbid'algunha,
a millor rapaza.

Pro, ¿cómo dicirlle

a ésta ó que falara
 Roque, sin que logo ll'esixiran contas;
 d'a súa palabra?

Porqu'ela, pormesa;
 dera de que nada
 diría, e si agora descobre o sacreto
 cai en grave falta.

Tal cousa' traguía
 médeo enguerellada,
 e a quitar chegoulle por comprei'o sono
 e d'o peito a calma;
 mais, cand'ô outro día
 se votou d'a cama,
 —siguind'o consello que durante a noite
 lle pedeu á almuhada,—
 risolveu dicirlo
 á amiga d'a infanza,
 pois non era xusto que de tal asunto
 lle acultase nada.

Con es'o sacreto
 non se prubicaba,
 xa que d'él, somente, sabería Roque,
 ela y-a intresada,
 e, d'esa maneira,
 tamén alcanzaba
 millor seu ouxeto de amparal-ô mozo
 cabo d'a rapaza.

C'o fin, pois, sabido
 saleuse d'a casa
 e a buscal-a amiga foise dreitamente
 camiño d'a praya;
 e, logo que xuntas
 se atoparon ambas,
 sin mais retesñas, faloulle d'o asunto
 con estas palabras:
 ——Buscándote veño
 mais que ás apuradas,
 pra darche noticea de certa conversa
 qu'en moita confianza,
 tiv'onte commigo,
 aló en Cantarrana,
 un mozo que sinte pol-os teus pedazos
 firida sua y-alma.

——¿De Roque, quizaves,
 é de quén se trata...?
 ——D'o mesmo...
 ——Pois, mira, si queres, xa podes
 contarme suas falas.
 ——Verás: de Viveiro
 pra San Joan viraba,
 —xa entre lusco e fusco,—cando n-a portela
 d'a leira de Xana,
 topeime con Roque,
 quen, sin mais andadas,

me dixo, en sacreto, que por ti sintía
namorad'a y-alma.
O gusto alabeille
por ser ti a rapaza
que tan grandemente logrou ispirarlle
amorosas ánseas,
e dinlle o consello
de que che falara
denantes de que outro mais vivo poidera
facerlle a xogada.
Anqu'él, segúñ dixo,
tamén cobixaba
os mesmos temeres, mostrouse acorado
pra darche unha fala,
namentres non sepia
si a ti che fai grácea
que che pid'amores, non tendo un inchavo
nin herdado nada.
D'os tales escrúpalos
eu rínlleme â cara
e dínxenlle logo que, pol-o ser probe,
non ó despreceabas.
Y-estonzas o Roque,
mais ledo que as pásoas,
ceibouse a pidirme qu'eu, sin descobrilo,
contigo tratara
de ver de sacarche

con tino e con maña
 si os cegos amores qu'él sinte fai tempo
 ti ll'os acetabas;
 porque non quixera
 tél-a triste fada
 de que lle chegaras a pôr n-as orellas
 un par de cabazas.

—E ti, de todo eso,
 ¿qué crês?, en confianza...
 —Pois penso que o mozo, cand'onte de tarde
 conmigo falaba,
 a verdá me dixo
 sin acultar nada;
 xa que n-os seus ollos, como n-un espello,
 ben se refrexaban
 os firmes quereres
 que o peito lle inframan,
 os tenros amores que, avaro, cobixa
 n-o fondo d'a y-alma.
 Eu, n-o teu pelexo,
 siquerá ó pensaba
 e o si lle daría, tan logo él quixera,
 sin outras probanzas;
 pois teño que Roque
 fará a unha rapaza
 filiz, porqu'ê un home moi bon e sin víceos,
 y-ê canto fai falta.

—D'a mesma maneira
penso eu; pro, ropara,
que o meu pai é vello y-agora percisa
d'a miña compaña.
Esi, si hai un mozo
que queira xuntanza
conmigo, que vote suas contas e vexa
si pode co'a carga.

—Non creo que a Roque
tal peso lle laya;
por eso podedes, sin outras endróminas,
poñervos á fala
e xa, logo, solos,
con tempo e con calma,
os dous, sin emboucos, de pôr trataredes
as cousas ben craras.

En fin... ¿que resolves. .?

—¡Non sei ó que faga...!

—Pro, ¿têis mais roparos...? ¿Quizaves, acul-
rebule outra causa...? [ta,
—Afellas, non teño
que acultarche nada.

—Estonzas, ¡cantela!, si vex'hoxe a Roque
aló en Cantarrana,
xa sei que dicirlle...

—Mais, date boa traza...

—Non teñas coidado; pois esta conversa

morreu eiquí entrabbas.

—Pol-a miña parte,
si Roque me fala
d'eses seus quereres, d'ó que me dixeche
facereime a estrana;
porque non quixera
que se decatara
d'a nosa parola, qu'entón él perdía
contigo a confianza.

—Y-eu que ch'ó agradezo
con tod'a miñ'alma;
pois o vir dicirche de Roque o sacreto
ben sei qu'ê unha falta.
N-ela eu non caera
si de outra se trata;
mais, sendo unha cousa que a ti se rifire...
¡que o Ceo lle valla...!

—'O mesmo me ofrezo...
—Xa sei que, si cadra,
farás d'a maneira qu'eu fixen agora...
—Eso, ¡poucas gráceas!
—Sin mais..., voume axiña
que naide hai n-a casa
e ten'os trafegos d'o dia atrasados
e por min agardan.
Adiós: hastra logo...
—Contigo, Dios, vaya.

E foise a Sabela, namentres a amiga
quedouse n-a praya,
pensando n-as cousas
de que s'enterara,
e que de comprirse, como era posibre,
sua vida trocaban.

VII

UN CONSELLO

— Boas tardes, Sabela.

— Farruco, ben vido.

— Que, ¿estás acupada co'a rede d'o pai?

— Xa ves, meu amigo, votando un cosido
n-as mallas desfeitas, que falta lles fai.

— Si quês que che axude...

— Gráceas, pol-o intento;
pro vai sendo noite y-hai que arrecoller.

Con todo agradezo teu ofrecemento.

— Non tês cous'algunha que me agredecer.

— E agora, pergunto: ¿pra onde ibas...?

— Pr'a casa.

— Pois si non tês prêsa, Farruco, de te ir,
quixer falarche.

— Pro, logo, ¿qué pasa...?

— Axiña, n-o istante, ch'o vou a dicir.
Denantes, desexo facerche persente

que nada me negues d'ó que a falar vou;
porque, si te fixas, verás prontamente
que ô tanto yô cabo d'o asunto eu estou.

—O conto, Sabela, vaime xa intresando...

—A cousa, Farruco, pra tanto non ê.

—¿Que non...?; poixa podesir escomenzando..

—A tal me dispoño, sin mais, abofé.

Ti, de certas falas que, sobre a Sufia,
c'o Pedro tiveche, mamoria farás...

E d'o qu'él che dixo tamén, certo día,
de novos intentos, ben te lembrarás...

Pois mira, Farruco, ten por adiantado,
e ô Pedro dirasilo si tês acaseón,

que n-os seu proyeutos vai moi enganado
e que non quêr tratos co'él a Encarnaceón.

—E ti como sabes...

—Eso non che importa.

Mais ôe ó que intresa y-eu vou a dicir:
o Pedro xa pode petar a outra porta,
que a d'a miñ'amiga pra él non se ha de abrir.

—Estráname o caso; pois gran comenencia
ê o Pedro.

—Farruco, por él paseón tês.

—¿Iñoras qu'ê rico?, ¿qu'herdou grand'heren-

—Pr'a dicha non bastan somentel-os bês. [cia?

Un home val tanto canto ê ó que traballa.
e o Pedro ê viceoso y-ê moi folgazán.

Por eso, ó que teña, resulta morralla;
que os cartos, c'os viceos, moi logo se van.

— Eu digo que, o Pedro, non é un galdruepi.
— O Pedro, amiguño, foi sempre d'o pior... [ro...
— Non ten mais defeuto que ser moi lixeiro
co'as mozas...

— Estonzás, mais ô meu favor.
Crême, unha rapaza qu'en algo s'estime
ningún caso pode facerlle, ô meu ver.

— Falar, ben se fala, Sabela; pro, dime:
¿a cántas mulleres votou a perder...?

— A conta non levo; mais sei que â Delores,
â Rosa, â Sufia ben as namorou,
e, logo que co'elas estivo en amores,
sin xustos motivos axiñ'as deixou.

— ¿Sin xustos motivos...?, ¿y-eso quén ó sabe?
¡Calquer'adeviña si a culpa foi d'él!

— N-os casos que digo, Farruco, non cabe
darlle a elas a culpa...

— ¡C'o Pedro eres croél!
— ¡Si él mesmo se chufa de habelas deixado!;
¿ou ti non ll'ó ouviche ..?, ¿dirasme que non...?
Por eso é moi xusto que tan despreceado
se atope, si os ollos en moza hoxe pon.

— ¿E pensa tu'amiga d'a mesma maneira...?
— Xa dixen qu'es'era seu mesmo pensar.
— Estonzas, seguro que queda solteira;

pois home perfeuto non ó ha de atopar.

—Moi ben ser poidera que t'enquivocaras.

—Tal mozo, Sabela, non ó hai por eiquí.

—Si cego non foras acas'ó alcontraras..

—¿Onde...?

—Non moi louxe.

—Pois seu nome di.

—Non podo crarearme.

—¡Xa temos sacreto!

—Por certo, e gardalo por hoxe xurei.

—¿E si eu a roserva tamén che pormeto...?

—Por mais que a pormetas dicircho non hei.

—Entón, ¿qu'ê ó que queres que a Pedro lle

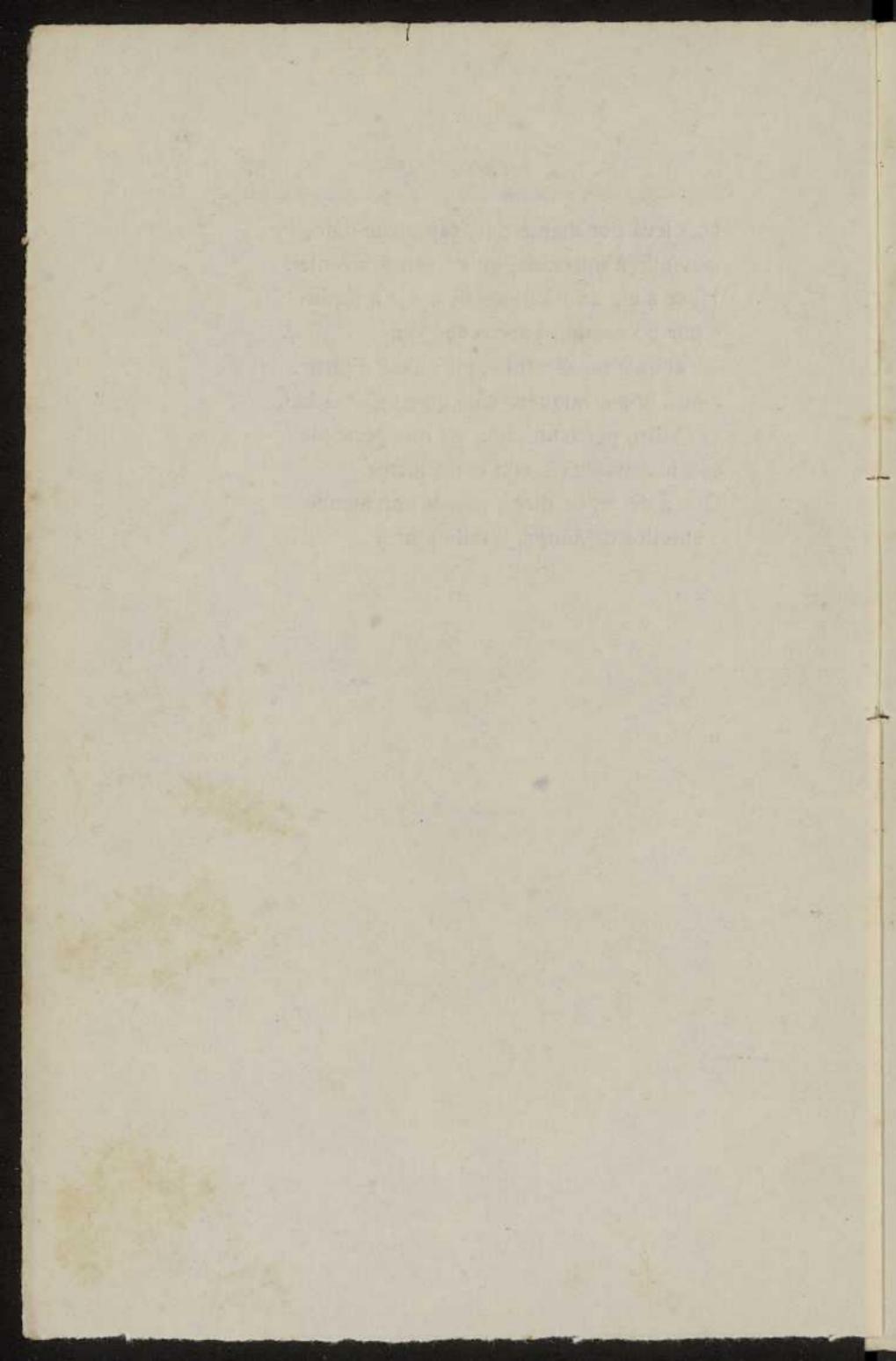
—Pois si d'este asunto, Farruco, falais, [diga? dicirlle ti debes que, n-a min'amiga, si non quér despreceos, non pense xamais.

Xa ver podería, si se decatara, que d'él, n-estes tempos, fuxe a Encarnaceón; y-ê porque un desaire non quér darlle á cara, por mais que pra darlo lle sobre a razón.

—Eu penso, Sabela, que as mais d'as mulleres non sempre presisten n-un mesmo sintir, que a veces se trocan os seus pareceres ó cabo de tempo.

—Deixa o tempo vir, e xa me diredes, ti e mais teu amigo, si as cousas saïron cal prenóstique;

pois leva por diante que, canto che digo,
ouvinlo â intresada, qu'eu non ó inventei.
Hoxe a ela un bô mozo de amor a riquire
e por bô camiño parece que vai;
qu'auqu'ê rapaz probe, sei qu'ela ó pirfire
a outr'home calquera d'os qu'en Covas hai.
O Pedro, por tanto, non sei qué pertende
con ir detrás d'ela con tanto furror.
Que a deixe, lle dices; pro, si non atende
consellos de amiga, seralle pior.



VIII

TRAL-A MOZA

Desque Pedro tronou co'a Suffia
y-en buscar outra noiva pensóu
anda tolo, como un can doente,
tral-a Encarnaceón.

Non ê qu'él, hoxe, sinta por ela
os latexos de un tenro querer,
—que n-a vida, por moza ningunha,
amores sinteu,—

ê que quere apillala por noiva
pra entretêla y-o tempo pasar,
e têr dreito a leval-a sua beira
n-as festas d'o vrou.

D'ehí que axexe con moita cobiza
e con ánsea o momento filiz
de poderll'espricar ô seu xeito
ó que lle ha dicir;
e por eso n-ê estrano que corra

tral-a moza con cego furor,
ainda non cobixando n-o peito
amante paseón.

Pro, ese instante que Pedro hoxe agarda,
vai tardando xa moi to en chegar
e, si non ven axiña, ¡quén sabe
ó qué pasarál;

porque, sendo a rapaz'a mais linda
e xeitosa que se coneceu
n-estas terras, que logo a namoren
milagro non ê.

Xa fai días que trata de vêla
e buscándoa vai d'eiquí pr'alfí;
mais, o tempo cal lóstrego fuxe
sin ó consiguir.

Mesmamente, paresce que o diaño
metido anda de pés n-a custión,
de outro modo, pôriase a cousa,
de fixo, millor.

N-unha d'esas esperas que Pedro
fai de cote, c'o ouxeto de ver
si quizaves tropeza co'a moza
e lle para os pés,
atopouse c'o bon de Farruco,
seu amigo mais íntemo e leal,
e, ô estar xuntos, os dous prencipearon
d'o asunto a falar.

— ¡Hola, Fucol! ¿por onde andiveche
que onte naide razón deu de ti?

— Fun ganal-o xornal e, moi logo,
voteime a durmir.

Viña canso d'o moito traballo
e c'o corpo empapado en sudor
e teminlle á fríaxe d'a noite

por medo a un torzón.

Debido a eso, metinme n-a casa
e, tan pronto que un taco tomei,
deseguida n-a cama tireime,
case ó escorecer.

— Pois eu fun á taberna, de tarde,
n-a tua busca; pro xa de agardar
me cansei, e pr'a casa marcheime
a paso de can.

Tiña moitos e grandes desexos
de falarche...

— ¿De quén...?

— Pois, de nin!
Pol-o mesmo me folgo, Farruco,
de atopart'eiquí.

— Entón, dime ó que queiras dicirme,
que ascoitándote, Pedro, xa estou;
e, á verdá, por saber d'esa cousa
me dá comezón.

— ¿Non te lembras que un dia faleiche

—logo que co'a Sufia tronei,—
d'o que a min me gustaba unha moza...?

—Acórdome ben.

—Pois direiche que, dende aquél día,
ando tolo por ver d'a apillar;
mais, o encontro que busco con ela,
chegado non dá;
que si doado me foi algúñ tempo
o falarlle unha vez, cento e mil,
hox'entroques..., ¡nin qu'ela tratara
d'escapar de min!

—Eu, a causa ben sei, meu amigo,
por qué fuxe de ti a Encarnaceón,
e, si ti m'ó premites axiña
a contarche vou
ó que ouvín á Sabela, nantronte,
con respeuto á rapaza por quen
agor'andas de cote intresado
en pararlle os pés.

D'este xeito, veral-o motivo
d'as xogadas que a moza che fai,
e porqu'ela percura non verte
nin contigo estar.

—Fala pronto, Farruco, que teño
o desexo meirande de ouvir
ó que a boa Sabela che dixo,
dende o cab'ô fin;

que anque pol-a rapaza non sinto
nin pequena nin grande paseón,
é pra min, todo canto socede,

de moito valor;

porque nunca muller d'este mundo
desoéu meu finxido querer,
e que agora de min s'escachurren...

¡non me senta ben!

—Según dixo a Sabela, su'amiga
sabe xa que lle queres falar
e, com'outro lle ronda hoxe a casa
e lle gusta mais,
anda vendo a maneira xeitosa
de fuxir canto poda de ti,
pra non têr que che dar un dispréceo
que habías sintir.

—¿E por ond'ela soupo qu'eu tiña,
de falarlle, formal intinceón...?

—Non ó sei, nin me fago de cargo
por qué ó adiviñou.

Pro, as mulleres, decátanse logo
si un amostra por elas intrés;
xa que solo n-os ollos d'os homes
abóndalles lér.

—¿E quén é o que a riquire de amores?
Unha gran comenencia será;
pois, pra qu'ela ó perfira... ¡de fixo

qu'ê pra millorar!

—D'ese modo era xusto que fora;
mais, ê probe o rapaz, segün din.

—¿Quén ê entón...?

—Non quixeron dicirmo.

—¡Non me fagas rîr!

—Non ó dudes siquiera unha migia,
que a Sabela talmente ó contóu,
y-ê tan certo cal n-este momento
nos alumá o sol.

—Non che nego que a ti ch'ó dixerá
a Sabela; pro d'eso hastra crêr
unha cousa tan descabalada,
eu non a crêrei
mentras non chegue o dia de vêla,
que n-a vida ninguén a verá;
pois, non sendo a rapaza unha tola
non busca seu mal

n-un casoiro c'un mozo qu'ê probe
e non pode facela filiz,

¡xa que non se comprende a Fertuna
n-un triste cubil!

E ô casoiro, as mulleres de agora,
non van solo levadas d'o amor,
y-eu non sei qu'esa moza, d'a regra,
sexá unha esceución.

—'Oe, Pedro, n-as cousas de amores

non che valen razós, ô meu ver;
 que ó que un pensa qu'ê dreito, c'o tempo
 sal tod'ô rivés.

— Pois si a conta non ê como a boto
 e os teus ditos risultan verdá,
 xuro agora que os tales amores
 hei d'esfachucar.

— Pro, ¿non dices que pol-a rapaza
 nada sientes...?

— ¡Afellas, que si!,
 e si n-el'ainda penso ê tan solo
 pra me divirtir.

— ¿Cómo, entón, ti descobrel-a orella
 demostrando d'a forma ese intrés
 por que outr'home non fale co'a moza?

— Pois, eu ch'ó direi:
 porque non me consinte o meu xenio
 o deixarme vencer n-a acaseón
 d'ese modo, xa qu'era facerme
 moi pouco favor.

E, tamén, porque s'ela, - cal creo,—
 ten o gusto de m'enrabechar,
 pra dempois compracerse d'o feito
 por todo San Joan,
 quero ver si a rapaza consigue
 o bulrarse, cal pensa, de min,
 ou si cai n-a trapela... ¡qu'estonzas

ben d'ela m'hei rîr!

— ¡Alô, til! Faceral-o que queiras,
mais, si estimas o meu parecer,
craramente che digo que n-eso
non descurses ben.

E si guiarte te deixas ô cabo
pol-o impulso de inxusto rêcor
o mais doado será que non tardes
en darm'e a razón.

— ¿E por qué pensas d'esa maneira
si xa farto debías estar
de ver como as rapazas qu'eu quero
se veñen à mau?

— Porque sei tod'ó qu'ela lle dixo
à Sabela, falando de ti...

— Pro, ¿qué dixo esa língoa de cobra...?
¿Falou mal de min...?

— O que dixo, en resume, foi qu'ela
amoríos contigo non quêr.

— Mais, diriach'estonzal-a causa...
— Non, non a avrigüei.

— ¡Boh!, as palabras non son escreturas,
e as d'as mozas non teñen valor;
pois dan todas mais voltas ô dia
que calquer reló.

— Hai rapazas a quenes o dito
non se pod'en xustice'apricar.

—Esa de quen falamos, aposto
qu'ê como as demais.

Cantas, hoxe, arrenegan d'os homes,
igoalmente que o demo d'a Cruz
e mañá... ¡como mansas ovellas
iranse trás de un!

Outras hai que sospiran por noivo,
—¡eu que digo! —que adoecen por él,
e si un mozo lles fala, ás pirmeiras,
non queren caer;
porque din que as mulleres non deben
os amores, de pronto acetar;
pois, a que non se fai a rogada,
estímase mal.

—¿De maneira que, canto falamos,
apracar teus afás non logróu,
e a seguir te dicides, teimoso,
tral-a Encarnaceón...?

—¡Xustumantel; pois o home non pode
ô pirmeiro tropezo fuxir.

Teus consellos, por tanto, ben podes
gardalos pra ti.

Mais, deixemos, si quês, este asunto
que x'abondo acupámonos d'él,
e sabido ê que tral-o mal tempo
o bon tempo ben.

Vamos, Fuco, beber á taberna

qu'eu convido...

— ¡Por non desprecear!

— ¡Xa verás com'o viño escorrenta
as penas, si as hai...!
E tal com'ó dixerón, aprésa
â taberna se foron os doux
e, xa n-ela, tres netos pidiron
d'o viño millor.

IX

DECLARACIÓN

Logo que tivo razón,
Roque, d'ó que lle intresaba,
quixo buscal-a acaseón
pra falarlle á Encarnaceón
d'o amor que lle atormentaba.

E levand'o pensamento
á práutica, xa seguro,
aporveitou moi contento
o mais doado momento
pra saír d'o grave apuro.

Que, a ser cert'ó que a Sabela
lle acababa de contar,
—e había n-esto que crêla,—
seu amor, a moz'aquela,
tíñao pensado acetar.

Por eso, cando atopou
á rapaza, certo día,

leido se lle aconchegou,
e a falarll'escomenzou
d'ó que por ela sintía.

E, o qu'estonzas ouservara
talment'esplicarse a Roque,
de fixo que se asombrara
de ouvilo, e non acertara
n-o *quid* de tamáño troque.

Xa qu'él nunc'había sido
co'as mozas moi arricheiro,
e por todas era tído
por home nada estrevido
e pouco namoriqueiro.

Ó que nos prob'a sabéntea
de quen deu en afrimar
que, solo pol-a aparéntea,
ninguén que teña esperéntea
as cousas debe xuzgar.

Pro, sin mais nada, ascoitemos
a Roque y-â Encarnaceón,
—anque c'o feito pequemos,—
d'este modo saberemos
si se arregraron ou non...

Ond'entrabmos se alcontraron
foi ô pé d'o adro d'airexa;
e, ô verse, os dous se pararon,

e a falar escomenzaron
rente ô muro, n-a cabexa.

—¡Gráceas a Dios que, contigo,
poid'hoxe a solas falar!;
porque, haste rîr si che digo
que, fai tempo que te sigo
sin este istante lograr.

—Roque, moi desmamoriado
te atopas; pois, o outro día,
ainda estiveche ô meu lado...

—Pro, cando estiven sentado
xunta ti, más xente había...

—Eso faime comprender
que algo me tês que dicir
qu'eu sola debo saber,
mais ó que tal poda ser...

—Vâlo n-o momento a ouvir.

—Fala, estonzas.

—Falar vou,
xa que a sort'está botada...
¡E a ver si xeito me dou!;
¡¡porque has de saber qu'estou
co'a y-alma médeo engruñada!!
Médeo engruñada, encollida,
pol-os temeres mayores
de non alcanzar n-a vida
esa grori'apetecida

que debecen meus amores.
Pois este fero querer
qu'eiquí n-o meu peito richa,
degoado busc'â muller
—motivo d'o seu nacer,—
como termo d'a sua dicha.
Mais, si lograr non poidera
ese amorosiño afán,
sabelo axiña quixerá,
janque logo me morrera
adoecido como un can!
Porque a mort'ê a acabaceón
d'os tristes e agres amares.
E non hai un curazón
que ô fin poda, Encarnaceón,
risistir eses pesares.
D'ehí que hoxe ansie afanoso,
pra o meu inteso cariño;
un recanto agarimoso
n-ese teu peito amoroso,
pra logo n-él facer niño.
Que a miñ'alma namorada
soment'en ti ten consolo,
por ser ti sua prend'amada:
¡a muller adulatrada
por quen, abofé, estou tolo!
—Non sei, Roque, qué dicir

ô que acabas de falar,
 ô que che acabo de ouvir...
 Denantes de consentir
 n-eso, ben ê cabilar.
 Xa que, sendo soprendida
 pol-a tal declaraceón,
 —dixo, facendo a finxida—
 non está de mais che pida
 prazo pr'a contestación.
 Namentres, tamén verei
 si frimes son teus quereres,
 que de certo non ó sei;
 logo, dempois, che direi
 cáles son meus pareceres.

—Anque comprehendo a temencea
 que cobixas, ti ropara
 si en finxir pudo aparencea,
 ¡canto que a limpa concencea
 se me refrexa n-a cara!
 Rógoche, pois, que desistas
 d'a proba d'o meu amor,
 xa qu'est'está ben âs vistas.
 Non hai razón pra qu'ensistas
 en tamaño desfavor.
 Que o meu curazón coitado,
 con ánse'agardando está
 que por ti sex'acetado

o amor grande, imaculado,
que com'ofrenda che dá.

—Por qu'ese prazo che pida
non debes esmorecer,
nin tomar por despedida
ó qu'ê solo unha medida
pra, logo, bô acerto têr.
Mais non che pudo dicir
n-esta persente acaseón,
nin mais me podes pidir;
porque siría esixir
unha cousa sin razón.

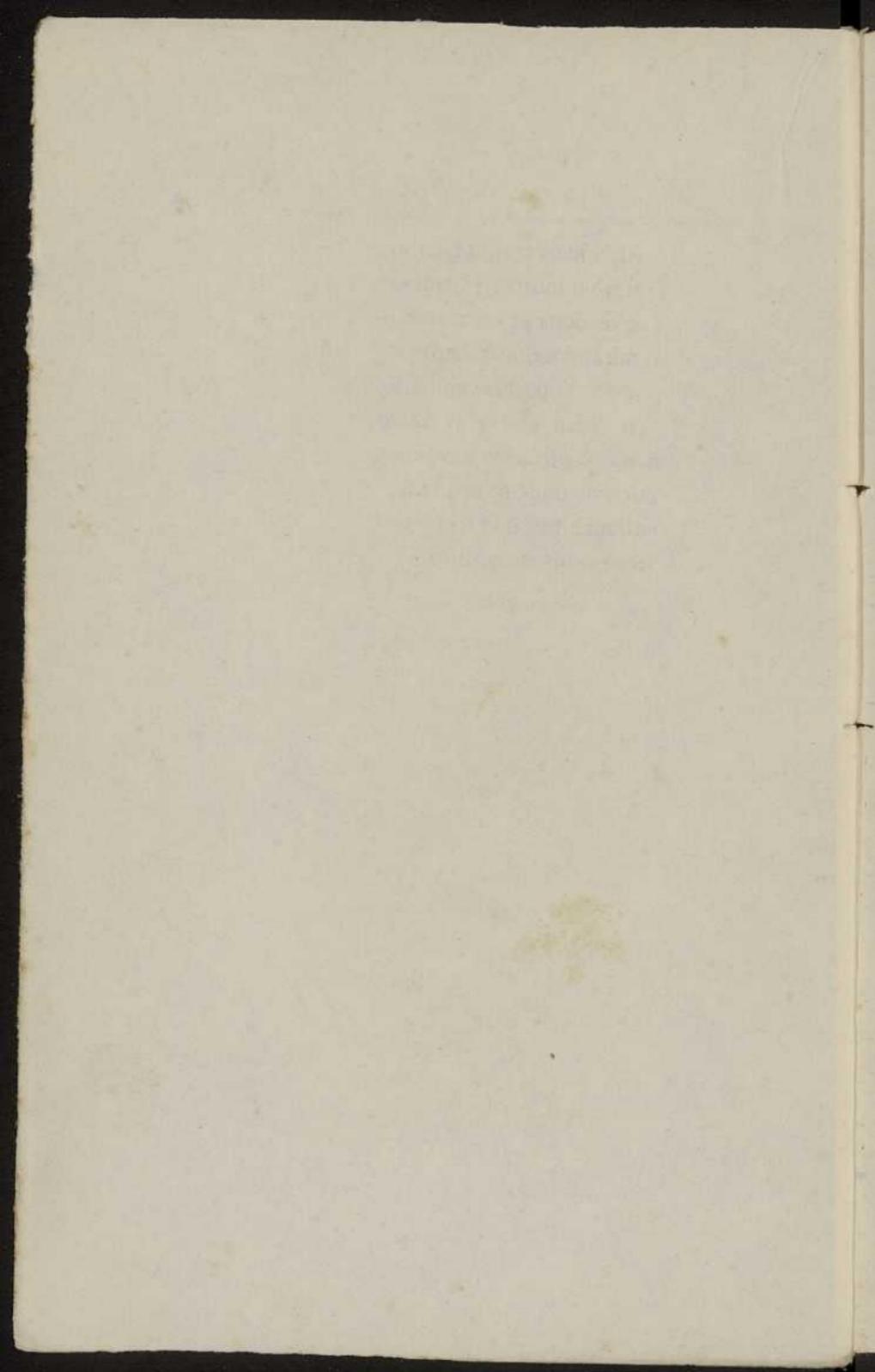
—Sexa, pois, como ti queres
que a contra non ch'a hei levar,
anque sofran meus quereres.
Pro, d'eses teus pareceres,
¿cândo conta me has de dar...?

—Drento de un mes faise a festa
d'o lugar, como ben sabes...
¡Moito xa non ê ó que resta!
Pra estonzas, si a ti che presta,
halos conecer, quezaves.

—Solo che quero facer,
por hoxe, unha ouservaceón,
qu'en apreco debes têr:
¡que gardes pra meu querer
certa estima, Encarnaceón!

Algo mais tempo falaron,
sempre ô muro arrimadiños.
Log'os dous se sopararon
e, mirándose, marcharon
por dous opostos camiños.

E Pedro, que os axexaba
dende o pirmeiro momento,
saleu de onde se acultaba,
entramentres que rosmaba
receoso un xuramento.



X

INSONIO

Cando Pedro logrou saber quén era
seu rival, anubráronselle os ollos
e á cabeza rubeulle tod'a sangue
deixandô sin sentido e médeo morto.

¡Tal foi a sacodida que, n-o peito,
esprementou o mozo,
vendo diante de si, moi intresados,
n-un parolar moi longo,
a Roque y-á rapaza feiticeira
tras d'a que tempo fai él anda tolo!

Pro, axiña que saleu de aquél apreto
e ricobrou o acordo
os feros arrepíos d'a rabecha
tremoáronlle o corpo;
e a seguir seus desexos d'o momento
e a deixarse levar d'o cego arrouto,
xa él houbera saído axiñamente

d'o escondrix'ond'estaba, e, como un lobo,
ralbando sobre Roque, deseguida,
c'os dentes lle quitara o própeo folgo.

Mais, pensouno millor, e, reprimindo
seu ímpeto furioso,
quedouse alí n-o sitio, agachadiño,
pra véllos ben ô xeito y-a seu modo.

Moito tempo pasou de tal maneira,
tral-as silvas de un horto,
sin facer un ruxido tan siquerá
nin movel-o pESCOZO.

Somentes ô ouserval-a dispidida
d'a parex'amorosa, e verse solo,
s'estrevéu a rosmar un xuramento
y-a saír d'entre as silvas, pouco a pouco.

Dempois, tamén fuxéu car'a sua casa
e n-ela se pechóu, con bon acordo;
pois o home non estaba pra conversas
con ninguén, xa que o anoxo
que sintía por todo canto vira
n-a y-alma lle deixóu vivo remolo.

E como anoitecía
e â fam'escorrentóu seu desconsolo,
sin xantar unha migia tan'siquera
n-o leito se metéu; porque c'o sono
quiría amolentar as penas grandes
que ó traguían xa médeo caviloso.

¡E qué noite pasóu...! Dando cen voltas
 e sin pegal-os ollos,
 pensaba doentemente como Roque,
 —un home sin enxundia, un probe mozo,—
 lle roubab'a rapaza qu'él quiría
 pra millor entretêl-o tempo morto.

Case deu como certo que os motivos
 d'eses seus malestares eran outros;
 e case a crêr chegóu que ó qu'él sofría
 e ó tiña en somellante desacougo,
 non eran mais que as fondas rañadelas
 de un tormento amoroso...

¡Pro, non! Xamais tivera pol-a moza
 outro afán que lograr un sempre antoxo
 nin sintía por ela n-o seu peito
 o rescaldo queimón de amante fogo.

Mais, entón; ¿por qué tal desasosego?;
 ¿por qué tal incomodo?;
 ¿cál é a causa d'o seu cavilamento
 e de que fuxa d'él o brando sono?

Estas mesmas perguntas se facía,
 Pedro, mentres duraba o seu insonio,
 y-ô cabo, revolvéndos'entre as sábas
 y-espreméndose os miolos,
 pareceulle atopar a causa viva
 de tamaño esconsolo.

E non era outr'a causa verdadeira

nin o motivo era outro,
que verse despreceado n-esa forma
e sintirse firido n-o amor própeo;
porqu'estando pôsido d'a fechenda
que lle daba a saber qu'era bô mozo,
e afeito a que as mulleres
lle sirviran de cote pra seus xogos,
o que agora unha moza ll'a apegase
de tan gafeiro modo,
non lle sentaba ben, xa que o seu crêto
quedaba pol-o chau, desfeito e roncho.

Pro, ¿qué romédeo había
pra consegui-lo embouco
d'a rapaza, e lograr que lle acetara
os seus ofrecementos como noivo?;
¿qué tiña que facer pra escorrentarlle
os recôres inxustos e os anoxos
que por él a rapaz'ademostraba
despreceándô por outro?;
¿de qué médeo valerse pra que Roque
tivera que deixar amor tan tolo...?

Cavilando sobr'esto estiv'o Pedro
durante o seu insonio,
sin poder risolver tamaño asunto
nin chegar, c'o seu intre, a un bon acordo.

Esi ê que xa ô finar a longa noite,
—pra él de tristes e negros desasogos,—

ante a nova nacenza de outro día
 abateuse n-un agre desconsolo
 e sofreu, mesmamente, como sofren
 as almas, n-o lugar d'o Purgatóreo.

¡Triste noite a que tivo!; d'ela lembro
 ha de gardar de cote o bon d'o mozo.

¡Quén lle había dicir, cand'ô seu xeito
 namorab'as rapazas, fachendoso,
 que unha nena, moi probe, chegaría
 a desairalo agora d'este modo!

¡Cánto debeu penar n-aquelas horas
 que n-a cama pasou sin pegar ollo!

¡E cómo lle dôrria a y-alma, ô verse
 d'a maneira magoado n-o amor própeo!

Fixamente sofréu ó imaxinabre
 pra non poder lograr siquera un sono
 en tod'aquela noite, ¡noit'eterna
 que ô espirto mais viril lle pon acoro!

Con todo, anque sintía os arrepíos
 de un desexo qu'estaba case morto,
 por vencido, abofellas, non se daba;
 pois non era com'outros
 que, ô pirmeiro tropezo, xa non queren
 seguir pol-o camiño pedregoso.

Por eso, cand'o día
 apenas lumbregóu n-o alto picouto
 e seu lucio crarexo, ás negras sombras,

esparrafando foron,
d'o leito, mais que aprésa, ergueuse o Pedro
e d'a casa saléu, con aire fosco,
dirixíndose á praya pra, c'o fresco,
poder escorrentar d'os seus miolos
as ideas que n-eles se albregaban
e que d'o seu insonio causa foron.

XI

PEDRO E FARRUCO

Xa un bon anaco de tempo
levaba, Pedro, sentado
n-as penas, cand'ô seu lado
a Farruco apercebéu;
e, ô verse xuntos e solos,
—logo que se saüdaron,—
a falar escomenzaron
d'ô que ôs dous lles parecéu.

Pro, como non nos importa,
d'a parola que tiveron,
mais que aquelo que dixeron
d'o asunto d'a Encarnaceón;
somentes d'o tal, agora,
daremos conta ôs leutores
con aqueles promenores
que n-él intresantes son.

—Saber eu poiden,—dí o Pedro,—
quén â Encarnaceón cortexa.

Acarón d'o adro d'airexa,
onte co'ela ó soprendin.

'E Roque de Cantarrana
quen me quér quital-a praza...
¡Xa veremos si â rapaza
lograla chega por fin!

Pois hei de poñel-os médeos
pra que a moza él non consiga,
xa que a facelo me obriga
unha firme diciseón.

Porque de min non se bulra
n-a vida ningún nacido,
e todo aquél que ofendido
me haxa, saberá quen son.

Mais, pr'alcanzar doadamente
e millol-o meu ouxeto,
pídoch'en grande sacreto
m'espoñas teu parecer,
que de cote ven catr'ollos
mais que dous, e n-estes casos
hai que dar en frime os pasos,
como podes comprender.

—¡Qué che diréi...! Non m'estrevo,
agora, un consello darche;
pois, si craro hei de falarche,

tal asunto ê de pensar;
qu'en custiós d'esa importáncea
non val ser moi apurado,
senón haber carculado
ó que se ha de aconsellar.
Sobre todo, tendo en conta
que, anque ti non ó decribes,
hoxe síntel-os pesares
de un desdén ó teu amor;
e ante tal estado, Pedro,
falta fai moita fixeza,
pois calquera lixeireza
pode aumental-o teu dôr.

— Ben non comprendo, Farruco,
ese grand'empedemento
pra teu pensar, n-o momento,
non estreverte a espoñer;
porque, anqu'en dúbida ó poñas,
non padezo pol-a nena
a mais pequeniña pena
de un amant'esmorecer.
'E certo que pol-a moza
atópom'eu intresado
e, hastra si quês, despeitado
por qu'ela fuxe de min;
mais, si hoxe me quita o sono
e teño agres sinsabores,

non é pol-os meus amores,
xa qu'estes nunca os sintín.

'E porque o meu amor própeo

foi pol-a moza firido,

facéndome un mal partido

con quen hox'ê meu rival;

pois, denantes qu'ese mozo

â Encarnaceón cortexara,

xa eu n-a rapaza pensara,

pol-o meu ben ou meu mal.

E d'esto tês conocécea

ti, dende o pirmeiro día,

y-esto tamén ó sabía

fixamente a Encarnaceón;

e ô facerme tal despréceo,

sin têr un séreo motivo,

o meu carauter altivo

revólvese d'es'aunceón.

—Ó que chamas amor própeo,

eu chamo amor verdadeiro;

que si n-o istante pirmeiro

non era tal, ô meu ver,

c'os desdés, logo, d'a moza

raices votou n-a tua y-alma

e agora quítache a calma

e a razón che fai perder.

Anque o amor própeo sea moito

a naide o sono lle quita,
 nin a ninguén precepita
 a facel-ó que ti fás.

Solo a paseón amorosa
 que non ten correspondéncea
 faille a un perdel-a pacéncea
 e pono como ti estás.

N-outr'acaseón eu che dixen
 que a esa rapaza deixaras,
 pois podías ver, ás craras,
 que nunca te quixo a ti;
 pro, si en presiguila ensistes,
 ¿ pra qué quês meus pareceres...?
 ¡Eu direiche que, as mulleres,
 á forza non dan o *si!*

— Dice un refrán verdadeiro
 que todo “probe porfiado
 saca mendrugo” ô contado,
 y-eu talmente facerei...;
 e pra qu’ela deixe a Roque
 e a min me ademita logo,
 abóndame pôr en xogo
 certas mañas qu’eu me sei.
 Pol-o demais, meu Farruco,
 non chego a estar convencido
 de qu’en min haxa nacido
 unh’amorosa paseón;

pro, sexa ou non ó que dices,
feito teño xuramento
d'empedil-o casamento
de Roque y-Encarnaceón.

Nada mais nos dice a hestoria
d'ó que siguiron falando,
nin qué tempo platicando
invirtiron n-a mañá;
mais, non sendo de importáncea,
deixarémoslos que falen
hastra que cansados calen,
porqu'es'ó mesmo n-os dá.

XII

BOTANDO AS CARTAS

O atraso en que se atopa, hoxe por hoxe,
n-a sufrida Galicia, a xente baixa;
a pouca istrueción d'esta,
debid'os trafeguiños por que pasa;
o moito sedemento que deixaron
n-o pobo, antigoas crências, todas falsas,
e a sincillez nativa d'os gallegos
—qu'ê rasgo que distingue mais â raza,—
son motivos sobrados
e son fundadas causas
pra que a sopresticeón meirand'esista
n-a terra galicana.

Por eso, a xente homilde d'as aldeas
ainda crê a céncea certa n-as "pantasmas",
n-as "meigas", "pelengrinas", "tangaraños",
n-o "tardo", n-os "tronantes", n-a "compañía";
e ten por verdadeiros os "agoiros",

e teme com'ô trono âs "malas fadas",
 e arrenega mil veces d'o "mal d'ollo",
 e tembra cando dín que cân as "fachas",
 e acolle como bos os mintireiros
 "prenóstecos d'as cartas"...

E o Pedro, que ten pouco d'espelido
 e vive com'os mais n-esa iñoranza,
 ô crê tamén n-aqueles sortilegos
 que fan de cote as tidas como *sabias*,
 —cando, pr'adeviñar acultas cousas,
 con mistéreo consultan as baraxas,—
 natural ê se valla d'ese médeo
 pra saber, n-a custión que ó trai n-a danza,
 ó que hai n-ela d'escuro
 e o fin desconecido que lle agarda.

Pensando, pois, teimoso, n-ese asunto
 que hoxe tant'ô asolada,
 sin mais detreminóu ver a unha bruxa
 pra qu'ela lle avriguara
 ó qué por vir está n-ó que pertende
 e si pode manter algunha espranza.

E levando pra diante o seu intento,
 sin cabilar mais nada,
 unha noite meteuse, sin ser visto,
 onde vive unha bruxa que lle chaman
 a siñora Dográceas, de quen dicen
 que ô demo lle vendeu fai tempo a y-alma,

e que por eso sabe como naide
lél-a vida d'as xentes pol-as cartas.

Tal muller, qu'ê unha vella d'alto corpo,
anque fraco, e d'enxibias desdentadas,
de ollos vivos e maus dabond'hosudas
c'unhas uñas mais longas que as d'as águias,
pra non morrer de fame, didicouse
a esprotar, con emboucos, as rapazas
e ôs mozos que padecen mal de amores,
facéndose pasar por unha *sabia*.

E contan que, n-o officeo,
dende logo se deu moi boa maña;
xa que axiña colléu moito porveito
e logróu entre a xente grande fama.

Mais, agora, vexamos as suas artes
e a maneira que ten de praticalas.

Chegado que foi Pedro xunto â bruxa,
n-un instant'en que sola se atopaba,
comenzóu espresándolle o desexo
de sabel-o prenósteco d'as cartas
n-un asunto importante que traguía
entre as maus e que o sono le roubaba;
e, a vella, pouco a pouco, co'a esperéncea
que tiña n-estas cousas pol-a práutica,
namentres que poñía sobre a mesa
o candil, unhos allos e a baraxa,
foi facéndolle algunas perguntiñas

hastra que xa se deu por enterada
d'a causa que ô rapaz quitaba o sono
e d'ó que tant'ô mozo atormentaba.

Deseguida, con aire gabaceiro
e usando n-o traballo certa calma,
—pra darlle mais intrés e ô mesmo tempo
descorrir a argallada, —
estendéu n-unhas cantas ringuileiras
as mintireiras cartas
e a espricar comenzóu, n-o seu linguaxe,
ó qué sinificaban.

—Mira, Pedro,—lle dixo,—este *cabalo*
y-esta *reina de bastos*, en xuntanza,
con este *as* e o *seis d'ouros*, dicir queren
que presigues fai pouco a unha rapaza
e qu'ela, prob'e todo, de ti fuxe
porque prendas d'airexa non a amparan.
A *sota e rei de bastos*, *sete d'ouros*
e tres d'o mesmo pau, ben din âs craras
que por camiños curtos outro mozo,
moi homilde, entre ti y-ela se atranca;
mais a *sota c'o sete e seis de copas*,
ô par d'este *as d'espadas*,
indican que n-a loita pol-a nena
si o outro en probas de amor non te aventaxa
ti unha espiña metida tês n-o peito,
qu'ê d'ó que te atormentas e te layas.

Hay eiquí unha sopresa, que poidera
 facerche, meu Pedriño, pouca grácea;
 tal é este *dous de bastos y-este catro*
de copas, en compaña
 co'este *sete d'espadas*, que pubrican
 sigura desespranza
 dempois de haber pasado unhos socesos
 n-os que naide pensaba;
 e si ben o *cabalo e tres de copas*
c'o dous d'ouros e o catro d'as espadas
 din que, ô pronto, con corpo e pensamento,
 teu rival se persent'ante a rapaza
 pra ofrecerlle un casoiro ventaxoso,
 toda vez que a Fertuna lle deu cara,
 tamén din, deseguida,
 esta *reina co'a sota*, apareadas
ô rei de copas y-a este tres de bastos,
 que non han de lograr as súas ánseas
 nin o mozo que tés por anamigo
 nin a moza que tanto te desaira...

—¿E non din nada mais...? — escramóu Pe-
 asombrado de oubir a aquela *sábia* [dro,
 que tan ben lér sabía
 os socesos acultos pol-as cartas.—

—Nada mais; pro x'abonda ó que che dixen
 pra que pesel-as contras e as ventaxas
 e, dempois, te decidas por aquelo

que mais ô teu esprito satisfaga;
porque n-estes asuntos, meu amigo,
certo límete teñen as baraxas
que non poden dicir, d'o viñideiro,
mais que as cousas qu'están perdestinadas;
e hay feitos que dependen d'as presoas
e, d'eles, naide sabe unha palabra,
pois somentes n -os própeos intresados
está ou non que se cumpran...

—Ben me alcanza

ó que agora me dí; mais eu quixera
adeviñar si ô fin esa rapaza
haberá de acetal -os meus amores
ou seguirá conmigo encabuxada...

—Si non te quér a moza n-o momento,

—según che dín as cartas,—

ê porqu'en ti non ve prenda sigura
nin n-o teu proceder ten confianza;
pro, en canto se precate de que a queres

con tod'a túa y-alma

e que non a rquires por capricho
nin pensas, como a moitas, enganala,
entón ê moi posibre que te atenda
e che poña, quizaves, boa cara;

que sendo ti bô mozo

e vindo como ves de grande casa
milagre non será que corresponda

â paseón que lle ofreces; pois ropara
que si âs mozas o amor lles gusta moito
tamén o têr riquezas lles agrada.

Mais, con esto, ti debes pôl-os médeos
de amostrarlle o querer que ch'enche a y-alma,
aporveitando axiñ'algún istante,
sin durmirte n-as pallas;

que aquel que n-estas cousas se descoida
logo pen'a sua falta,
quedando sin a prend'amorosifia
por que un más espelido ll'arrebata.

— E vosté, ¿qué consello
me dá agora, pra ver de namoralia,
ainda non cobixando n-o meu peito
o mais pequeno amor pol-a rapaza?
Porqu'eu, si hoxe a presigo d'a maneira
é solo por desexos de venganza
ô sintir os despreceos que me infire
e ô notal-o desdén con que me trata...

— Ti crês que namorado non te atopas,
mais êche un grande amor quen te asoballa,
que ó intrés que ti demostras pol-a moza
e o afín de conseguila e pôl-â raya
somentes ten orixen n-os quereres
que agora che rebulen dentro a y-alma.
Por eso, si presistes d'a maneira
en cortexar de amores â rapaza,

percurar debes, Pedro, moi axiña
intrivistarte co'ela, antes de nada,
e, logo, segün sexa ó que risponda
ô teu riquirimento, esí ti trazas
o pran que has de seguir, pra vel-o modo
de logral-as tuas ánseas.

Si ela n-os seus despréceos ensistira
e caso non fixer'ás túas falas,
non debes apurarte, pol-o pronto,
senón aparentar moi grande calma;
e seguindo, de cote, n-os requebros
cabo d'ela, con cert'astrúcea e maña,
e amostrándote sempre namorado
y-esquecend'os romangos que che faga,
chegarás,—non ó dudes,—a rindila
com'ô cerco se rinde a millor praza.
E si por un casoal, o teu contráreo,
de seguir n-esta loita non cansara
e tras d'a mesma moza presistira,
—cal che dix'o prenósteco d'as cartas,—
entón o meu consello, meu amigo,
ê que sembres, si podes, a zizaña
facendo ver qu'ese outro pretendente
leva mala intinceón pra co'a rapaza,
ou qu'è un home que ten seus compromisos
c'unha moza de aló de... Lourenzana,
ou de Foz, ou de terr'ainda mais lonxe,

pra que non se trasluz'a zaramalla.
 Esí, non sendo doadó descobrirse
 a mintira espallada,
 anque o crête d'o mozo sexa grande
 a perder chegará moita estimanza;
 pois quedaralle a dúbida roendo
 n-a chola d'a rapaza,
 e acabará, de fixo, por facerlle
 arrenegar d'o tal, qu'è ó que fai falta.
 Mais, si con esto nada conseguiras,
 lémbrate d'a Dográceas
 e volve cabo min que porparados
 che teréi certos polvos, que lle chaman
 "d'a *madre Celestrina*", os cales teñen
 a virtú ben probada
 de trocar ás neniñas bulradeiras
 en ovelliñas mansas.
 ——'O ouvila d'a maneira, xa precivo
 á alegría bulíndome n-a y-alma,
 porqu'eu creo a pés xuntos
 que canto dí vosté n-a vida falla.
 E como non quixera perder tempo
 en poñel -os consellos seus en práutica,
 pra velos ben axiña convretidos
 en ralidá, ó que agora solo é espranza,
 mañá mesmo falarlle penso á moza
 ou o mundo s'esnaca;

pois anqu'ela se aculte n-os infernos
aló irei a buscala.

—Dese modo, risoltos, decedidos,
os homes deben ser; que non se gana
a fertun'agardando qu'ésta veña
a meterse n-a casa,
senón que hai que ir tras d'ela, sin temeres,
anque a vida se dea por lograrla...
E, agora, meu Pedriño, xa que sabes
ó que a ti che intresaba,
vaite axiña, que pode vir mais xente
pra que lle bote as cartas
e quizaves tivera seus roparos
pra entrar, si se decata
que connigo se atopa outra presoa.

—Voume xa, que hai razón mais que so-
pro, antes de irme, dirame ó que lle debo [brada;
pra pagarlle ó que sexa...

—Ó que che praza
podes darme, amiguiño; pois, n-a vida,
ôs traballos que fago puxen tasa.

—Entón, tome...—lle dixo, dando un peso,
que a vella recolléu mais que de gana.—

—Moitas gráceas... Xa sabes onde quedo,
e que tés sempre abert'a miña casa...

—¡Ben ó sei! Vaya, jadiós!, hastra outro día...
—¡Que teñas moita sorte co'a rapaza!

XIII

DESENGANO

Médeo tolo de contento
pol-o que a bruxa lle dixo,
dende logo, Pedro, quixo
falarlle á moza ô momento.

E pra risolver d'afeito
ese prepóseto seu,
apenas amañecéu
botouse axiña d'o leito.

Certo é que con mañas, ela,
sempre as voltas lle xogaba
e ô cabô fuxir lograba
sin él consiguir detéla;
mais, d'esta vez, de seguro,
facer tal non poderá,
que acorralal'haberá
hastra poñela n-o apuro
de terlle que responder

a tod'ó que lle ha dicir,
¡pois pensa ôs infernos ir
si ela aló se vai meter!

Esi, tan pronto s'erguéu,
â praya s'encamlñóu
e de buscala tratôu
entre as mulleres que véu;
mais, anque andivo lixeiro,
arribaran x'as traïñas,
e ib'a moza co'as sardiñas
car'a vila de Viveiro;

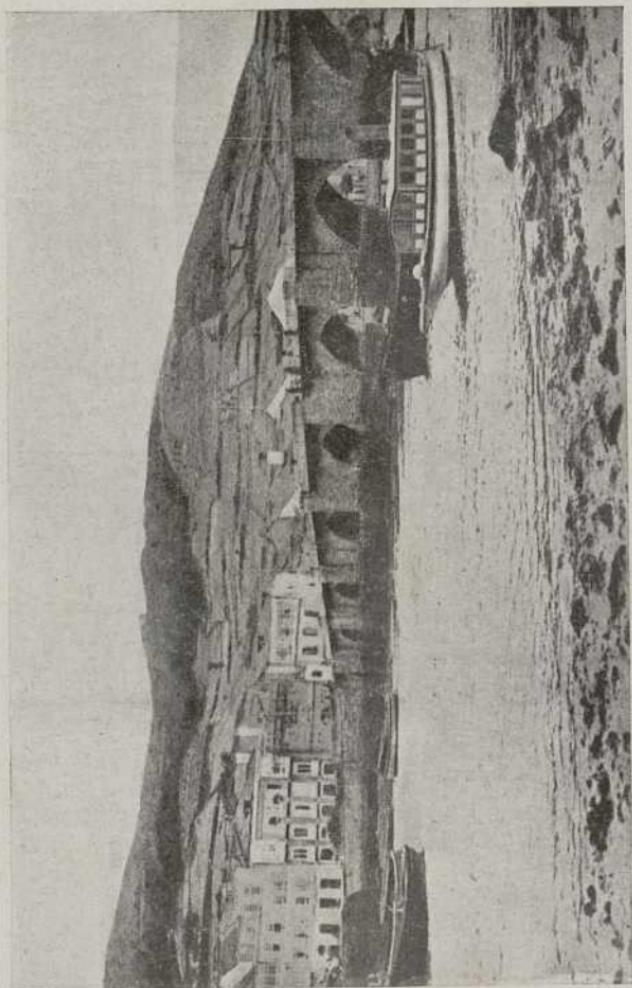
e n-a mesma dereuceón
foise o Pedro, deseguida,
por si acaso era collida
n-o camiño a Encarnaceón,

ó que non poido lograr
anque ben apres'andivo,
pol-o cal o mozo tivo
que despoñerse a agardar

a que pra Covas virara
tan log'o peixe vendera,
jou cand'ó cabo quixera
e a gana ô fin lle petara!;

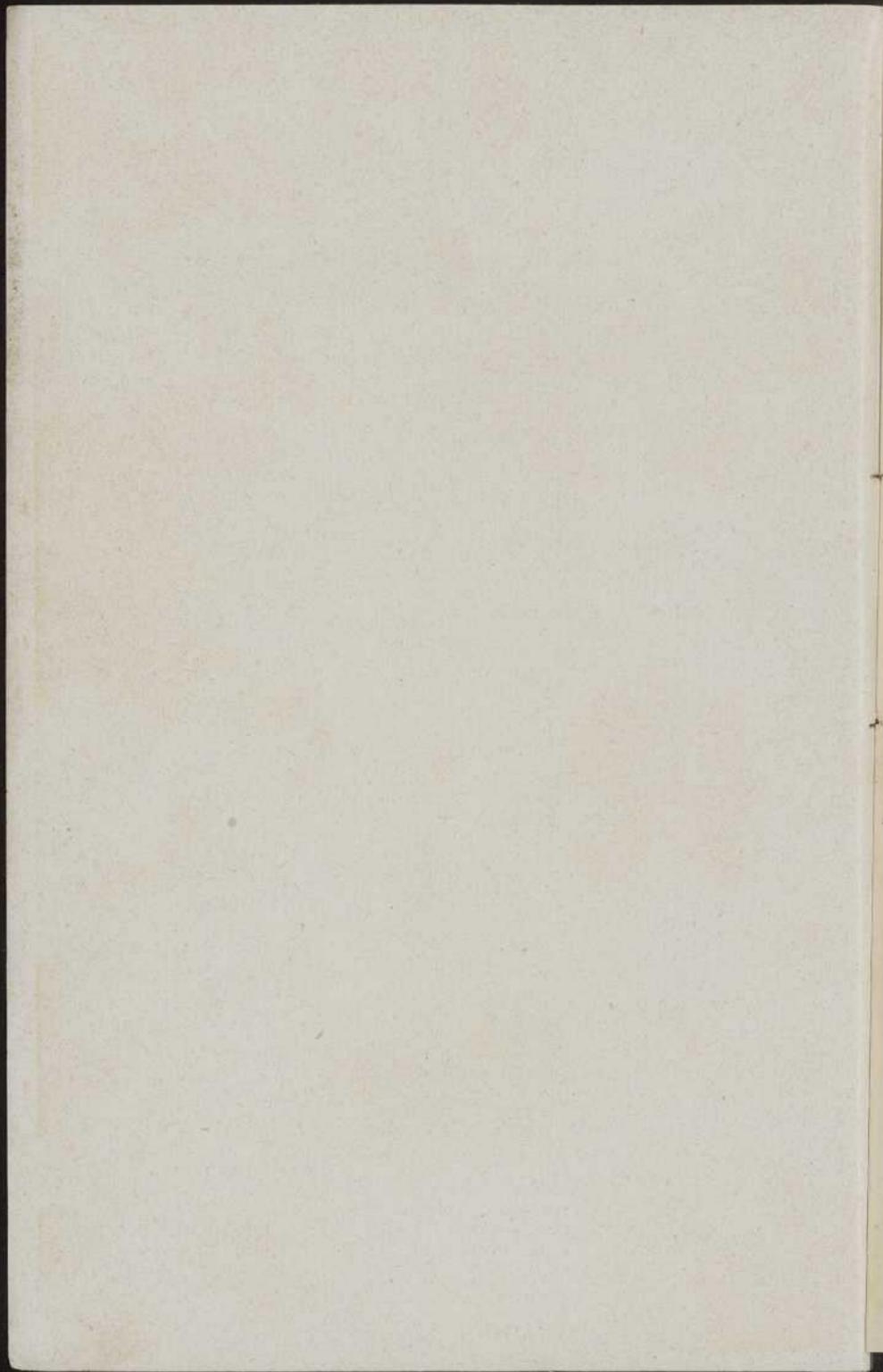
que tendo ela que seguir,
n-a volta, o camiño aquél
e dimposto a agardar él
por tod'a vida sin se ir,

PONTE DE VIVEIRO



Fot. de J. Insua.

Esi que, Pedro, quedou
que hai n-a ponte de Viveiro,
e, ali, sin prê agardou.
parado xunt'o cruceiro



o alcontro acontecería
sin que ninguén ó avitara,
e, logo que lle falara
a Encarnaceón... ¡Dios diría!

Esi que, Pedro, quedou
parado xunt'o cruceiro
que hai n-a ponte de Viveiro,
e, alí, sin prēs'agardou
a que a moz'aparecera,
cousa que tivo lugar
tarde xa, dempois d'estar
moi longo tempo d'espera.

E cand'os dous se atoparon
e ô par un de outro estiveron,
a voltâ casa emprenderon
e a falar escomenzaron.

—Ganas tiña de te ver,
—dix'o Pedro à Encarnaceón,—
pra pidirch'espriacéón
d'o teu novo porceder;
pois, sin qu'eu a causa vente,
nin motivo che haxa dado,
fuxes hoxe d'o meu lado
cal si fora un can doente.
Y-eso que conmigo fás
por grande desaire ó teño
e a sofrilo non me aveño,

como ben comprenderás,
 entramentes non se acrara
 o porqué d'o teu disvío,
 o cal desfacer ansío
 pra que me mires á cara;
 por que sendo ti, en un todo,
 pra min a moza millor,
 cáusame o meirande dôr
 que me trates d'ese modo.

—¡Abofellás...! Xamais crîn
 —rispondeull'ela, lixeira,—
 n-ese intrés que, d'a maneira,
 agor'amostras por min;
 nin poiden nunca pensar
 que as cousas d'a Encarnaceón
 tiveran o grato don
 de facerte cavilar.

Pol-o demais, ¿qué pecado
 luxa esta miña concéncea
 pra sintir esa teméncea
 de ver á xente ô meu lado...?
 Non ó teño, por meu ben;
 e, como non hai razón,
 non fuxe hoxe a Encarnaceón
 nin de ti nin de ninguén.
 Penso que a cousa ê argallada
 por ti,—con bulra lle dixo,—

ou por alguén que se quixo
 rír de tal iñocentada;
 porque, si a proba non dás
 de todo eso que me após,
 non comprendo qué razós
 hai pra os cargos que me fás.

—Estou de ti ademirado
 ô ver cómo desemulas;
 pro, Encarnaceón, non carculas
 que pudo estar enterado
 d'o motivo que ti tês
 pra escorrentarte de min,
 motivo pol-o que vin
 a têrche a espera, cal ves.
 Ti fuxes, Encarnaceón,
 por fuxir d'os meus quereres,
 porque furtar seique queres
 a miña declaraceón;
 e, crêndote a miñ'amiga,
 quêmse o despreceo avitar,
 mais pra non têrmo que dar
 a todo a bondá te obriga.
 Por eso has de comprender
 qu'estou de tod'ô corrente...;
 pro fio en que, prontamente
 troques o teu parecer.

—Nada che debe asombrar

que a iñorante me fixera;
pois, n-o meu caso, calquera
tiña os beizos que pechar,
xa que ti non te acrarábas
e o estranado te facías
y-en todo n-o que dicías
con arte a caus'acultabas.
Pro, si contarche non teño
nada novo, ¿pra qué sigues
meus pasos e me prisigues,
teimoso, con tal empeño...?
Ó que diviche facer,
conecid'o meu intento,
foi esquecerme ô momento,
sin outro tempo perder;
pois sabendo fixamente
que conmigo non fas feira
o seguirme d'a maneira
ê por demais iñocente;
e quéroche adevertir
que nunca penso trocar
este modo de pensar
qu'ê conforme ô meu sintir,
porque hai motivo sobrado
pra qu'eu, talmente, porceda
e nin unha liña ceda
n-o que houben detreminado.

— Eu ben conozo a razón
que pra disprecearme tés;
a causa pol-a que vés
tan mal a miña paseón.
Y-ê que agora deuche a gana
—que naide pode alabar,—
de deixarte namorar
d'o Roque de Cantarrana.
E, tal cousa, d'maneira
che fai portarte connigo,
e por eso non consigo
traguerete hoxe á miña beira;
mais, abofé, non comprendo,
por moitas voltas que dóu,
com'o mozo te logróu,
tan pouquiña cousa sendo;
xa que sabes que non tén
o Roque nin un fargallo
e que solo d'o traballo,
cando hai *xorne*, se mantén,
sin contar que fama goza
de laboiras, o rapaz,
y-ê pol-o mesmo incapaz
de alouquecer a unha moza.
Entroques, si confiada
acetaras meus quereres,
sirías pol-as mulleres

a moza mais envexada;
pois d'esta miña paseón
solo ti a dona sirías,
e de riquezas tirías
as qu'eu teño, Encarnaceón.

—O verdadeiro motivo
—dixo ela, escorrend'o bulto,—
ainda está por min aculto,
por mais que non ê cativo;
pro si d'él nada che dixen
hastra de agora, arropara
que foi solo porque à cara
sacarche os côres non quixen...

—Tal piligro non me acora
como crês, Encarnaceón;
ô contráreo, ê unha razón
pra qu'eu che soprique agora
que ó que teñas que decir
ti m'ó digas decontado,
xa que me atopo intrigado
pol-os teus cargos ouvir.
Pois teño por ben seguro
o non te haber ofendido
nin falas haber vertido
que luxen teu nome puro,
e como esto ê tan verdá
como qu'eu contigo vou,

tranquilo agardando estou
que, ó que acultas, digas xa.

— Dad'o empeño que ti pós
en certas cousas saber,
hêite agora compracer
espoñéndoche as razós
que teuô pra rechazar
esa passeón que me mintes
e que ben sei que non sintes,
como che vou a probar.

Ascoita, pois, un momento
tod'ó que a dicirche vóu,
qu'este istante que chegou
buscado por ti, de intento,
despreceal'hoxe non hei
por mais toliña que fora;
porque acaseón como agora
de fixo non a teréi.

Fai pouco, cando â Sufía
de Xunqueira abandonache,
n-a taberna festexache
o feito, aquél mesmo día,
y-ese teu mal curazón,
que te guiou a tal estremo,
levou't'en pauto c'o demo
a pensar n-a Encarnaceón;
xa que, non podendo estar

sin têr noiva un mes siquera,
pol-o visto pra ti eu era
a millor d'engalloar,
sin fixarte, ou non saber,
que hai casos n-a vida, estranos,
en que, pol-os desenganos,
percisamos desfacer
os castros mais estrevidos
que n-a chola erguer quixemos,
pro que n-eles non puxemos
de cimentol-os sintidos.

Logo deixache dicir
ó que n-o peito sintías;
esto ê, que o amor me facías
solo pra te divertir;
porque, non téndome amor
nin auseand'os meus quereres,
o bulrarte d'as mulleres
era o teu gusto millor.

Mais, ô saber meu intento
de non quererche falar,
pra non têr que disprecear
teu falso amor ô momento,
entón sintiche magoada
a vanidá en que te arrolas,
pois tua lênda demulliolas
víchela xa esborrallada.

E por eso ensistes hoxe
en que teu cortexo atenda
pra reberte con fachenda
onde millor che s'antoxe;
pró, como nunca sintín
ganás de facerche o xogo,
por moito favor che rogo
que non te acordes de min.

—Non dirás que non falache
aqueilo que ben quixeché,
mais todo canto dixeche
teño pra min que ó inventache,
senón veña un acareo
co'a presoa que ch'ó dixo
e verás como de fixo
négache todo de arreo.
Pois, ¿cómo poiden falar
mal de ti, nin un istante,
—escramóu o moi bregante,—
pensándote namorar...?
¿Non ves que non hai razón
pr'apoñerm'esa conduta,
xa qu'ê, ademais, pouco astruta
pra lograrte, Encarnaceón...?
¡De seguro, escaso miolo
con eso ademostraría,
e motivos habería

pra que me deran por tolo!;
 e hastra de agora ninguén
 me tivo por barallán
 nin son tampouco un boizán,
 anqu'éstó ó quixer' alguén.
 Non, non poiden decir eso
 que me colgas n-o zurrón...
 ¡Facerm'eua esa treiceón
 téndoch'este amor inteso...!

— Frim'estou n-o que falei
 e n-o que poideche ouvir;
 pro, as probas, non poden vir
 porque a roserva xurei;
 mais, anque nada dixeras
 nin miga malo falaras,
 e ben te xustificaras
 ante min, como poideras,
 e anque as cousiñas millores
 fixeras por m'emboucar,
 non podería acatar
 n-a vida eses teus amores,
 que quen bulrou tres mulleres
 bulra cen que atope ó paso
 e... pra non verme n-o caso,
 ivayan con Dios teus quereres!

— C'o afán de te desculpar
 y-encubril-o novo amor,

cólgasme tod'ó pior
que a un se lle pode colgar.
E ó que fás non está ben,
pois solo tal arte cabe
cando a verdá non se sabe
porque ocultada se ten.
Pro a causa certa poseo
desque a descobrín un día,
en que somentes había
de testigos eu y-o Ceo;
de maneira que a razón
non está n-o que falache...
Está n-esto: ¡en qu'entregache
a Roque teu curazón!

— Podes pensar e dicir
cento queiras, meu amigo.
Eu ben crara fun contigo
ô espoñerche o meu sintir.
Agora, o abrirche meu peito
cal queres, non pode ser;
porque ben has comprender
que sobre min non tês dreito.
Son moi libre, hoxe por hoxe,
pra non têr contas que dar
a naide, d'o meu obrar,
d'o que facer se me antoxe.
Esi é que debe sobrarche

pra teu goberno c'ó dito;
ó demais, Pedro, ripito,
nin migia pode importarche.

—Fáltache tod'a razón
pra poñerte de tal aire
e pra darm'este desaire
que me dás, Encarnaceón;
e non m'entra n-a cabeza
—ou deixas de ser muller,—
que te poidera ofender
porque meu amor che offreza.

—Pol-o teu requeremento
non me dou por ofendida,
ainda estando convencida
d'o teu grande finximento;
mais que trates de acultar
cousa qu'está ben probada
—escramóu, como anoxada,—
nada me pode agradar.

Pra negarme ô teu querer
dinche x'as miñas razós;
¿por qué empeño, estonzas, pós
en outro motivo ver?

Non sei ó qu'está por vir
nin ó que de min será,
nin sei si outr'home haberá
que amor me veña a pidir

Sexa d'est'ó que Dios queira,
o porte meu pra contigo
obedece, meu amigo,
â conduta trapaceira
que co'as rapazas têsido
de cote, hastra este momento,
y-eu n-ela tomo escarmento
con bô acordo e bô sentido.

De maneira qu'ê escusado
falar mais de tal custión;
porque ten a Encarnaceón
o seu camiño trazado,
e d'él non se ha de apartar
anque o mundo s'empeñara
e todo se conxurara
pra facel'afociñar.

Hai en Covas mais mulleres
que che poideran convîr...
¡Cabo d'elas podes ir
a ofercerlle os teus quereres!

— Xa vexo que, hoxe, non pudo
lograr de ti cousa boa;
pois dich'en poñerme a proa
por xuzgarme de mal modo;
mais, cando notes ô fin
que o meu cariño ê verdá,
quizaves se trocará

o xuíceo que tês de min,
y-entón a espranza eu abrigo
de alcanzal-o teu amor,
¡ou antes morro de dôr
ó ver que tal non consigo!

— ¡Aló ti, c'o teu pensar...!
A verdá, dita ch'a teño.
¿Qu'ensistes n-o cego empeño...?
¡Pois xa podes agardar!

E n-esto, a Covas chegaron,
sobre d'a unha, ben comprida,
e, sin darse a despedida,
ela y-él se sopararon.

XIV

A VÍSPORA D'O SAN JOAN

Xa chegou, xa chegou a leda noite
debecida por tod'a mocedá;
esa noite d'encantos, feiticeira,
d'a víspera lumiosa d'o San Joan.

Xa chegou—¡todo chegal—a hermosa noite
n-a que Roque fai conta de lograr
que a rapaza xentil, por quen sospira,
correspond'amorosa ós seus afás.

As estrelas, en tolo parpadexo,
n-o alto ceo escomenzan a brilar,
y-eiquí a baixo, n-a terra, as negras sombras
todo envolven en pecha escuridá.

Con seu aire algueireiro, a xente nova,
car'a playa de Covas ruando vai,
pra facer as fogueiras cinteleantes
que se alcenden n-a noite d'o San Joan.

E ô atoparse runida, xunto as pipas
que deixou porparadas pra queimar,
con agudo aturuxo, que o aire fende,
d'o gozo mais inteso proba dá.

'O cabo, unha tremenda labarada,
xurxe lucia n-o medio d'o areal
e arredor d'ela, as mozas casadeiras,
entre cantos e risas voltas dan.

Logo, cando a fogueira s'esmorece
e o lume, mansamente, se desfái,
por él ralban con ánse'as rapaciñas
pra podel-a sua sorte adeviñar.

Pois crê o pobo que, a moza que se libra
d'a chama que desprende o lume tal,
pode têr por segur'o seu casoiro
pra denantes que chegue a Navidá.

Entroques, a rapaza, descoidada
que deixóu as canelas requeimar,
ha seguir de solteir'hastra que bote
o meigallo que drento d'ela está...

Porque as meigas e fadas andan soltas
n-a mistereosa noite d'o San Joan,
e, suas artes d'o demo, en xogo poñen
pr'as mozas casadeiras feitizar.

Entromédias d'as mozas e d'os mozos
que alcenden a fogueira n-o areal,

a Encarnaceón e Roque ali se atopan,
entretidos n-un longo parolar.

Co'a conversa que teñen, non se coidan
d'a troula que divirte á mocedá,
nin se fixan en nada d'o que pasa
cabo d'eles, n-a noite d'o San Joan.

Acupados os doux n-un grave asunto
que lles afeuta e intresa por igual,
n-él, somentes, concentran os sintidos
sin querer n-outra coux'arroparar.

Pro a custión que os arrouba d'a maneira
e os alexa d'a festa que outros fan:
¿ten, quizaves, pra entrabmos a importancia
que quér a autitú d'eles refrexar?

Si que a ten; pois o asunto se rifire
á dôce hirmanaceón d'os seus afás,
á xuntanza filiz d'as súas almas
n-un cariño ardoroso e paseonal.

Hoxe cómprese o termo de aquél prazo
que a Encarnaceón, a Roque, quixo dar,
pra dicirlle si ô fin lle corresponde
ô amor que lle ofrecéu él, días fai.

E, o Roque, que agardóu este momento
co'as ánseas que un se pode maxinar,
saber quer'esta noite si a rapaza
ha de darlle a menciña pra seu mal.

¿E logróu seu desex'o bon d'o mozo?

A hestoria di que sí, pro non dí más.
 ¡Pra sabelo, dabonda vel-a cara
 tan leda e satisfeita d'o rapaz!

E, de Pedro, ¿qué foi, en tod'o tempo
 que duróu a foliada d'o San Joan?
 ¿Atopábase alí, cabo d'o lume
 que facía a algueireira mocedá?

Pedro foi, car'a praya, c'os mais mozos,
 ôs comenzos d'o lucio lumaral,
 dimposto a divertirse ó que poidera
 n-os bailes e n-a troula que se fan.

Pr'ô ver â Encarnaceón e Roque, xuntos,
 entretidos n-un longo parolar,
 d'a y-alma escorrentóuselle a alegría
 e non tivo pr'a festa gusto xa.
 Atolado, ante o feito que ouservaba,
 e sofrindo n-o peit'o remolar
 de unhos celos intesos, que naceron
 ante a sorte filiz d'o seu rival,

nin migas lle faltou pra dicidirse,
 sin outra cousa, a Roque provocar,
 pra poder darrle un páu e, d'ese modo,
 vingar axiñ'a súa adversidá.

Mais, de pronto, lembrouse d'os consellos
 que a *sabia* lle había dado pouco fai
 y-estonzas apracous'e n-alma súa

reinóu moi prontamente a dôce paz.

E pra que non volveran os pesares
a firilo y-a atormentalo máis,
dreitiño se marchóu car'a taberna,
ond'estivo hastra preto d'a mañá.

D'esa forma, c'o viño que bebía,
quixo a pena que tiñ'amolentar;
porque o viño, quentándolle a un a chola,
milagres d'ese xeito moitos fai.

Xa pasóu, xa pasóu a ledá noite,
debecida por tod'a mocedá;
esa noite d'encantos, feiticeira,
d'a víspora lumiosa d'o San Joan.

Xa pasóu—¡todo pasa!—a hermosa noite
n-a que Roque, con sorte sin igoal,
saber poido que a moza por quen pena
corresponde amorosa ôs seus afás.

Por encima d'a ermida de San Roque
novo día escomenz'a lumbregar,
e, d'aurora, as rousadas craridades,
pol-a terra rompendo as sombras van.

As estrelas acúltanse n-o ceo
deixando, pouco a pouco, de brilar,
e hacia o monte d'a Rega a pecha noite
repregando seu negro manto vai.

Tod'a xente de Covas que, n-a praya,
s'entretiña n-un tolo troulear,
a festa por finada deu estonzas
fuxindo mais que apresa d'o areal.

E, mentras unhos cantos mariñeiros
un istante quedaron xunt'o mar
pra poñer o loureiro n-as trañas,
—qu'ê un romédeo pr'as meigas, eficaz,—
as rapazas marcharon, moi resoltas,
car'a fonte que teñen n-o lugar,
a lavarse co'as augas cristañas,
menciñeiras de toda enfermedá.

Pois crê o pobo que, a moza que se lava
moi cediño, n-o dia d'o San Joan,
n-unha fonte calquera, sin têr medo
os encantos que xunto d'elas hai,
cur'axiña d'as mágoas que padeza
anque sexan de mala calidá;
pois as augas d'as fontes, n-ese día,
teñen grande virtú pra todo mal...

¡Ai, rapazas solteiras, arrichosas,
que saídes n-a noite d'o San Joan!;
¡¡O corpiño librade d'os meigallos
pra, n-as fontes, non tervos que lavar...!!

XV

O DIA D'A FESTA

Cans'a xente, d'a foliada
d'o San Joan, qu'entusiasmada
—como vimos,—celebróu,
hastra ben entrad'o día,
cand'o sol xa requecía,
en erguerse non pensou.

Pro, tan logo se houbo erguido,
tod'o tempo mal perdido
quixo axiña ricobrar,
e, bulindo pol-a casa,
sin pôr ôs trafegos tasa,
poid'o ouxeto seu lograr.

Com'o pobo está de festa
a ela, férveda, se apresta
co'a meirande animaceón;
e por eso s'engalana
todo Covas, e se afana

por honrar ô seu Patrón.

N-os balcós e corredores,
sobrepoñense as millores
sobrecamas de precal;
e, as traïñas, adornadas
de loureiro, aló, varadas,
locen todas n-o areal.

As rapazas, seus vistidos
rechamantes, e prindidos,
d'a arca sacan pra os poñer;
pois compostas d'a maneira
crêñ que ôs mozos a sua beira,
doadamente, han de atraer.

Mientras tanto, n-as cociñas,
as cachuchas e as galiñas
se porparan pra o xantar,
que solo hai dicha compreta
cando a andorga está ripreta
hastra case reventar.

Logo, alegres ripicando,
as campanas van chamando
pr'asestir à porcesión
e à misiña ben cantada,
que dempois he celebrada
con gaitiña e con sermón.

E galana e delixente,
devotiñ'acode a xente

car'a airexa, pra rezar
ante a imaxen venturosa
—tida por moi milagrosa,—
d'o seu Santo titular.

Pro, xa, cando a mis'acaba,
canta xente n-ela estaba
comprindo c'o seu deber,
entre feros estralidos
de foguetes ripitidos,
corre â casa pra comer.

E, n-a casa, n-un istante,
con mantel branco, framante,
cobre a mesa de xantar;
e a famílea, prontamente,
séntase a ela e afila o dente
pra o *banquete* celebrar.

Qu'en tal festa y-en tal día
sac'a xente a famentía
que durante o ano pasóu;
pois fartars'ê seu ouxeto,
e, por vel-o fol ripreto,
gasta canto apetuñóu.

Xa, dempoixas, cando a andorga
chea se houbo en tal esmorga,
tras cat'rhoras de xantar,
todo Covas, satisfeito,
dende a casa vaise dreito

car'a festa pra bailar.

Y-en alegres parexiñas,
os rapaces co'as mociñas,
dan cen voltas, bailan, rân;
e, si hai cartos n-os petiños,
toman ainda unhos dulciños
en calquera butiquín.

¡Hai que vel-a romaría,
tan hermosa que, aquel día
d'o seu Santo, Covas fail
A ela, xente de Viveiro,
de Magazos, de Celeiro,
de Xunqueira... ¡moita vail!

Logo, cando a tarde pasa,
todos tórnanse pr'a casa,
porque a festa xa finóu;
e, ô deitarse, as rapaciñas,
contas fan, moi caladiñas,
d'o qué o Santo lles legóu...

Pensativa, precupada,
ô finarse a foliada,
foise â casa Encarnaceón;
pro, anque se meteu n-o leito,
non dorméu, porque n-o peito
lle ralbaba o curazón.

Pol-o amor compremetida,

tendo a y-alma xa collida
 entre as redes de un querer,
 teimosiña, ela, pensaba
 n-o que a sorte lle gardaba,
 ¡n-o distino d'o seu ser!

Y-en tan graves pensamentos
 se pasóu longos momentos
 dando voltas sin parar,
 hastra que, xa entrad'o día,
 decatouse de que había
 cousas mais en que pensar.

Xa d'erguida, apersurada,
 sin perder o tempo en nada,
 a comida porparóu;
 logo, puxo gran coidado
 en facel-o seu tocado,
 que cen veces ropasóu.

Pois, anqu'ela ê ben xuiceosa
 e por nena vanidosa
 nunca se lle poido têr,
 gústalle ir galanamente,
 ben bunita, refulkente...
 ¡cousa própea de muller!

¡E qué linda e qué garrida
 —pol-o ben que iba prindida,—
 se atopab'a Encarnaceón
 ô asomar pol-a calexa

e subir ô adro d'airexa
pr'asestir â porcesión!

Os rapaces que alí estaban
vendo as mozas que cruzaban
n-un contíño marexar,
soprendidos se quedaron
diante d'ela e lle botaron
alabanzas ô pasar.

Y entre Roque y-a mociña
unha intêsa miradiña
de ripente se cruzôu;
e, ô mirarse os dous amantes,
n-os seus prácidos sembrantes
roxa, a sangue, se agolpóu.

Cando a airexa houbo deixado
e houbo, con seu pai, xantado
—co'a probeza d'o seu lar,—
camiñou cabo a Sabela,
pra, d'os seus amores, ela,
darlle conta sin parar.

Que, a Sabela, er'a madriña
d'os amores, e intrés tiña
por facelos adiante ir,
y-era xusto que, por eso,
â amiguiña, o tal soceso,
lle quisera rifirir.

Logo, a cousa festexaron

c'unhas copas que tomaron
de resólio rico e bon;
e, mais tarde, á romaría
foron, tolas de alegría,
pra bailar d'a gaita ô son.

N-ela xa Roquiño estaba
dende cedo, porqu'espiaaba
o filiz aparecer
d'a rapaza feiticeira,
hermosiña e garruleira
a quen dera seu querer.

E, os dous noivos, se buscaron,
e, tan pronto se atoparon,
xa ninguén os soparóu;
pois xuntiños estiveron
hastra que máis non poideron,
porque a festa se acabóu.

¡Filiz tarde, deleitosa,
amantiña, venturosa,
pra os amores d'ela e d'él!
¡A pirmeira que pasaron
como noivos, que gustaron
d'o cariño a dôce mel!

¡Tarde, entroque, ben horrible,
ben penosa, ben terrible,
a que Pedro se pasóu!
¡Vend'os noivos tan contentos,

n-ela, os feros sofrimentos
d'o despeito soprotóu!

—

Todo es'houbo n-ese día
d'a vistosa romaría
que, anoalmente, Covas fai.
Pra unhos: máximos praceres...
Pr'algún: tristes padeceres...
¡Qué contrastes, n-a vida, hai!

XVI

N O VRAU

D'a Encarnaceón e Roque, os amoríos,
mansamente, n-o vrau, se deslizaron;
pois o sol limpo e hermoso d'a Ventura
amantiño espallóu seus lucios rayos,
sin que a mais pequeniña e negra nube
d'os tristes desenganos,
asomara n-o lindo paraíso
onde, os dous, seu cariño cobixaron.

Tranquiliñ'a parexa, n-ese tempo,
volóu alegremente pol-o campo
cal lixeira e pintada volvoreta,
e n-as frores cheiroosas foi libando
os riquísemos xugos d'os quereres
mais grandes e arroutados,
as esenzas subrimes que dan vida
ô amor mais puro e santo.
Xamais os dous amantes,

ô añudar seu cariño en dôce lazo,
poideron maxinarse que a Fertuna
os cubrira, d'o modo, con seu manto,
e que ô dar pol-a send'amorosiña
os incertos e pirmeiriños pasos,
deborcara diant'eles o tesouro
d'o seu corno dourado;
tesouro de venturas, de praceres,
de sortes e d'encantos,
con que a diosa regala, ô seu antoxo,
ôs filices mortales que lograron
ser por ela elexidos
pra vivir, algûn tempo, ô seu amparo.

Por eso, ô vers'esi, d'esa maneira,
pol-a mau mistereos'aloumiñados,
os doux noivos sintfronse animosos
e âs suas anchas gozaron
d'as prácidos instantes que acompañan
ô amor afertunado,
ô amor que non conoce as fondas penas
nin padece a inquetú d'o dôr amargo;
e n-eses momentiños feiticeiros,
pra o esprito tan alegres e tan gratos,
n-o fogo celestial d'os seus cariños
un mundo de iluseós, eles, forxaron;
e beberon n-o caliz amoroso
o licor pol-a Dicha frabicado;

y-en devinos e amantes esvareos
con áNSE'arroubadora s'estasearon...

Non foron tan felices e gozosos
os mesiños d'o vrau pra Pedro, encambo;
pois o sol esfallido d'o Infortuno
espallóu sobre d'él seus trubos rayos,
e as negruras d'as nubes tromentosas
â sua y-alma, terribres, asomaron,
afundíndoa n-as tétreas tiniebras
onde moran os tristes desenganos.

Preseguindo â mociña despegada,
n-ese tempo, seguéuna, paso a paso,
pol-o hermoso xardín que o Amor coltiva
con devino coidado;
pro, en vez de atopar n-él as lindas frores
d'o Cariño, pra gozo d'o seu ánemo,
somente as follas secas d'o Desvío
poideron ver seus ollos asombrados.

N-a vida, Pedro, crêu que os seus desexos
mais íntemos e caros,
n-a frim'e dura roca d'o Imposibre
s'estrelaran, facéndose pedazos;
nin poido maxinar que o seu distino
se volvera de modo tan estrano,
nin que a fera Disgrácea tras d'él fora
axitando teimosa o negro manto;
o mant'onde se acultan os pesares,

os dôres endiañados,
as mágoas d'as meirandes desventuras,
os tristes desencantos,
con que a diosa castiga ôs infelices
que caeron debaixo d'o seu carro.

'O atoparse, por tanto, d'a maneira,
pol-a mau d'a Fertuna abandonado,
sinteu n-a y-alma o frío esfallimento
que apag'as roxas brasás d'o entuseasmo;
e sofréu os eternos desabores
d'os instantes croelísemos e amargos
que acompañan de cote, pegadizos,
ôs afás non logrados;
e, durant'eses ásperos momentos,
pr'o espirto tan ingratos,
n-o helo atroz d'a indifrenza d'a rapaza,
seus dôces pensamentos se xearon;
e bebéu pol-a copa d'Amargura
o licor pol-as Fúreas frabicado,
y-en infernal e tolo desespero
choróu ôs seus quereres solitáreos...

XVII

UNHA SOPRESA

Un día de Otubre,
de chuvia e de vento,
por non têr traballos que facel-o Roque.
debid'o mal tempo,
quixo aporveitalo
marchando a Viveiro
pra pagar dous anos, que xa lle venceran,
d'a casa en arrendo,
pra dar os ichavos
todos, d'o seu peto,
qu'él apetuñara con moitos sudores
e moitos apretos;
pois ê ben sabido
que os anos van negros,
por malas costeiras en non dal-as terras
un triste lomento.
E a xente d'o campo

com'os mariñeiros,
 apenas si poden cobril-os seus gastos,
 que non son pequenos,
 xa que c'os trabutos,
 renta d'os tarreos
 e outras moitas cargas, case nada queda
 pr'o próleo sostento.

Cavilando moito,
 Roque, sobre d'esto,
 iba car'a vila, sin deterse nada
 e a paso lixeiro,
 por mor de librarse
 pronto d'os efeutos
 d'o forte chuviasco que caia sin trégola,
 sin tino d'o ceo.

E pensand'o probe
 n-os días tan pésemos
 que corren pra todol-os que n-a misérea
 d'as pallas naceron,
 mentras camiñaba
 pol-a chuvia cego,
 votaba suas contas y-ante o resultado
 enrugaba o cexo.

Porque, ¿cómo había
 de ir ô casamento
 si aforros non tiña, xa qu'escurrichado
 lle quedaba o peto?;

¿e cómo compôrse,
 caso de facelo,
 pra sostel-a casa con todal-as cánemas
 que trai tal soceso?
 ¿Non era descurso
 de home pouco séreo
 crêr que, sin mais nada, comprir podería
 seu vivo desexo?
 Verdá é qu'él traballo,
 tiña en todo tempo,
 e que, traballando, nunca veu escaso
 seu probe pucheiro;
 pro, ¿era tan siguro,
 xa o casoiro feito,
 qu'ese seu traballo dera pra manterse
 sin grande atoufego?;
 porque os fillos veñen
 un tras de outro, arreo,
 e pan hai que dirlles, pra que nou se morran,
 mentres son pequenos.

Mais, si a negra dúbida
 non cabía n-esto,
 ¿cando podería ver él ralizado
 seu amant'empeño?;
 ¿ib'a estar d'espera
 hastra ser ben vello
 cando xa o corpiño non pide outra cousa

que paz e sosego...?

Tales perguntiñas,
cheas de mistéreo,
se facía Roque n-o perciso istante
d'entrar en Viveiro,
e, sin dar rimposta
a elas n-o momento,
foise dreitamente cabo de seu amo
pra pagarlle o arrendo.

Logo que tal fixo
e gardóu n-o peito
os dous ricibiños d'o pago d'a renta
qu'entroques lle deron,
sin outra, seu amo,
con moito sacreto,
—sacando unha carta que tiña metida
n-o fondo d'o peto,—
leulle unha notícea
que ó deixou sopreso;
pois, de confrimarse, cambeáballe a vida
de modo compreto.
Tal carta dicia,
pouco mais ou menos,
“que aló en Felepinas,—onde se atopaba
“dende longo tempo,—
“morrera fai pouco,
“baixo testamento,

"un siñor moi rico, parente d'o Roque
"por lado paterno;
"qu'éste aparecía
"send'o úneco herdeiro,
"e qu'era perciso que aló for'axiña,
"co'a prêsa d'o vento;
"porque si non iba
"logo por aquelo,-
"quizaves fin dera de todo a xusticea
"c'os seus recuvecos".
Mandab'a noticea
d'o estrano soceso,
un íntemo amigo d'o amo, que vivía
n-o lugar d'o feito,
y-ê craro que vindo
por tan bon correo,
¿non tiñ'a noticea, co'as cousas mais certas,
un grande asomello?
O Roque tal crîa,
non solo por eso
senón porque, agora, lembrábase de algo
de cando era neno;
lembrab'a partida,
pr'alá pra o extranxeiro,
de un tío qu'estonzas vivía n-a casa
d'o abó, en San Joan-Vello,
e como d'él, logo,

nunca mais souperon,
por morto se tivo; pois non s'esplicaba
seu longo silenceo.

Era, pois, posibre
qu'este tal suxeto
fora ese gran home que, aló en Felepinas,
ó deixóu d'herdeiro,
e, mais que posibre,
parecía certo,
xa que de outro modo non se comprendía
tan raro soceso.

De todas maneiras,
a verdá d'os feitos,
era que ó chamaban pra facerse cargo
de un coudal imenso,
e anqu'esa noticea
pux'ô instante ledo
—porque pra o casoiro, de pronto, lle abría
moi grande portelo,—
tamén, paradiño,
deixoun 'ô momento;
pois, ¿cómo él había de apreixal-a heréncia
sin facer diñeiro?;
¿cómo ir pra tan lonxe
sin un ral n-o peto?;
¿quén lle adiantaría todal-as cadelas
pra os gastos pirmeiros...?

D'as dúbidas esas,
que ó tiñan sospenso,
sacouno seu amo cando se deu conta
de tan grave apreto,
toda vez, n-o istante,
con perfundo afeuto,
lle dixo que os cartos que falta fixeran
pra tamaño intento,
él ll'os adiantaba,
c'o meirande anhelo
de que ó cabo fora recollel-ó herdado
sin perda de tempo.
De modo que o asunto
camiñaba dreito,
faltando somentes sacar d'o xuzgado
unhos documentos
pra, logo que listos
estiveran éstos,
embarcarse axiña cara Felepinas,
sin outro arrodeo.
Facéndose cargo,
pois,—con moito acerto,—
d'o deber que tiña de non perder horas
n-o seu doado arreglo,
ó virar pr'a casa,
—xa moi satisfeito
e sin importarlle gran cous'a molesta

d'o chuvioso tempo,—
con frime propósito
fixo xuramento
d'emprendel-o viaxe, fora como fora,
n-o mes viñideiro.

E como pr'a noiva
non tiña secretos,
e ademais anseaba que parte tomase
n-este seu contento,
sin pasal-o día
foi ô seu tropezo
pra poder contarlle tod'ó qu'él sabía
d'o estrano soceso.

Mais, d'esta parola
que os noivos tiveron
nada eiquí dicimos; pois d'ela, moi logo,
nos acuparemos.

XVIII

OS NOIVOS

Tan pronto â casa volv u Requi o
—d'a gran noticea xa sabedor,—
como chegara moi molladi o,
rente d'o lume foise o home p r,
e cand'o corpo se houbo enxugado,
cabo a lareira que ten o lar,
sac u de un pote, grand'e afumado,
caldo e touci o pra o seu xantar.

Pro, como estaba, pol-o contento,
cal un se pode xa sopo er,
por mais que fixo, nin un lomento
n-aquel istante pido comer.

Non era estrano; pois aquel d a
Roque sofrira grande amoci n,
e anqu' sta naza de unh'alegr a
 s homes sempre trementes pon.
En vista d'esto, siguidamente

saléu d'a casa cara San Joan,
e, alí chegado, moi diligente,
tral-a sua noiva foi con afán;

C'o afán de darle cont'acabada
de aquela carta que o amo lle leu,
pra que a rapaza ben enterada
logo estivera d'o asunto seu.

D'esa maneira, tamén tiría,
como él, moi grande satisfacock;
pois, co'a noticia, lle levaría
preceados goces ó curazón;

xa que, comprido que fora o feito
que lle anuncearon pol-a mañá,
os dous verían trocar aeito
seus bos desexos en ralidá.

Esí que, logo qu'estiv'ô lado
d'a moza, ouxeto d'o seu querer,
faloulle Roque moi decontado
d'o modo e forma que se vai ver:

—Co'ánsea meirande tras de ti veño
pra de un soceso darche razón;
pois, de contarcho, ganiñas teño,
pra que te alegres, Encarnaceón.
Porque, de fixo, grande alegría,
co'él, n-a tua y-alma se ha de albregar;
y-eu non quixerá pasal-o día
sin tal contento poderche dar;

que si, hastra de hoxe, moi esuriño
se persentaba noso porvîr,
parece agora franco e crariño,
xa que a Fertuna nos quér surrir;
y-ê de xustícea que, si tivemos
por esa causa que padecer,
hoxe d'a boa sorte gocemos
ô noso agrado, gusto e pracer.
E agor'ascoita, n-un breve istante,
ó que a dicirche prontiño vóu.
¡Verás si ê caso ben intresante
ó que hoxe a Dicha me deparóu!
De mañá cedo, como chovía
y-en nada tiña que traballar,
fun cabo d'o amo; porque quiría,
por mor d'a renta, con él estar.
Chegado que houben aló a Viveiro,
car'a sua casa dreito marchéi,
e, cando velo poiden, lixeiro
meu asuntiño comprimentéi.
Pr'ô intentar virme pra Cantarrana,
determe un pouco mandom'entón,
xa que me dixo que tiña gana
de darm'e conta de unha custión.
E, sin mais nada, sacretamente,
leume unha carta d'a cruz ô fin,
e n-esa carta, moi craramente,

ô amo lle dicen esto que ouvin:
"Qu'en Felepinas, un achegado
"meu, acababa dc fallecer;
"qu'eu era o herdeiro por él nomeado
"n-o testamento feit'ô morrer;
"que, tod'a herencea que me quedaba,
"centos de miles de pesos val,
"e que a xusticea xa se atopaba
"co'as maus mitidas n-o capital;
"por cuya causa moito conviña
"que con gran prêsa me fose aló,
"pois, si non iba, de canto tiña
"pouco eu hâbia de ver acó".
Dicirch'escuso que, n-o momento
en que o amo a carta deixóu de ler,
tolo me puxen pol-o contento,
pois eso é cousa de sopoñer.
Mais, de tal modo fun sorprendido
pol-a noticea que ricibín,
que perda tiven d'o meu sentido
e, n-o chau, case que me caín.
Logo, reposto, quedei pensando
en quén siria suxeto tal
que, d'esa forma, seu dreito usando,
me legataba seu capital,
e din ô cabo c'un meu parente
que moitos anos fai que marchóu,

e que ser pode quen, ô persente,
de min, n-a forma, se relembróu.
Con tod'o caso, non era doado,
nin persentaba moi bô carís,
xa que meu peto, d'escurrichado,
non tiña catro maravidís,
e sin cadelas non se podía
ir tal herencea pronto a coller;
porque, pra os gastos, ¿onde habería
tantos cartiños, eu, de facer?
D'este tromento, que me mataba,
o amo me quixo logo quitar,
pois adiantoume que m'emprestabá
canto fixera falta gastar.
De modo que hoxe pensar non teño
mais que n-o arregro de unhos papés;
y-esi que logre tamaño empeño
darlle xa pudo sebiñ'ós pés.
N-o mes entrante, pois, é seguro
que a Felepinas haberéi de ir,
e de irme teño xa grande apuro
pra logo un home ben rico vir;
porqu'esí, estonzas, o casamento
noso, haberemos d'efeutuar;
¡ese dôciño y-amante intento,
hoxe imposibre de ralizar!
Tal é o soceso, moi intresante,

que me importaba darche a saber.

Dirasme agora, ti, n-este istante,
¿cál ê, de todo, teu parecer?

—¡Qué quês che diga...! Tan apampada
deixoume, Roque, tua rilaceón,
que non me atopo pra decir nada...

—proferéu ela, con amoceón.—

Pois, sorprendida pol-o soceso,
case unha fala non pudo dar,
nin espriarme sei sobre d'eso
que me quixeché, Roque, contar.

—Pro, ¿estás alegre?

—Ben fixamente.

¡non sei si alegre si trist'estóu...!

—¡Fala, por Cristo, moi craramente...

—De tal maneira falarche vóu...

Hastra o momento, nosos amores,
filices foron dende o nacer;
porque non tiñan ánseas mayores
que verse uñidos hastra morrer.

Pr'adiant'encambo, ¿quén me asegura
que os teus cariños serán pra mí...?

¿Voar non poden a máis altura,
por non luxarse c'os que che dín...?

¡Eu son moi probe...! ¡Ti vas pra rico...!

—¡Cala!!, ¡non sigas, Encarnaceón!
¡Eses temeres, qu'eu non m'esprico,

magoando estanme n-o curazón!
Mais, ¿por qué pensas hoxe d'o modo?;
¿dinch'eu motivo pra me xuzgar
tan malamente...? ¡Non, eu non podo,
baixo ese cego cargo, quedarl
Quíxente probe... Si a rico chego,
o mesmo Roque pra ti seréi;
pois, n-este fondo y-amante apego
que por ti teño, presestiréi.
Por eso doime que, a desconfianza,
chegue a anubrarche tanto a razón,
¡que hastra che faga perdel-a espranza
crêndo posibre miña treiceón!

—¡Por Diós, Roquiño, dá pront'ô orvido
canto en mal hora poiden falar...!
¡Eu non quixerá verte ofendido
pol-o que dixen, tan sin pensar!
N-o gran cariño que che porfeso
esa sospeita falsa nacéu...
¡Dime qu'esqueces, Roque, todo eso;
eso, Roquiño, que te ofendéu!;
porque, hoxe, solo moit'alegría
nos nosos peitos deb'esistir,
¡y-eu teño pena si, n-este día,
por causa miña, tês que sofrir!
Con intrés grande, pois, meu Roquiño,
pídoché agora franco perdón...

¡Sê xeneroso, pra que alegríño
logo se poña meu curazón!

— Anque ofendido moito me houberas
eu che habería de perdonar,
pra que o cariño meu comprehenderas;
e non chegaras mais a dudar;
porque o cariño qu'ê verdadeiro
— com'o que Roque, nena, che ten,—
sempe perdona mais que lixeiro
cantas ofensas lle fai seu ben.
Por esta causa, xa din a orvido
esa sospeita que me mancóu;
por eso, a pena que houben sintido
n-a y-alma miña, xa se marchóu.
Goza conmigo, pois, n-este día,
d'a nosa grande filicidá,
e toma parte n-est'alegría
que n-o meu peito ralbando está.

— ¡Gráceas, meu Roque!; prob'acabada
dícheme agora d'o teu querer...

— Non er'afellas, nacesitada...

— Nunca sobrantes son, a meu ver.

— Pois si d'as probas d'o meu cariño
tanto te folgas, unha heiche dar
que ha de agradarche.

— ¿Cándo, Roquiño...?

— 'O dispoñerme pra m'embarcar.

— ¿Y-en qué consiste...?

— ¡Ben coriosa eres!

— Teño desculpa n-est'acaseón.

— Eso dicides sempre as mulleres...

— ¡Boh!, acaba logo...; ¿dicesma ou non...?

— Xa que t'empeñas, n-este momento,

n-o que consiste, vâlo a saber:

¡quiero afirmar, c'un xuramento

ante os altares, o meu querer!

— ¿Gústache a proba...?

— Sí, certamente;

porqu'ê a meirande que podes dar.

¡Co'ela, tua volta, tranquilamente,

anos tras anos, podo agardar!

— ¡Y-eu que ó celebro!; pois d'ese xeito

tamén tranquilo podereime ir,

co'a aseguranza de que un mal feito

n-o teu cariño non ha de infruir...

Pouco mais tempo, xuntos, pasaron

en Covas, Roque y-a Encarnaceón;

pro, d'ó qu'entrambos d'o más falaron,

saberano eles, de fixo, eu non.

the first time in the history of
the world that the people of
the United States have been
called upon to make a choice
between two political parties
which have been in existence
for more than half a century,
and which have always
been the chief parties in the
country. The people of the
United States have always
been accustomed to make
their choice between the
two great parties, and
they have always done so
in a spirit of freedom and
independence. They have
never been compelled to
choose between two
parties which they did
not like, or which they
did not think were
good for the country.
They have always been
able to choose between
two parties which they
thought were good for
the country, and which
they thought would
best serve the interests
of the country. They
have always been able
to choose between
two parties which
they thought were
good for the country,
and which they thought
would best serve the
interests of the country.

XIX

O XURAMENTO

D'o sol, aculto entre as nubes
as craras luces decaen;
pois, con prêsa ben visibre,
vai esmorecendo a tarde.

Sobre d'as augas mansiñas
d'o río, limpo e espellante,
a fresca bris'aparece
levand'ós corpos a friaxe.

D'o porto, as lanchas de pesca,
car'a mar alegres salen;
porqu'ê noite d'escurada,
qu'ê cand'os peixiños caen.

As campanas d'as airexas
o espazo fenden, vibrantes,
tocando tristeiras ô *ánxelus*
c'os seus suïdos más graves.

E os montes tórnans'escuros

baixo as sombras que os invaden,
e trocan por negras manchas
o seu verdoso roupaxe.

Rein'a paz. Solo se sinte
o romorciño costante
d'as olas encabirtadas
que van á pray'a estrelarse.

¡E que dôces e tranquilos
son estos curtos instantes,
cando se apagan d'o dia
as últemas craridades!

Mientras duran, n-os espiritos,
a hermosa quietú renace,
porque se ven libertados
d'os amargosos azares
que, cotianamente, a Vida,
con abundanza reparte.

Momentos de rico ensono
que aporveitan os amantes
pra gozar doadiñamente
d'os seus quereres meirandes.

Pois, n-esa hora, truba e incerta,
de unha tranquiliña tarde
d'o mes que chaman de Santos
—porque, o mes, en Santos nace,—
dreitos á Misericordea,
camiñando areal adiante,

van un mozo y-unha moza,
formando grupo intresante.

'A ermida d'o Santo *Haci-Home*
—que s'ergue d'o Landro à marxen,
n-o estremo d'o longo ponte
que ó cruza de parte a parte,—
chegóu ó cabo a parexa,
pônd'ô seu andar romate,
y-entróu, sin deterse migia,
d'o templo n-a escura nave.

Solitárea estab'a airexa;
n-ela non habia naide.

Unha probe luz de aceite
alumab'ante os altares,
refrexando pol-os muros
morticeiras craridades.

Mais, anque d'a lampr'acesa
a luz non era brilante,
verse ben alí podía,
de Cristo, a severa imaxen;
aqueila efixe impoñente
toda cuberta de sangue,
atad'a forte coluna,
de amoratado sembrante,
co'as siés coroadas d'espiñas,
c'o corpo en negras sinales;
efixe pol-a cal sinte

Viveiro unha fé moi grande,
e ante a que acude de cote
n-o seus fondiños pesares.

Pro, ¿quénés son os qu'entraron
adrento d'a escura nave
d'a ermida d'o Santo *Haci-Home*,
n-aquel sonolento istante...?

¿Non ó acertan os leutores...?
¡Pois ben pode adeviñarse!
Son a Encarnaceón e o Roque;
os doux filices amantes,
que van comprir a pormesa,
que se deron unha tarde,
de xurarse seus quereres
ôs pés d'a devina imaxen.

E alí están arrodillados,
devotos y-edeficantes,
n-a grada d'o altar d'a dreita,
d'a severa efixe diante.

Logo que houberon rezado
un pouco, cada un aparte,
erguéronse os doux a un tempo
e, con tono un tanto grave,
falaron d'esta maneira,
poñendo as maus en enlace:

—Roque, ¿eiqui, xuras quererme
hastra que a vida che falte...?

—¡Si, xuro! — escramóu Roquiño
 dando a frimeza meirande
 ô seu dicir, e repuxo,
 estonzas, palabras tales:—
 ¿E xúrasme ti que, en tanto
 a miña volta non cadre,
 hasme querer como agora,
 sin esquecerme un instante...?

—¡Sí, xuro! — respondeu ela
 e añadeu:—E, si faltase,
 que o Santo *Haci-Home* bendito
 n-aqué'l momento me mate.

Este foi o xuramento
 dado pol os dous amantes;
 co'él, afirmaron gustosos
 seus amores n-os altares
 e uñiron sagrada mente
 —hastra que a morte os recrame,—
 seus curazós, de cariño
 verdadeiro rebousantes.

Y-esí que os dous tal fixeron,
 tocaron os pés d'a imaxen
 e d'a ermida se saïron
 levando alegre o sembrante.

Logo, emprederon a volta
 pra seus quiridos fogares,
 singuind'o mesmo camiño

que xa trouxeran denantes.

D'a tard'entón, xa se foran
as últemas craridades;
pois a escoridá d'a noite
reinaba por todas partes.

Limpo de nubes o ceo,
n-él, como lampas colgantes,
millós d'estrelas se vían
con refrexos disigoales.

Unha d'elas, de ripente,
cruzóu rápeda pol-o aire;
¡quén sabe si a Dios levaba
a pormesa d'os amantes!

XX

A DESPEDIDA

Tan logo como Roque houbo arregrado
os papés e ó demais que percisaba,
como collel-a herencea lle importaba,
detreminóu marcharse decontado.

Quixo, pois ralizar seu pensameuto
co'a rapidez que o caso riquiría,
e, sin perder momento,
risolto, sinalóu d'a marcha o día.

Y-ese dña chegóu pra os dous amantes
c'o seu cortexo de agres desabores;
pois que n-él soprotaron os istantes
mais croeles que sofriron seus amores.

Adoitados a estar cotianamente
preto un d'outro, gozando en seus cariños,
os dous agora pensan tristemente
n-os momentos atroces, coitadiños,
d'es'ausence'amargosa

que lles ven a trubal-a dicha hermosa;
 e ô ouservar qu'ê chegada
 e que pode durar... ¡sabe Dios cánto!,
 a congoxa meirand'e desatada
 as suas almas sumerxe en tolo espanto...

Xa ê denoite. N-o pórtigo d'airexa,
 beira o muro, se alcontran os amantes.

Deserta está a calexa
 n-aqueles momentiños intresantes.

Ali, solos, un a outro aconchegados,
 dândos'están a tenra despedida;
 je cóm'os dous se atopan de apenados
 ô ver de Roque a próxima partida!

Tan imensa ê a afliceón que os asolada
 e o dôr que ôs dous martriza ê tan profundo,
 que pra eles non hai nada
 que consolo lles dé; pois, anque o mundo
 lles caera sobre o peito,
 sofrir non haberian de tal xeito.

O choro que derraman
 soment'ê ó que algo alivia seus pesares;
 xa que as bágoas, n-os ásperos azares
 que n-o tear d'a Vida os Ceos traman,
 son cal chuvia preceosa
 que desbarat'â nube tromentosa.

Mais, ¿por qué es'esconsolo,
 si Roque vai ô alcontro d'a ventura?;

¿por qué penar e têr tant'amargura?
 ¿non ouservan que, solo
 apilland'o coudal por Roque herdado,
 lograr poden un dia seu intento,
 tan amorosamente degorado,
 de uñirse pol-a vida en casamento?

A Encarnaceón e Roque non iñoran
 que, o surrente porvîr d'os seus amores,
 exíxelles pasar pol-os rigores

d'a marcha que hoxe choran;
 porque saben o estado de probeza
 en que se atopan eles, autoalmente,
 e comprenden que fora lixeireza
 o non aporveitar, valentemente,
 a sorte tan filiz, tan aportuna,
 que dáralles quixo a roda d'a Fertuna.

Tamén confianz'abrigan
 n-os quereres qu'entrambos se porfesan,
 que lazos bôs os ligan
 e sobre d'eles pesan;
 sagrados xuramentos, que os cristeanos
 nunca poden mirar como liveanos.

A razón, pois, de tales padeceres,
 ante a separaceón que se aveciña,
 pecha está n-os temeres
 de non tornar a verse ben axiña,
 e n-a posibr'e grave continxenza

de finar un d'os dous durante a ausenza,
 sin têl-a triste sorte
 de darse o tenro "jadiós!" ô vil-a morte.
 Por eso a y-alma sinten tan firida...
 Por eso sofrén eles tantos dôres...
 ¡'O cabo, suspendida,
 qued'a filicidá d'os seus amores!
 E pensando e sofrindo d'a maneira,
 sin têr trégl'algunha
 n-o dôr que os emportuna,
 esí están en tal noite medoñeira;
 mais, como no atopan pra seus males
 o romédeo que buscan, afanosos,
 e como as penas tales
 pasar lles fan momentos arrepiosos,
 —e non hai quen agoante
 un pesar tan profundo e tan costante,—
 dicidíronse ô fin, tras fero intento,
 a dal-a dispidida por finada;
 pro, a hestoria, non dí nada
 rispeut'ô que pasou n-ese momento.
 Solo dí que, un torbón moi denegrado
 estonzas descargóu, enforicido,
 espallando un suïdo
 somellante ô de un bico porlongado...

XXI

SEMENTANDO A ZIZAÑA

Soprotand'o desapego
d'a moza que prisiguía
e requeimándose a y-alma
n-o fogó atroz d'a disdicha,
o Pedro d'as Pallaregas,
o vrau pasóu si que vira,
durant'él, o modo doado
de outêr unha pequeniña
espranza pra o fondo anhelo
que n-o peito lle bulía
e que a sacear non chegaba,
anque a grand'empeñ'ó tiña;
porque, de cote, se apûña
a voluntá dicidida
d'a rapaza feiticeira
que de tal forma ó traguía,
tan manido y-abrouxado

como xamais persumira,
 dad'a sua grande fachenda
 e as suas costantes conquistas
 entre as mozas mais xeitosas
 d'o lugar e as circanías,
 pr'as que solo lle abondara
 unha dôce miradiña
 e dicirilles catro cousas
 con moita gasalleiría.

D'ehí que ô saber él que, Roque,
 marchaba pra Felepinas,
 d'a confianza que perdera
 sénteu a leda carícea,
 y-esprementou n-o seu peito
 a franca e tol'alegría
 de aquél que préto se sinte
 d'o ouxeto tras que camiña,
 y-en cuyo alcance ten posto
 os fondos afás que ó animan,
 como final coroamento
 d'a ventur'apetecida.

Porque, Roque, era somentes
 quen a contra lle facía,
 e, marchándose de Covas
 pra tan lonxe, sua cobiza
 de conseguir á rapaza,
 más probalidades tiña;

pois, ausente d'estas terras,
o Roque non podería
demigar as argalladas
nin desfacer as mintiras
qu'él acordara d' erguerlle,
como segur'armadilla,
—sigundo n-esto o ditamen
de unha bruxa moi sabida,—
pra prendelo n-a deshonra
ante os ollos d'a mociña,
e conseguir d'este xeito
que romperan deseguida
os amores de tal mozo
co'a Encarnaceón, qu'empedían
por hoxe logral-as ánseas
que tanto a Pedro anequilan,
consomindô e apalambrandô,
por non vêlas xa compridas
n-a forma d'o seu desexo,
d'a maneira qu'él quiría.

Que non é grande a fazaña,
ben a Pedro se ll'esprica;
pro, ¿quén se para en ripulgos
cando un de todo percisa
pra lograr a dôce calma
que sua y-alma nacesita?
¿Non fora grande simpreza

e unha imensa tolería
o deterse por rispetos
a causa tan pequeniña?

¿Quén non emprega, si pode,
cantos médeos ten á vista
pr'arrincar, axiñamente,
d'o seu peito a dura espiña
que se cravóu e que dôres
moi ardentes lle orexina?

Algo mais ó preocupaba
a idea de que Roque iba
tras de unha herencea moi grande,
según as xentes dicían;
pois, si tal cousa era certa
e se afirmab'a noticea,
sobre d'él, xa dende agora,
ningunha ventaxa tiña;
porque seu rival, de fixo,
moito máis rico siría
e ô casoiro, d'ese modo,
doado ll'era ir desguida.

Sin embargo, consolabô
a crênça que o home mantiña
de que Roque, ô verse dono
de unha herencea tan grandísma,
a outra muller, de outra crase
máis alta, buscar había,

e que, ô pouco de atoparse
en terra de Felepinas;
hastra d'o nome d'a noiva
a esquecerse chegaría,
xa qu'ê vello que a distanza
foi sempre a pior amaniga
que tiveron os amantes,
anqu'elas d'eso se rían;
pois, a ausencea, si algo dura,
a brasa d'o amor enfría
a ôs relembros esfumea
co'a mais sanuda perfidea,
escorrentândos en forma
que log'o temp'os desipa,
sin d'eles quedar n-os miolos
nin tan siquera unha pizca.

Pensando, pois, n-a ventaxa
de non deterse unha migia
en usar d'os médeos todos
que argallóu a sua malicea,
pra cautival-a rapaza
que tan a rasir'o traguía,
tan logo se foi o Roque
sair tratou él desiguida
d'a sitoaceón desairada
en que colocad'ó tiña
a Encarnaceón; pois, mais tempo,

soprotar xa non podía
as mágoas que regalarlle
quixo a Sorte tornadiza.

E si as cousas non se pûñan,
talmente, cal persumía,
dimposto estab'a ofercerlle
â moza, sin mais priguizas,
o mais prontiño casoiro
que de por sempre os uñira,
c'o cal tamén lle porbaba
que amores non lle mintía
e que, si agora tras d'ela
tan degoradamente iba,
apesar d'o desapego
con que de cote ó ofendía,
era porque un querer fondo
n-o curazón lle xurxira,
xa que sin él tal xuntanza
nunca xamáis facería.

Certamente que ô prencípeo,
ô pensar n-a rapaciña,
outros ffs, Pedro, levaba
e outra intinceón escondía;
pro, sexa porque os desaires
que tal rapaza lle dira
n-o peito seu encenderan,
d'a paseón, a chama viva,

ou por que xa lle chegara
a hora de trocar de vida,
ó certo é que pol-a moza
destintos afás sintía;
pois, hoxe, por vez pirmeira,
drento d'o seu peito aniña
un amor tan arroutado
como naide se maxina.

Mais, ¿cómo dar escomenzo
a somellante conquista?;
¿cómo espallar a zizaña,
que sementar nacesita,
pra derrubal-os amores
d'o seu rival, ben axiña?;
¿e qué xeito ten que darse
pra, si se desfai a estriga,
avital-o xusto anoxo
que a Encarnaceón sintiría?

Pedro sabe que alí en Covas
vive certa rapaciña
que sempre tivo por Roque
sospeitosa sempatía,
e anqu'ê moi espabilada
pr'acultal-a sua disdicha,
e anque a naide lle deu conta
de certa espranza fallida
que cobixara n-o peito

como sagrada riliquea,
tamén saber logróu o home
como ela moito sofrira
ô ver que Roque, amoroso,
con outra rapaza se iba,
sin importarlle o desaire
que con eso lle facía;
por cuya razón, tal moza,
pol-o Roque xa non tiña
a incrinaceón prenunceada
que n-outro tempo sintira;
pois, ese afeuto, trocouse
n-a indifrencia mais comprida
e, si acaso, en certo anoxo
que de cando en vez sintía
o ouvil-o nome de Roque,
xa qu'estonzas a firida
que n-o curazón tivera
con grande dôr se lle abría.

Pois d'esta moza, chamada
Rosa de Fondodevila,
intenta Pedro valerse
pra espallar unha noticea
que lle convén sexa logo
pol-a Encarnaceón sabida,
a fin de qu'esta por Roque
atreizoada se sinta

e rompa co'él os amores
que fortemente hoxe os liga;
que si a Encarnaceón ô Pedro
lle votou n-a cara un día
a falta de ser nullolas
pra negarse, n-a sua vista,
a acertarlle unhos quereres
qu'estonzas él lle finxía,
con igual razón, agora,
facerá a Roque xusticea
si cheg'a crér d'o seu noivo
ó que moi pronto lle digan,
xa qu'en falt'algo mais grave,
de ser certa, caería.

Pol-o tanto, pôndo en práutica
os desexos que cobixa,
n-acaseón que veu á Rosa
faloulle, sin mais disídeas,
y-eiquí teñen os leutores
a intresante paroliña
que os dous, entón, sostiveron
en Covas, un certo día,
xa cando Roque marchaba
camiño de Felepinas:

—Moi triste te atopo, moza...
—comenzó él, con malícea,
buscando co'esto a maneira

de parolar unha migia
co'ela, respeuto d'o asunto
de que falar lle conviña.—
Y-eu penso que tod'a causa
d'a pena que hoxe t'entrista
está n-a marcha d'o Roque,
feita sin as dispididas
que debéu levar a cabo
preto d'as súas amigas...

— Pois, dispidir, dispideuse...

— repuxo ela deseguida,
añadindo, intincionada:—
E, si crés qu'esto é mintira,
a Encarnaceón, de seguro,
confrimarache a noticea...

Pol-o demais, non me importa
de Roque a march'alodida.

¡quizaves a ti che intrese
algo mais, anque n-ó digas...!

— ¿A min...!,—escramóu o Pedro,
mentras os beizos mordía.—

— ¡A ti...!—respondeulle a moza,
con picareira surrisa.—

— ¿E por qué...?; a razón darasme...

— ¡Home...!, esa está ben âs vistas;
porque, co'a marcha d'o Roque,
unha nube se desipa

e algo co'eso se despexa

o ceo d'a tua dicha...

—¡Adeviñar eu non pudo
ó que dís, si non t'espricas...!

—N-o desemulo estás forte,
mais pra min non val que finxas,
por que sei prefeutamente
cánto che pasa hox'en día
por mor de certa rapaza
que a Roque parec'estima.
Por tal causa, índose o Roque,
e índose pra Felepinas,
—ó que xa non fai moi doado
que con tal rapaza siga,—
têr ben podes unha espranza
de lograr ó que maxinas;
pois libre o campo deixouche
o únecho rival que tiñas.
¿Non vés agora ben craro
ó qu'eu denantes dicía...

—¡Boeno!, dánodoche por certo
canto soltóu a tua língoa,
pergúntoch'eu; ¿crês que Roque,
ô fin, vencerme habería
n-a loita pol-a rapaza,
n-es'amorosa conquista...?

—A Encarnaceón, en tal caso,

o xuez d'o preito siría,
anque penso,—e non te manques
ô ouvir esta fala miña,—
que, si Roque non a deixa
y-ela crê que Roque vira
c'o tempo a Covas, ê visto
que tua causa entón piligra;
pois si ben ê un pobre mozo
de alma curta, recollida,
e algo aparvado pr'as mozas,
ropara, Pedro, e cavila
que o Roque foi de conduta,
de cote, moi crara e limpa,
y-ê como un boi pra o traballo
e pra ric'hoxe camiña,
cousas todas que as rapazas,
qu'en moito sua sort'estiman,
teñen que ver con bôs ollos
cando car'adiante miran;
y-eu non me aparto d'a regra,
porque son a pirmeiriña
que comprendo a razón grande
que hai pr'apinar de tal guisa.
E a Encarnaceón non ê pampa
senón muller espelida,
—anqu'eu a tiven de cote
por unha compreta cítola;—

pol-o cal decataraste
d'ó que fará tal mocinha
pr'apreixar ben a seu noivo
e afincar a própea dicha
con un casoiro, cal nunca
facer ela persumira.

— Xa vexo que non conoces
certo feito que ó dinigra;
pois, si o tal tí conecceras,
de outro modo falarías,
e o Roque xa non xuzgaras
de maneira tan benina.

— Dicirasm'en que te fundas
pr'acusalo...

— Dame ouvidas
e veral-o fundamento
que ten a palabra miña
ô sinuar un certo asunto
que ô Roque non dá valía,
e d'o cal pôreite ô tanto
pra que sallas desiguida
d'a ceguedá en que te atopas,
que ten causa n-a falsía
empregada pol-o mozo
durante tod'a sua vida,
ô fin de acultar as faltas
qu'enluxal-o poderían,

co'a que logrou falso crêto
a certa fama endebida,
xa qu'ê como un calisqueira,
pro con mais ampocresía,
según probar vouche agora,
porque a tal, Rosa, me obrigas.

Y-escomenzo. ¿Non te lembras...?
—dixo él, co'a sangue más fría,
sementando d'ese xeito
a zizaña consabida.—

¿Non te lembras de unha moza
moi xeitosa e moi noviña
de aló de Penas-Agudas,
ou d'as súas circanías,
que veu, n-o vrau fixo un ano,
con outras súas viciñas,
pra tomar baños en Covas;
por nome, chamada Loisa...?

—¡Non me lembro d'a rapaza...!
—Rosa escramóu, pensativa,
sin darse conta, a iñocente,
de tan solene mintira.—

—¡Si, muller si...!; lembraraste
d'ela, tan logo che diga
qu'er'a millor que bailaba
a muiñeira, entre as bañistas,
e que ô bailar grande corro

de admiradores tiña...

— Non che dou tino de nada...

— Pois, dar razón deberías...

— proferéu, Pedro, n-o istante,
con estraneza finxida,—

Pro, lémbreste ou non d'a moza,
esto nada sinifica
nin verdá lle quit'a hestoria
d'o bon d'o Roque co'a Loisa...

— Logo... ¿a entenderse chegaron...?

— Mais d'a conta...

— ¡Non m'o digas...!

— E de risutas de aquélo
saéu... ¡tod'ó que sair tiña!

— Xa vexo qu'en naide pode
térse confianza, hox'en día;
pois descobro que a aparecea
non é mais que unha enganifa
pra encobrir fondos defeutos
ou faltas 'grandes e indinas,
ô igoal que a pel sonrousada
d'a mazá, Iucia e bunita,
que acultar sole a podrea
que por adrento lle mina.

— Pro, a cousa, non para n-eso...

— ¿Ainda mais...?

— Si, muller, ainda;

y-ê que ô saberse que Roque
herdara ó qu'herdou, a Loisa
pedeulle reconocera
como pai, moi logo a filla,
xa que preito lle votaba
si a facer tal non se aviña;
e, com'o Roque negouse
a comprar cal él debía,
e teméu verse collido
pol-as garras d'a xusticea,
apersurou canto poido
a marcha pra Felepinas,
acultando, como sabes,
o momento d'a partida.

— Agora ben se me alcanza
por qué Roque prêsa tíña
pra fuxir d'esa maneira
e a paso de lagartixa.

— Pois, talmente, son as cousas...
— ¡Xa, xa...!; pro, ¿quén a notícea
che déu...?; porqu'eiquí, qu'eu sepia,
por ninguén è conocida.

— Deuma un amigo, en Viveiro,
y-a éste deull'a mesma Loisa,
un domingo de mercado,
en qu'ela baixou à vila.
Mais, non fales nada d'esto,

nin a ninguén cousa digas...
—escramóu él, ben seguro
de que a moza falaría
d'o asunto, siguidamente,
como a Pedro lle conviña.—
Porque, Rosa, non quixera
que por min se descobrira
tal hestórica, xa qu'estonzas
como unha vingaceón miña
tomarase, y -eu non pudo
pasar por tal cobardía.

—Descoida; pois, o teu nome,
non andará pol-as língoas
si alg'ô cabo se descobre,
que será cousa ben fixa,
xa que a verdá busca sempre
a espellante luz d'o día
e abóndalle, pra lograla,
moi pequena rigandixa;
aparte de que hai presoas
—dixo ela, moi esprisiva,—
que, por espallal-o caso,
sintirán moi'alegría,
e ti e mais eu non debemos
privalas d'esa dilicea,
pra que a Encarnaceón e Roque
purguen suas culpas, n-a vida...

Tal foi, de Rosa e de Pedro,
a intresante paroliña.

Xa veremos, mais adiante,
as resultanzas outídas
pol-o Pedro, ô dar ôs aires
a mintireira notícea,
crêndo sementar con ela
a zizaña corrediza.

XXII

¿SERÁ CERTO...?

— ¿Será certo, Sabela, ó que me acaba de dicil-a muller d'o Pantalión...?

— unha tarde, á su'amiga, enterrogaba, chorando, a Encarnaceón.—

¿Será certo...? ¡Mintira me parece que tal cousa poidera soceder!; mais, é posibre... ¡e cando esto acontece é todo de temer!

D'a dúbid'â miñ'alma non leberto, por mais que tal quixera conseguir.

¡Sabelifía...!: ¿será, quizaves, certo ó que acabo de ouvir...? [te apura...?]

— ¿Qué pasa, Encarnaceón...? ¿Qu'ê ó que ¿Por qué sofres e tês tanto pesar...?

— perguntoulle, a Sabela, con tenrura, véndoa tanto chorar.—

De fixo che dixeron algo grave

que toca dreitamente ô teu amor...

¡Dimo axiña, si qués! porque... ¿quén sabe
si eu calmaréi teu dôr?

Pois, ás veces, n-a vida, padecemos
por cousiñas escasas de valer,
y-esto acurre, de cote, si non temos
grande calma pr'as ver.

Pol-o mesmo, degoro que te acrases,
espricándose a causa d'o teu mal,
pra dicirche, dempois, si teus pesares
nacen de algo formal.

Porque, si eles non teñen fundamento,
non hai, Encarnaceón, por qué sofrir;
e, si ó teñen, sin perda de momento,
tras d'o romédeo hai que ir.

—¡Non...! Si a cousa que dicen ê sigura,
por tod'a vida enteira penarei;
xa que d'a y-alma, entón, est'amargura
quitar non poderéi.

—Todo ten sua menciña n-este mundo.. .

—¡Menos o mal que ataca ô curazón!

—Ainda pra ese, con ser a más profundo,
temos romedeaceón.

¿Non vés que senón, logo, morrería
tod'a xente, por non poder co'a cruz
que levamos ás costas dende o día
que o ollo abrimos á luz?

E si ê certo que Dios nos manda penas
a esta vida, pra ver de nos probar,
tamén El nos dá forzas, non pequenas,
pra pôlas soprotar.

Non debes, pol-o tanto, desesprarte,
qu'ê pecado, segün os cregos dín.
Percura, pois, axiña serenarte
e dime ó que hai, ô fin.

— Verás: quen eu che dixen, n-a ribeira,
conmigo agora mesmo tropezóu,
e, xa xunto de min, sin mais, lixeira,
de Roque me falóu.

'O cabo, con bô fin ou fera raza,
unha noticea pésema me déu;
pois díxome que Roque, a unha rapaza,
fai un ano perdeu;
e que agora era pai e non quiría
ô fruto d'a sua falta nome dar,
e, como a eso a xustícea ó obrigaría,
fuxéu pra se salvar...

Si ê verdá, pois, o feito rilatado:
¿podo a Roque, en concencea, xa seguir...?
¡Non, Sabela...; porqu'él está obrigado
co'a outra moz'a comprir!

Negar non hei que fixen xuramento
de ser a Roque fel n-o meu amor;
mais, si él me pon tan grav'empedemento,

soment'él ê o treidor.

—¡Grav'ê o conto...! Pro, ti non me dixe-
onde vive a que a Roque tino déu. [che

—Aló en Penas-Agudas.

—¿E soupeche
de onde a noticea veu?

—Pol-a Rosa parece que foi dada.

—¿A de Fondodevila, n-o allo está...?

¡Sospeito, entón, qu'ê todo unh'argallada!

—Sabeliña... ¡oxalá!

—Porque a Rosa, por Roque, afás man-

—Pois, ôe, nunca tal apercebín. [tivo...

—Y-él, encambo, co'a Rosa, foi asquivo,
según eu mesma vin.

'O perder, pol-o tanto, toda espranza,
sofrir debéu moi grande deceuceón;
por eso temo que, n-unha vinganza,
busque satisfaceón.

Mais, por si tal non fora, axiñamente,
a verdá d'esa hestória saber hei;
porque teño n-as Penas un parente
ô que pronto verei.

Mientras tal non soceda, date calma...
—D'ela, afellas, quixera desfroitar;

pro, ja dúbida que roi n-a miña y-alma,
non m'a deixa lograr!

XXIII

¡QUÉ MINTIRA!

Dende que a Sabela soupo
ó que a Roque lle colgaban
certas língoas, que falaban
d'él con pouca compaseón,
puxo empeño en enterarse
d'a verdá que n-es'houbera,
xa que anhelo tamen era
d'apenada Encarnaceón.

Levando, pois, seu desexo
a cabo, segün quiría,
decedéu n-un preto día
a Penas-Agudas ir;
porque aló ll'era mais doado,
en uñón d'un seu parente,
avrgoar ben craramente
ó que anseaba descobrir.

E unha mañá, moi cediño,

sin preza ergueuse d'o leito
 marchando, camiño dreito,
 ô rifirido lugar;
 e, xa n-él, despúxos'ela,
 c'o concurso d'o achegado,
 a trazar con gran coidado
 os pasos que había dar.

Logo d'esto, a Sabeliña,
 comenzó seu cumitido
 sin deixar miga esquecido
 d'o que tiña que facer;
 e, bulindo a un lado y-a outro,
 non paróu hastra o momento
 en que, con grande contento,
 poid'o feito escrarecer.

Dempois que houbo tal logrado,
 viróu pr'a cas'a Sabela,
 e, xa en Covas, tratóu ela
 de falarlle a Encarnaceón,
 c'o fin d'enteral'axiña
 de todo cánto avrigoara
 pra que, sin mais, arrincara
 a espiña o seu curazón.

—Veño de Penas-Agudas
 —dixo a Sabela, n-o istante
 en que tivo á amiga diante,—
 e, anque acabo de chegar

y-estou cansa d'o camiño,
corro a darche desiguida
cont'acabada e comprida
d'ó que poiden aquelar.

—¿Y-é certo cánto apuñeron
ô Roque...? —escramóu, anseosa,
a Encarnaceón—; pois, deseosa
estou xa pol-o saber.

¿E cert'ou non...? Dime pronto
canto haxas aló avrigoados;
xa que o meu peito apenado
saír d'a dúbida quér.

—Comprendo ben ese apuro
que ademostras; mais, ten calma,
e tranquiliz'a tua y-alma
co'esto que che vou dicir:
¡Todo risultou mintira...!

—¿De verdá...?

—Como ch'o digo.

—¡Ai!, a paz veume contigo.

—¡Non a deixes mais fuxir!

—Descoida. Xa, en tod'a vida,
solo crêrei ó que vexa;
pois, pol-a própea pelexa,
soupen ó qu'ê unha invinceón.

—Verei si comprel-o dito;
porque, sopoño que hai xente

que ha de andar moi delixente
pra perderte, Encarnaceôn.

—¿E cal ê a causa, Sabela?

—D'eso, outra vez falaremos,
cando con vagar contemos,
que agora tempo non hai...

—Dices ben. Non te detefías.
Gráceas por teu incomodo...

—Sabes que me tês pra todo.
Con Dios queda.

—Con El vai.

XXIV

O CHUFÓN

Dous meses corren dende que o Pedro
certa notícea falsa soltóu
pra ver si a Roque roubar podía
a moza ouxeta d'o seu amor.

¡Corren dous meses...!, e ainda hoxe, o Pe-
está com'onte co'a Encarnaceón; [dro,
pois si pensaba vencer ô Roque
de tal maneira, nada logróu.

Mais, ¿por qué causa non fixo efeuto,
esa notícea, n-o curazón
de rapaciña tan ripulgada?;
¿será que, a moza, d'ela dudóu...?

Pedro é iñorante d'o socedido
entre a Sabela y-a Encarnaceón,
e d'os traballos que se fixeron
sobre d'o feito qu'él espallóu.

Por tal motivo, non sabe a causa

d'o nulo efeuto d'a sua invenceón,
¡somentes sabe que a moza sigue
moi anoxada pra seu amor!

Pro, como Pedro, sofrir non pode
máis o despego d'a Encarnaceón,
xa que n-a y-alma sinte a queimura
e as rañadelas de inteso dôr,

trata d'o modo de darlle xeito
a un pran ousado que maxinóu,
c'o cal aspera vencer axiña
ese disvio pra él tan atroz.

¿E qu'ê ó que pensa facel-o Pedro
pra lograr pronto que a Encarnaceón
lle corresponda con seus quereres,
y-esqueza logo seu outro amor?

¿Conta con médeos, que vencer podan,
de modo doado tranquilo e bô
a risistencea teimosa e forte
que a rapaciña de fixo ha pôr?

¿Non sabe o Pedro, por esperencea,
que con tal nena fallidas son
certas astrúceas? ¿Non se decata
n-o mal que hastra hoxe co'eso lle foi?

Pedro persume que si a mociña
garda roparos pra seu amor
é porque pensa qu'él vai tras d'ela
por lograr solo divirticeón;

d'ehí que sopoña que, cando a moza
sepia que ó moven boas intinceós,
ha de amostrarse menos houraña
e ha pôr n-a cara xesto millor.

E xa en tal crênça, quér ofercerlle
pronta xuntanza, cal manda Diós;
mais, si a rapaza non lle dá tino,
¿de qué maneira se ha de compôr...?

O contratempo nin migá ó acora
nin lle orixina gran comezón;
pois, conocendo tal continxencia,
pra sair d'o atollo form'átropóu.

Solo lle falta leval-â práutica,
e a es'hoxe o Pedro se pridispón
buscand'o ouxíeo moi poderoso
d'o Casemiro de Pé de Boi,
qu'ê o que mais fama ten n-estas terras
entre os que oficean como chufós;
porque, casoiro que lle confiaron,
fíxose sempre, sin rimiseón.

Por eso pensa, tras d'él ir Pedro,
pra que traballe n-o seu favor;
xa que, somentes, con tal achega
lograr él pode sua salvaceón.

Logo que o Pedro, con Casemiro,
d'o seu proyeuto novo tratou,

têr éste quíxo, c'o pai d'a moza,
 unha sacreta conversaceón,
 e a tal ouxeto, caladamente,
 a vélo á casa dreito se foi,
 n-un instantiño que iba en Viveiro,
 vendel-os peixes, a Encarnaceón.

—¡Salú, tio Berto! — lle dixo á entrada,—
 —¡Salú pra todos nos mande Diós!

¿Y-este milagre de vir a Covas...?

¿Algún casoiro te trai acó...?

—Non se aquivoca, xa que a eso veño...

—Pois, cousa feita, de fixo ê entón...

—Si vosté quere... tal acontece...

—¡Non te comprendo...!

—Craearme vou.

Hai hox'en Covas un meu amigo
 qu'está prendado d'a Encarnaceón,
 e como a quere con tod'a y-alma
 casalo co'ela fora ó millor...

—¿E quén ê o mozo...?

—Pois êlle o herdeiro
 d'as Pallaregas.

—¡Boa preporceón!

—¡Non a hai como ela, pol-o persente!

—Eu en tal crêenza tamén estou.

—Si vosté acede, dándolle a filla,
 pens'adotala...

— Y-a Encarnaceón,
¿sabe algo d'esto...?; porque, por hoxe,
seu pensamento non m'ó amostróu.

— Sua filla, nada sabe d'o asunto,
mais non iñora, de Pedro, o amor;
xa qu'este deulle conta comprida
d'o seu cariño, n-unh'acaseón.
Pro, ela, parece lle force a cara
por têlo en moito de argallador
e crêr que o mozo cariño minte,
ó qu'ê un engano d'a Encarnaceón.

— Mira, denante de cerrar trato,
qu'eu fale co'ela, será millor;
porqu'esí podo ben decartarme
si casar quere con Pedro ou non.

— Quizaves poña certos roparos,
xa que, a sua filla, por outro foi
arrequerida pra têr amores
e, segúن contan, seique ó acetóu...

— ¡Non vexo...!

— Roque de Cantarrana...

— Tamén me agrada, porqu'ê home bon.

— Eu, d'ese modo falar non podo...

— Por tal ó tiven, de cote,

— ¡Boh!

Ten un o crête que o mundo quere...

— Darasm'estonzas as tuas razós...

—Daréi, tio Berto, y-ê que, o tal Roque,
diken que a certa moza enganóu,
tendo xa un fillo d'ela, ¡que nega!,
por cuya causa d'eiquí se foi,
xa que a rapaza preito le pûña
pra que lavara seu desonor.

—¡Case n-ô creo...!; pro, haxa ó que queira,
falar eu teño co'a Encarnaceón,
porqu'ela ê dona d'a y-alma súa
y-eu contra d'ela non m'hei de pôr.

—Vosté debía de aconsellala...

—Como consellos, dareillos bos;
mais outra cousa...

—¡Boeno!, ¿e a rimposta,
cando eu sabela pudo...?

—'O millor,
mañá a estas horas, si d'o mar veño;
xa que hoxe, â filla, falarlle vou.

—¡Adiós!, estonzas... e non s'esqueza...

—D'eso descoida... ¡Vaite con Diós!

E, o Casemiro, foise correndo
por non toparse co'a Encarnaceón.
Tio Berto, encambo, por agardala,
drento d'a casa súa quedóu.

XXV

PAI E FILA

Tan pronto a Encarnaceón chegou á casa,
de volta de Viveiro,
meteu-se n-a cociña, decontado,
a pôr o lar aceso,
a fin de requestar, axiñamente,
o caldiño x'acedo
que, pra o xantar d'o dia, porparado
tiñ'alí n-un pucheiro;
mais, seu pai, que a agardaba moi anseoso
c'o consabid'ouxeto
d'enterala canto antes d'amorosa
aspiraceón d'o Pedro,
ô sintila bulir pol-a cociña
marchou ô seu tropezo,
sentándose n-o escano, beira o lume,
pra d'ela estar ben preto
e poderlle falar, sin que deixara

de facer seus trafegos.

Xa os dous xuntos, dempois de un breve
d'o meirande selenceo, [istante
que acupóu en liar un groso pito
o bon d'o tío Berto,
éste, á filla, a palabra derexeulle,
c'o mais solene acento;
pois, tal, ademandaba o grave asunto
a que ib'a dar comenzo.

— Encarnaceón, quixerá me ascoitaras
ó que falar che teño,
pôndo moit'atinceón, xa qu'ê intresante
cal verás ó momento.

Tratar, contigo, de algo parecido
pensei fai moito tempo;
mais, deixándome fun, sin dicidirme
a comprir meu desexo,
e Dios sabe cando eu me atriviría
a parolarche d'eso,
xa que sempre, por preza enganadora,
vagar pra todo temos;
pro, de acurrir acaba, miña filla
detreminado feito,
e, deixar por mais horas esta conta,
abofellas, non quero...

— ¡Xesú...!, ¿qu'ê ó que lle pasa pra falarme,
hoxe, co'ese mistéreo...?

Si non s'espric'axiña de outro modo,
meu pai, eu non ó entendo.

— Cando agora che diga ó qu'hei dicirche,
virache o entendemento...

— Pois, pod'escomenzar que, por ouvilo,
grandes ganas xa teño.

— Denantes que che conte certa cousa,
algo falarchie penso
d'a nosa sitoaceón, pra que te fagas
xusto carg'ô momento
d'a importancea que ten pr'a dicha túa
un intresante feito
qu'ê agora, d'esta nosa paroliña
o prencipal ouxeto.

Logo, ti, facerás canto che pete,
qu'en libertá te deixo;
pois, anqu'eres moi nova, non te obrigo
a ir contra teu desexo,
xa que sei qu'en asuntos d'esta laya
solo valen consellos.

Esi que, ten pacencea pr'ascoitarme
que a espricarm'escomengo:

Por min os anos corren como lóstregos,
e xa me sinto vello;
solos semos n-o mundo, quiridiña,
ningún parente temos.

Sin fertuna n-a casa, os doux vivimos

con grandísmos apretos
d'os peixes que o mar dá, tras loita fera
e pesares imensos.
Si eu morrera, ou cansara d'o traballo,
ou me puxera enfermo,
¿qué había ser de ti, mentras viviras...?
¿quén che iba dar sostento...?
Que naíd'ê nacesáreo n-este mundo
craramente comprendo;
mais, faltándoque o pai, fill'adourada.
eu por seguro teño
que os meirandes afogos te haberían
de asoladar c'o tempo.
Tal idea n-a y alma me rebule
quitándose o sosego;
pois non pudo durmir nin facer nada
con ese pensamento,
e a paz eu xa non logro n-esta vida
si axiña non te vexo
casada c'un bon home, que ser poda
teu amparo compreto.
Quixerá, pol-o tanto, que pensaras
dende hoxe, filla, n-eso,
e que non desairas á Fertuna
si ven ó teu tropezo;
porque, logo, anoxarse podería
con moito fundamento,

e a cara torceriache, de fixo
cando ti, en malos tempos,
tiveras perciseón de seus favores
e grande afianzamento.
E decátome xa que a boa sorte
chegó tras ti hoxe mesmo,
a xuzgar, miña nena quiridiña
pol-o siguiente feito:
pouco fai, o chufón de Casemiro
veu, mandado d'o Pedro,
—que como sabes ê, d'as Pallaregas,
o prencipal herdeiro,—
a pidirme a tua mau, por si quirías
ir co'él ô casamento,
facéndome pormesa de adotarte
si acetas seu empeño...
—¡Non siga, pai quirido, pois agora
suas falas ben comprendo,
e xa canto dixera sobre o conto
fora perdel-o tempo!
¡Xamáis!,—entendô ben,—xamáis, n-a vida,
acetarei a Pedro:
¡co'ese hom'eu nunca pudo ser dichosa;
porque sei seus defeutos
e sei que romedeálos non había
c'o noso casamento!,
mais pra qu'esté tranquilo y-a paz logre,

abri'reille meu peito,
 dicíndolle que outr'home a min me quere
 con un querer inteso,
 ô cal lle correspondo, por qu'ê un mozo
 de moi bôs sentementos
 sin estar apreixado pol-o víceo,
 ô contráreo d'o Pedro.

—¿Quizaves te rifiros, nena, ô Roque
 de Cantarrana...?

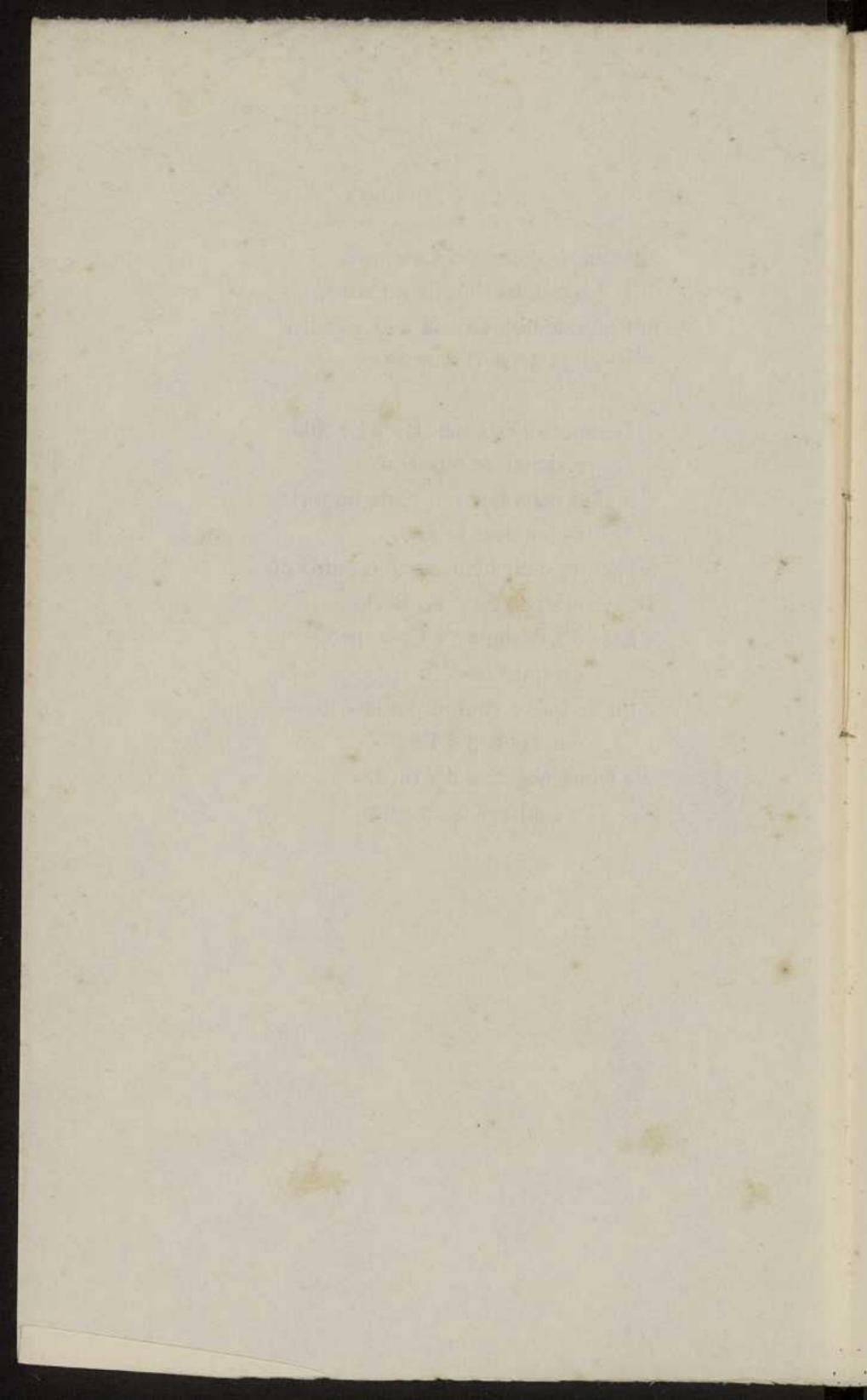
—'O mesmo;
 pro, ¿quén a vosté dixo que me fala...?
 —Pois, díxom'o suxeto
 que me dixo tamén qu'ese teu noivo,
 ô fuxir tan lixeiro,
 non fuxéu por buscar herencea algunha,
 senón por un tropezo
 que tivo c'unha moza...

—¡Eso ê mintira!
 ¡Todo está descoberto!
 Nin esist'esa moza nin o Roque
 podía facer eso.
 —¿Y-estás ben siguriña n-o que afirmas...?
 —¡Siguridades teño!
 —Estonzas, quiridiña, d'este asunto,
 nin migra mais falemos.
 Fai a tua voluntá qu'eu non me apoño
 ô que hox'ê teu desexo.

Xa saberéi dicirlle o Casemiro
ó que ha dicirlle a Pedro,
pra qu'éste non ensista n-o casoiro
e te deixe ô momento.

.....
Dempois d'esta parola, pai e filla,
a xantar se puxeron;
e si algo máis falaron, nada importa
ôs leutores sabelo.

Somentes decir hêilles que ô outro día
marchouse o tío Berto
a falar d'a custión c'o Casemiro,
cal quedaran en eso,
a fin de que o chufón poidera logo
enterar ben o Pedro
d'a frime negativa d'a rapaza
a contraer casamento.



XXVI

AMEAZA

Xa Casemiro enterado
pol-o pai d'a Encarnaceón,
de qu'éstá se había negado
ô casoiro, decontado
foi darrle a Pedro razón.

E ô saber, Pedro, o contido
d'a rimposta treminante,
sentéu seu peito firido
e, dándose por vincido,
pensou en vingarse, ô istante.

Pois si él, por ela, hoxe vía
a y-alma enteira estrozada,
xusto era que, a moza, un día,
por canto mal lle facía,
fora en tal xeito pagada.

Dende logo, n-o momento
d'acordal-a vingaceón,

confrimóu seu pensamento
d'empedil-o casamento
de Roque y-a Encarnaceón.]

Y-escasa forz'ha de têr
ou tal coux'ha de lograr;
pro, ¿cómo se ha compoñer
pra ese risultad'outer
si os dous se queren casar...?

Ainda non houbo acordado
o camiño por onde ir
pra ver seu afán logrado;
mais, Pedro, ten descontado
o podelo consiguir

Porqu'en ganar tal partida
o empeño más frime pon,
e, anque a perder chegue a vida,
â estremanza mais comprida
pensar él ir con deceséón.

Ó que dicirle haberá
â rapaza, en canto a vexa;
esi, tamén, penará
ô ver que non poderá
ralizar xa ó que desexa.

E, si non crê ó que lle diga,
seralle, de fixo, pior;
pois, logo, cando él consiga
cant'hoxe a facer se obriga

meirande será seu dôr.

Amañando a vingaceón
que, adoecido, degoraba,
unha tarde, Pedro, estaba
sentado sobre un traiñón
que n-a area se atopaba.

De pronto, senteu a un lado
miudos pasos de muller
e, sopreso, poido ver
que, a Encarnaceón, decontado,
pasab'a todo correr.

Dando un salto, diante d'ela,
él se puxo desiguida,
y-en form'algo demedida
ô cabo logróu detéla,
téndolle unha mau collida.

—¡Deíxame, Pedro...!, ¿non vés
con qué grande prêsa vóu...?
—dixo ela, cando notou
a Pedro, diante os seus pés.—
¡Pra parolas non estou!

—Agora tésme que ouvir,
anque de mal grado sexa,
¡ou arríncoche a pelexa...!

— ¡Hom!, ¡pódeste refucir
pol-o que o dito refrexa...!

— Despreceando esa leuceón
que ti me pertendes dar,
facerche quero costar
que a un, en balde, o curazón
non se lle pod'estrozar...

— ¿Ainda tornas ás andadas...?
¡Deberas xa comprender
que á forza non t'hei querer...!
Dame, pois, ás orvidadas.

— Tal non veño a pertender...
Veño, si a dicirch'entroque,
¡que, nin hoxe nin mañá,
a facerse chegará
teu casamento con Roquel
¡E, agora... irte, podes xa...!

— Denantes, hasme dicir
quén vai pôr o empedemento
cando chegúese momento...

— ¡Eu!

— ¡Boh!, ¡non me fagas rír...!
— ¡Xa ó verás...!

— ¡Todo eso é vento...!

Cando â sua casa chegou
e sola estivo, a rapaza,
a pensar escomenzou
n-aquela indin'ameaza
que Pedro ll'esbarrufou.

Que s'importâncea non dera
â tal, n-o pirmeiro istante,
têla quizaves poidera,
por ser o Pedro un bregante
d'alma roín, touzuda e fera.

Mais, ¿qué poderá facer
pra empedil-o casamento...?;
tén él abondo valer
pra consiguir seu intento...?;
¿non pode, un desfogo, ser...?

Doado non ll'ê adeviñar
o alcance d'affrimaceón
que Pedro quixo aquelar,
nin si hai ou non hai razón
pra tal cousa desprecear.

E, non logrando enquérir
a verdá d'es'ameaza,
solo pod'ela xurdir
—non supôndoa unha ñagaza,—
sobre ó que a fixo xurxir.

Pro, ¿a anunceada vingaceón

algunha xusteza ten...?
Si entregar seu curazón,
a Pedro, non tivo a ben,
¿pr'a tal, por eso, hai razón...?

Non a hai, nin a pode haber;
d'ehí que si ten dicidido,
Pedro, tal daño facer,
será por que a eso é movido
pol-a roindá d'o seu ser.

E, contra d'esa roindá
non esiste médeo algún
pra defenderse, â verdá...
¡Si non hai médeo nigún,
xa, Dios, romédeo pôrál!

Por eso é moito millor
esquecer es'ameaza.
Magoarse por ela é pior,
ben sexa verdá ou ñagaza,
teña ou non teña valor.

XXVII

BOAS NOVAS

Un ano facía
que Roque marchara,
cando d'él noticea
tivo a Encarnaceón.
Un ano, xustiño,
mes por mes, pasara,
¡que tempo tan longo
pra seu curazón!

Durant'ese tempo
que sol'habia estado,
sin saber d'o Roque
nin cándo ib'a vir,
¡qué horas tan tristeiras
houbo soprotado!,
¡qué penas, qué dôres
tivo que sofrir!

Entroques, agora,
 contenta se vía,
 xa que se calmara
 tod'a su'ansedá;
 que, a carta d'o Roque,
 á su'alma traguía
 o dôce aloumiño
 d'a Filicidá.

Porque o Roque viña
 pr'acó, decontado,
 e drento de pouco
 lograrao ver;
 e, como a sua herencia
 houbo ralizado,
 o seu casamento
 poden xa facer.

Tal é ó que lle dice
 n-a carta o Roquiño,
 facéndolle, ô tempo,
 proteitas de amor.
 Tal lle comonica
 con tod'o cariño
 que a Roque lle ispira
 seu amante ardor.

Non sinala o día
 d'a süa chegada,
 dicindo somentes
 que logo ha de vir,
 e que dende a Cruña
 —onde fai parada,—
 sairá n-un patache,
 sin nada dicir.

Quêr darlle a sopresa
 calisqueira día,
 pr'ant'ela, de pronto,
 poderse amostrar.
 Co'eso, d'o meirande
 será su'alegría
 e o tolo contento
 que ha d'esprementar.

Xa hox'ê ben intésa
 a dicha d'a moza,
 por esas noticeas
 que d'o noivo tén;
 qu'en dar cont'a xente,
 d'a carta, ela goza,
 rebéndose, ufana,
 porque Roque ven.

Filiz como naide,
n-o Roque pensando,
a sangue lle ferve
case o gorgoullón;
e drento d'o peito,
de gozo ralbando,
sin parar un miuto,
lle está o curazón.

Tempo ê que a mociña
grande sorte teña,
dempois d'eses meses
de tanto sofrir.
¡Agora, ó que falta
ê que pronto veña
seu Roque, pr'axiña
seu afán comprir!

XXVIII

O NAUFRAXO

Foi n-o mes de Frebeiro cando tivo
lugar este soceso que rilato...

Era unha mañá truba n-a que, o ceo,
de nubes amostrábas'enluxado,
e n-a que o vendabal, con gran fereza
brüaba en forma tal que púña espanto.

Sobre a terra, tristeira e solitárea,
un tras de outro, azoutaban os chuvíascos,
e o mar, con un ruxido d'os infernos,
refervía en escumas, axitado.

De cando en vez, os lóstregos, cruzaban
con unha luz moi viva pol-o espazo,
e o trono, deseguida,
estoupaba con soido porlongado,
sumindo a tod'a xente n-un acoro
d'o meirande asoballo.

Naide había por fora; n-os fogares,

as famíleas rezaban o trisaxo
 pidindo a Dios calmar'as súas iras
 c'o perdón d'os pecados,
 d'os pecados d'os homes, qu'eran causa
 d'ese tempo tan malo
 que o Ceo esparvecía pra castigo
 d'o estravío mundano.

Pr'o Ceo, pol-o visto, a ben non tiña
 facer d'os pecadores moito caso;
 porqu'en vez de acougar sua fúrea intesa,
 a tempestá aumentaba sin descanso,
 enfundindo temores
 e o mais tirrib'r'espanto
 n-o curazón d'a xente, o cal, de medo
 recollías'en si moi apertado...

De pronto, unha voz triste,
 fendéu o aire con berros atolados
 pedindo ausileo axiña pra un patache
 qu'estaba naufragando
 aló a entrada d'a ría, entre a Gabeira
 e mais punta de Faro,
 e a xente, anque asustada se acollerá
 n-a suas casas, por crêrs'esí a risgado
 d'os afeutos timibres
 de temporal tan fero e desatado,
 ô ouvir aquela voz, que ademandaba
 o mais prontiño amparo

en favor d'o veleiro que n-a ría
 loitaba contr'as olas, desesperado,
 con ánemo resolto, seus fogares
 deixóu apersurada, y-a bon paso,

â praya derexeuse
 pra ver de conseguir sarval-o barco.

N-un istante moi curto, os homes todos
 unha traiña varada ô mar votaron,
 e n-ela se meteron, prontamente,
 os qu'eran más lixeiros e arroutados,

send'o Pedro un d'os mozos
 que acupala lograron,
 sin fixarse n-o resgo que corria
 n-o empeño que iba entón levar a cabo.

Y-empremindo n-os remos fero impulso
 xa d'area se foron alexando,
 indo sobre aquel mar feito unha escuma,
 indo sobre aquel mar tan axitado.

Entramentes, n-a praya, a demais xente,
 quedouse, sin roparo,
 apesar d'a tromenta tan fureosa
 qu'estaba n-o momento descargando,
 e, con choros e gritos, seguindo iba
 co'a vista, paso a paso,
 â traiña salvadora
 que cruzaba, valente, mar tan bravo,
 alzándose unhas veces hastr'as nubes

e hastra o fondo d'o mar, outras, baixando,
sin cesar, pol-as olas embestida,
vendo sempre un mal fin por todos lados...

E a Encarnaceón qu'estaba co'a mais xente
beira d'o mar, chorando,
ô cobixar n-a y-alma seus temeres
de que Roque viñer'alí n-o barco
que n-a boca d'a ría
punaba por entrar, médeo escorado,
axuntab'as suas maus, mirand'o Ceo
como en súprica de algo,
mentras tanto sintía drent'o peito
ralbar o curazón todo azougado;
porqu'era moi posibre
que Roque alí estivera, y-en tal caso,
¿qué ib'a ser d'o seu noivo
si ô patache non pûnan logo a salvo?;
¿lograría librarse, ô fin, o Roque,
d'o temido naufraxo?
A fatal continxenza, tiñ'a moza
n-un desacougo atroz, n-un tolo espanto,
y-en seu afán de vel-o que pasaba
n-aquel istante amargo,
os seus ollos abría
dirixindôs ô mar, de frente ô barco
que as augas axitadas azoutaban
estrozándolle o casco...

Longo tempo pasóu desque se fora
 a lancha c'os de Covas, cara 'Faro,
 ¡tempo eterno pra todos os qu'estaban
 a sua volt'agardando!

'O fin, algún berróu dende unhas penas:
 "¡xa ô patache chegaron...!",
 e como si eso fora un bon auguro
 a todos a noticea lles deu ánemo,
 refrexándos'entón cert'alegría
 n-os seus sembrantes páledos.

Pr'o temporal, non solo non calmaba
 senón que cada vez ib'arreceando,
 ripitíndose os tronos moi a miudo
 con ritumbos atroces y-endiañados,
 entramentes os lóstregos cruzaban
 como grandes colebras pol-o espazo,
 e d'as nubes caían
 os continuos chuviascos,
 revolvéndose o mar n-o própeo leito
 pol-a forza d'o vento huracanado.

N-esto, a terr'alumouse, ripintina,
 co,a viva luz d'o rayo,
 e unha ola xigantesc'alzouse fera
 y-estrelouse n-o barco;
 logo... ¡nada se véu de aquél patachel,
 pois, desfeito en pedazos,
 foise a pique, y-agor'alí descansa

n-o fondo d'o mar bravo...
A xente ô darse conta d'a disgrácea
de aquel triste naufraxo,
comenzóu a berrar de desespero,
bulindo a todos lados;
pro seus berros e choros non se ouvían
c'o ruxido que o mar facía en tanto,
como sin ainda pidira novas vítemas,
¡como si non se vira xa ben farto...!

XXIX

¡¡TOLA!!

A tempestá calmada, dempois de un longo día
o mar tornóu a pôrse n-o seu tranquilo ser,
y-en todas cantas prayas hai ô redor d'a ría
os restos d'o naufraxo pojéronse xa ver.

En Covas, en Celeiro, n-Area y-en Sacido,
vixias premanentes miraban cara o mar,
e cando algún calabre pr'a beira era batido
axiñamente conta d'o feito iban a dar.

Sabendo, entón, a xente d'o sitio d'o afogado
co'a y-alma traspasada por un profundo dôr,
corria ben aprêsa pra vel-o disgraceado
en tant'ô air'espallaba seu trético cramor.

.....

De diante doux calabres tendidos sobre a area
que as augas arroxaran n-as horas de alta mar,
a xente arremoiñada, de curiosedá chea,
os nomes d'eses mortos trataba de avrgoar.

"¡Son o Pedro e mais Roque!", dixo un siguidamente.

"¡Son o Roque e mais Pedro!", tod'a xent'escravesi era, Pedro e Roque, ligados fortemente [móu. estaban pol-a Morte... ¡quen, ô cabo, os xuntou! "¡De fixo que trataron un a outro de salvarse..." falab'a xente toda, cando en tal forma os véu.

"¡Apreixados d'o modo, tiveron que afogarse...!", un probe mariñeiro, con pena proferéu.

• • • • •
 'O ouvir falar d'o Roque, furóu por entre a xente e ô par d'os dous calabres se puxo a Encarnaceón, e ô ver alí a seu noivo c'o Pedro, de ripente, c'unha sospeita horrible vorcoulle o curazón;

pois, si pr'a xente toda, fermísema er'a crêenza de que un e outro morreran por ver de se axudar, a moza, entroques, cría, con menos indulxenza, que Pedro, ô bon d'o Roque, matóu por se vengar...

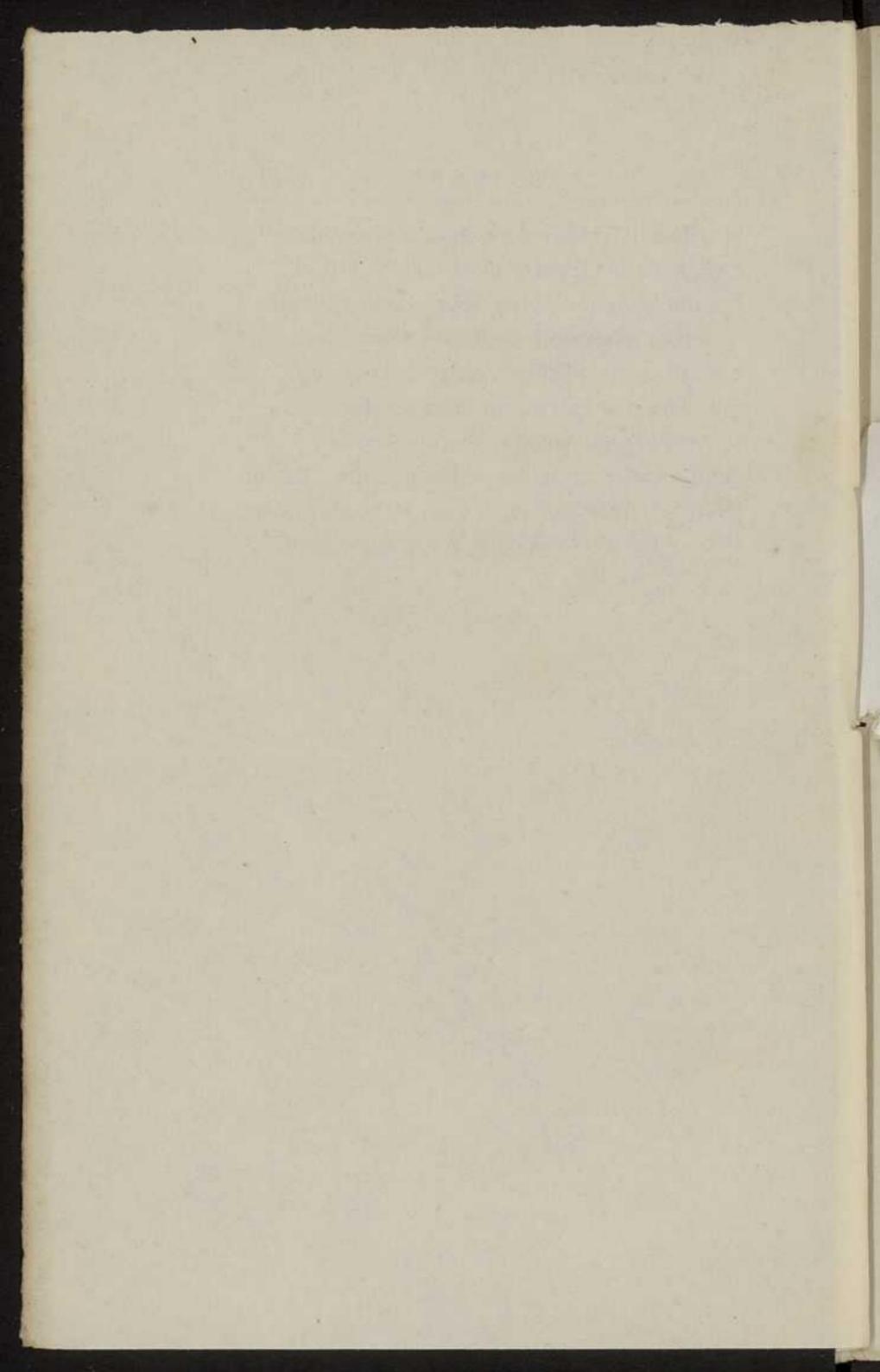
E frime n-esa idea, d'os dous rivás a loita aló entre as olas feras, a probe moza véu..., e, ô ter viseón tan triste, foi a sua pena moita e, pol-o dôr firida, seu sintido perdéu...

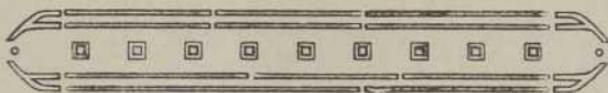
• • • • •
 ¡Perdéu o seu sintido...! ¡Virouse, a probe, tosin que a razón, n-a vida, poidera recobrar. [la...!!,

¡A néboa d'os pesares metéuselle n-a chola
e a luz d'a entelexenza deixóu xa de brilar!

Sumida en noit'eterna, seus ollos delustrados
xu nunca refrexaron as chamas d'o querer...;
con seu mirar d'Esfinx, cal soles apagados,
movianse n-o espazo, sin miga de alma têr...

Y-esí, d'esta maneira, finaron os amores
tan grandes e tan puros de Roque e Encarnaceón.
¡N-a Terra non cabían...! A outras rexións millores
Dios quixo trasportalos, n-a súa estimaceón.





EPILOGO

Dempois de morrer Roque n-o naufraxo,
a Encarnaceón, toliñ'arromatada,
seguéu c'o pai vivindo, malamente,
xa que alí, n-a sua casa,
a famenta figura d'a Misérea
afincouse de gana.

Moi vello xa, o tio Berto,
sin as forzas que o mar ademandaba
pra pasar longas noites
pelexando co'as augas,
apañouse a traballos mais beninos
pro que de utilidá pouquiño dabán,
pol-o cal veu axiña moi escasos
os médeos que pr'a vida fan a un falta,
ainda drento a probeza mais espida
que o vello levó sempre dende a infanza.

Esto, uñido â tristura que collera

co'a tirrible disgrácea
que lle accuréu â fill'aquela tarde
ô ver unhos calabres sobre a praya,
foron mais que motivos
pra que o home se atopara
sin ánemos n-o espirto e mais n-o corpo,
co'a salú malparada,
vincido pol-o tempo y-estreiteces,
rindido pol-as penas mais amargas.

Esi é que a súa vida
foi dícrinando en form'apersurada
hastra que se acabóu, deixand'o mundo
onde tan mal pasara,
e n-o que se quedóu a filla súa,
toliña, n-a probeza, abandonada,
sin têr ningún parente que a acollera,
¡sin têr unha mau dôce que a guíaral;
pois, a boa Sabela,
que â Encarnaceón quiría co'as estrañas,
por haberse casado con Farruco
e têr fillos n-a crianza,
pouco, afellas, podía protexela
en sitoaceón tan trist'e desesprada.

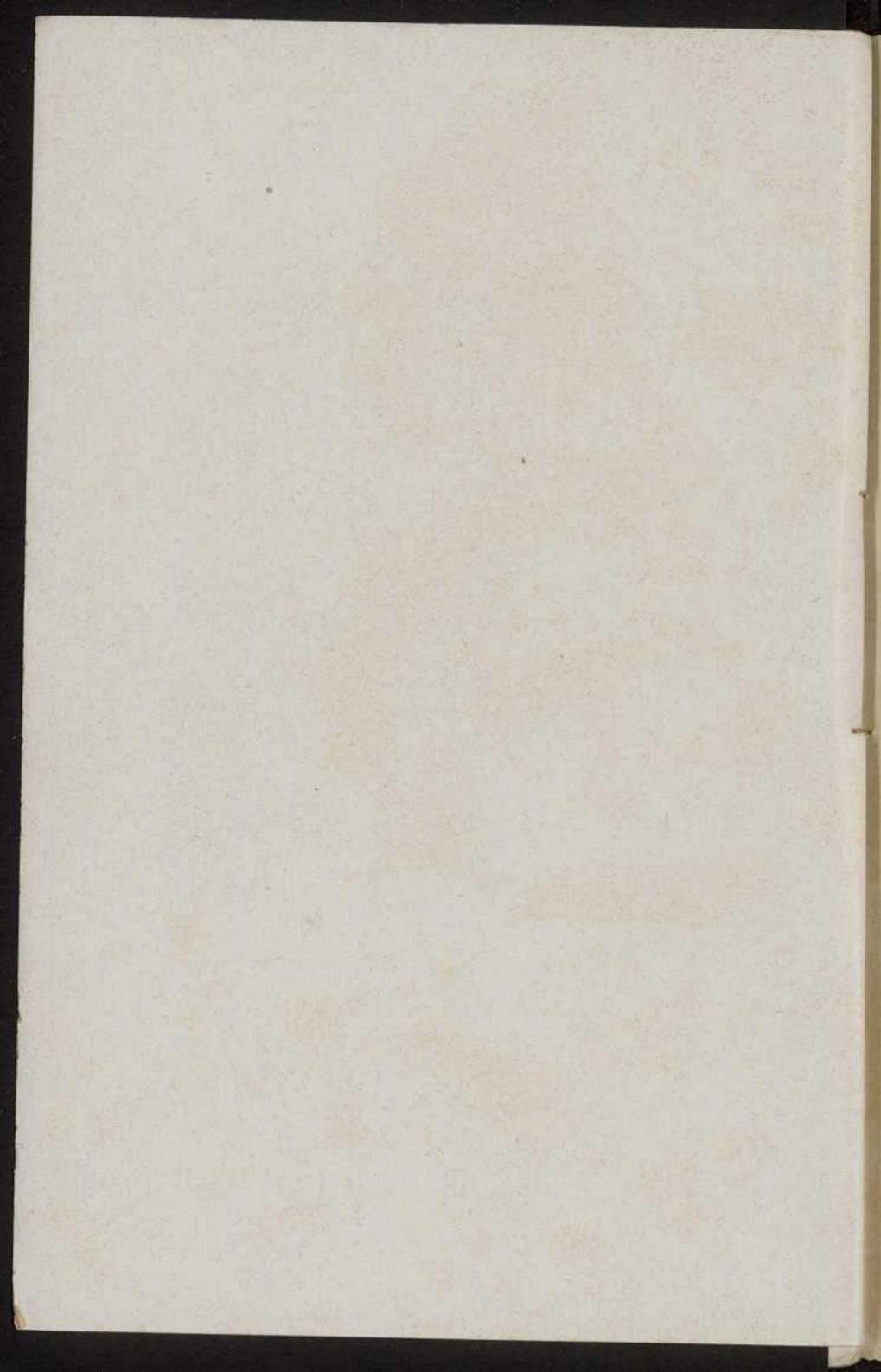
E como a Encarnaceón nada facía
pol-o arregro d'a casa
e n-ésta non había cou's'algunha
d'o valor de unha palla,

OS CASTELOS (Covas-Viveiro)



Fot. de J. Insua.

...xamais deixou un día a disgraceada
de arrubirse ós Castelos . . .



d'a caridá, somentes, d'os viciños
vivéu logo a rapaza,
chegando a perder tod'a bunitura,
chegando a pôrse fraca,
cubrindo seu corpiño de farrapos,
¡d'a meirande misére'acugulada!

Pasaron certos anos d'este modo
sin que a moza n-o tempo arroparara,
e hastra o nome de pña perdéu ela,
pois a *tola de Covas* lle chamaban
cando cruzala vían,
médeo espida, mougrenta, esguedellada,
pol-as rüas d'o pobo
ou beira o mar, n-a playa.

Esí e todo, sin têr crar'os sintidos,
xamais deixóu un día a disgraceada
de arrubirse ós Castelos,
onde a probe alí estaba
longo tempo mirando car'a ría,
fix'os ollos n-as movidizas augas,
ás que lles derexía, as mais d'as veces,
mistereosas palabras
entre as cales solo unha ela dicía,
—¡o nome de seu Roque!,—en forma crara...
¡Quién sabe si a probiña en tales horas,
n-ese seu toleamento, aind'agardaba
que o seu noivo xurxira n-o momento

d'entremédeas d'as augas,
||d'esas augas treidoras
que ô seu Roque, infiliz, arrobataran!!

Eiquí tês, meu leutor, a hestoría triste
due ouvín, de un vello, en fecha xa lexana,
e que por parecerme moi sintida
 precurei arregrala
pra contarcha d'o modo más xeitoso
 e que más che agradara.
Con que A TOLA DE COVAS che gustase
estarán satisfeitas miñas ánseas;
que solo teu apraus'ô meu traballo
 ê o prémeo a que aspiraba.

FIN

ÍNDECE

A TOLA DE COVAS

	Páxinas.
Didicatórea.	
Prólogo de D. Antonio Rey Soto	1
'O prúbico.....	1
I. San Joan de Covas	3
II. Encarnaceón	7
III. As duas amigas	13
IV. ¡Boa peza!.....	29
V. Buscando agarimo.....	37
VI. Gardand'o sacreto.....	45
VII. Un consello.....	53
VIII. Tral-a moza	59
IX. Decraraceón	69
X. Insonio.....	77
XI. Pedro e Farruco	83
XII. Botando as cartas.....	89
XIII. Desengano	99
XIV. A víspora d'o San Joan.....	115
XV. O día d'a festa	121

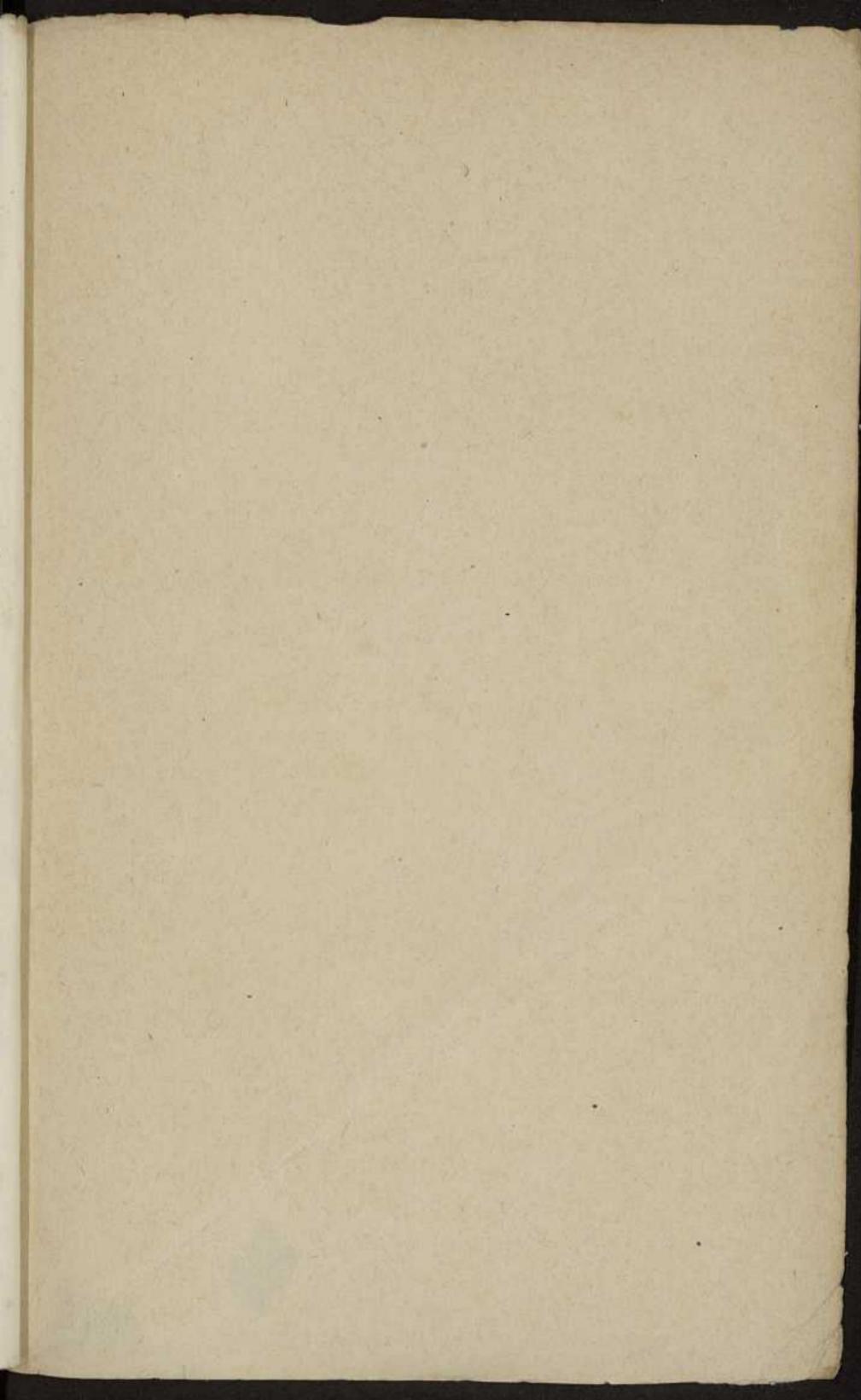
	<u>Páxinas.</u>
XVI. N-o vrau.....	129
XVII. Unha sopresa.....	133
XVIII. Os noivos.....	141
XIX. O xuramento.....	151
XX. A despedida.....	157
XXI. Sementando zizaña.....	161
XXII. ¿Será certo?.....	179
XXIII. ¡Que mintira!.....	183
XXIV. O Chufón.....	187
XXV. Pai e filla.....	193
XXVI. Ameaza	201
XXVII. Boas novas	207
XXVIII. O naufraxo	211
XXIX. ¡¡Tola!!.....	217
Epílogo.....	221

FE D'ERRATAS

PÁGINAS	LIÑAS	DICE	DEBE DICIR
XI-XII	9-20	Farruco	Roque
1	4	semprea	s'emprea
"	7	euxebre	enxebre
"	13	no.	n-o
"	23	têl-as	telas
4	21	pedamio;	pedamio—;
11	24	conoceu	coneceu
17	16	enmenda	emenda
18	1	ventaxes	ventaxas
19	2	beira,	beira.
"	3	como	Como
"	13	instantiño	istantiño
22	19	enmenda	emenda
23	10	oubir	ouvir
29	11	conocidos	conecidos
33	12	Entroges	Entroques
34	3	adar	andar
"	10	aproveitando	aporveitando
56	6	louxo	lonxe
57	2	o uvinlo	ouvinlo

FE D'ERRATAS

PÁXINAS	LIÑAS	DICE	DEBE DICIR
57	8	furror	furor
60	4	instante	istante
71	2	cabexa	calexa
91	22	le	lle
93	22	oubir	ouvir
107	7	teño	teño
130	18	d'as	d'os
142	4	C'o	c'o
165	2	Felepinas;	Felepinas,
179	15	ten rura	tenrura
196	10	adourada.	adourada,
"	24	desairas	desairaras
224	5	due	que
31	13	insabores, desabores.	
42	24	seus visamentos, seu visitamento	
103	21	mais	e
109	25	de nulliolas, de nulliolas.	
213	13	corria	corria,
215	8	<u>rin</u>	ri



Préceo d'a obra: 3 PESETAS

REAL ACADEMIA
DE LA LITERATURA
GALLEGAS

A CORUÑA

4594

Biblioteca